

TRAVESÍAS 10

TEMAS DEL DEBATE FEMINISTA CONTEMPORÁNEO



Globalización,
contrageografías y resistencias



DOCUMENTOS DEL CECYM

TRAVESÍAS 10

TEMAS DEL DEBATE FEMINISTA CONTEMPORÁNEO

Globalización, contrageografías y resistencias

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



DOCUMENTOS DEL CECYM

TRAVESÍAS AÑO 9, Nº 10

Mayo 2002

ISBN 987-20270-0-5

Editora: Silvia Chejter

Diseño gráfico: Mirian Luchetto

Foto de tapa: Julián Vázquez

Esta publicación fue realizada
con el apoyo de la Fundación
Heinrich Böll de Alemania.

Se agradece al Programa de Investigación
y Estudios Canadienses (Programa FRP)
por la beca de investigación otorgada a
Silvia Chejter que permitió acceder a
bibliografía actualizada de dicho país
sobre los temas de la presente edición.

Cecym: Guatemala 4294

Buenos Aires C1425 BUD Argentina

www.cecym.org.ar

e-mail: cecym@wamani.apc.org

Índice

	Prólogo, <i>Silvia Chejter</i>	5
CAPÍTULO I	Contrageografías de la globalización: La feminización de la supervivencia, <i>Saskia Sassen</i>	11
CAPÍTULO II	Reestructuración y las políticas de marginación, <i>Janine Brodie</i>	37
CAPÍTULO III	Políticas de desarrollo para las mujeres y mundialización: Los casos de México y Colombia, <i>Marie France Labrecque</i>	59
CAPÍTULO IV	El impacto del integrismo islámico sobre las mujeres en el contexto de la mundialización: El caso de Egipto, <i>Yolande Geadah</i>	77
CAPÍTULO V	La constitución discursiva de las mujeres pakistaníes: Articulación entre género, nación e Islam, <i>Nancy Cook</i>	103
CAPÍTULO VI	Las torres fantasmas, <i>Rosalind P. Petchesky</i>	123
CAPÍTULO VII	Feministas y feminismos en el II Foro Social Mundial de Porto Alegre, <i>Silvia Chejter y Claudia Laudano</i>	141
	AUTORAS	156

PRÓLOGO

Silvia Chejter

No es que tu vista se haya
nublado, sino que el aire
se ha oscurecido

Atiq Rahimi
del libro *Tierra y Cenizas*

Se ha dicho reiteradamente que los acontecimientos del 11 de setiembre pasado establecen un corte histórico bien definido entre un antes y un después. Es posible que este corte exista, pero esta demarcación no necesariamente implica un punto de inflexión y corrección de una tendencia global existente hasta ese momento. Por el contrario pareciera darse una revitalización y hasta una radicalización de tendencias globalizadoras hegemónicas que estaban perdiendo su ímpetu inicial.

Es así como algunos procesos de la mundialización que parecían demorados ante la resistencia a su expansión ilimitada por parte de los gobiernos y la ciudadanía, -ejemplos tales como el fracaso del Acuerdo Multilateral de Inversiones y el rechazo a una nueva ronda del la Organización Mundial del Comercio a principios del 2001-, a partir del día fatídico han encontrado una vía más rápida y despejada para legitimarse y justificarse.

Ya sea por que esos hechos exaltaron sentimientos patrióticos nacionales en los EEUU muy difíciles de contrarrestar, que limaron diferencias internas en ese país; ya sea por que el gobierno de los EEUU al exigir una alineación contra el terrorismo con el alegato de que sólo se puede estar con o contra la civilización occidental y cristiana,

se hizo tabla rasa con muchas de las vacilaciones y disidencias de muchos gobiernos hasta entonces reticentes a esos procesos.

Esta alineación solicitada en términos conminatorios abarcó no sólo el nivel militar, la anuencia de los organismos internacionales, sino también a las políticas tendientes a una irrestricta liberalidad económica y financiera que reconocieran a la vez las prioridades de los mercados aún cuando no contemplaran las necesidades de la ciudadanía en general sacrificadas en beneficio de las necesidades de los sectores concentrados y privilegiados de poder económico.

Se avanzó tras objetivos postergados y obstaculizados, tales como la aprobación del escudo misilístico, el incremento de los gastos militares, la justificación de ciertas intervenciones militares, la implantación de acuerdos comerciales resistidos, el avance hacia el ALCA, etc, juntamente con mayores restricciones en el gasto social, legitimación de excepciones al respeto de los derechos humanos para la lucha antiterrorista, el no reconocimiento del Protocolo de Tokio y de la jurisdicción del Tribunal Internacional de Justicia y el ahondamiento de la brecha entre países ricos y pobres, entre personas ricas y pobres bajo el límite de subsistencia.

Como señala Immanuel Wallerstein¹: “El ataque del 11 de setiembre sirvió a los intereses de las fuerzas de Davos. Las manifestaciones a gran escala con sus riesgos de violencia, parecían amenazadas por acusaciones de terrorismo. La reciente y muy bien protegida reunión de Doha de la Organización Mundial de Comercio relanzó las pláticas mundiales sobre comercio”.

Las mujeres estamos inmersas en ese contexto global y sus efectos locales y estamos afectadas por este relanzamiento de las políticas globales neoliberales.

Se dice que el siglo XX fue el siglo de las mujeres y que hemos avanzado mucho. Sin duda que hubo enormes progresos. Pero también sabemos que estos progresos no nos depararon la superación del sexismo. Y la selección de artículos incluidos en esta nueva edición de Travesías pretende dar cuenta que en países muy diferentes vivimos en sociedades que mantienen prácticas, instituciones, ideologías, y valores que consagran la supremacía masculina. Y esto es válido tanto para los países de Occidente como para los países de Asia, África o América Latina.

En algunos países se han logrado importantes reformas legales que penalizan la violencia, que ilegalizan prácticas aberrantes como la mutilación genital, abren los espacios públicos a las mujeres excluidas de dicho espacio, que ilegitiman las inequidades de

género, pero a menudo se trata de progresos más formales que reales, aunque también hay países donde los cambios legales han sido difíciles cuando no nulos, como por ejemplo en los relacionados con la anticoncepción y el aborto en América Latina, las mutilaciones genitales en muchos países africanos, la reclusión forzada de las mujeres en sus hogares y la exclusión completa de lo público en algunos países, etc. Al mismo tiempo que persisten las prácticas de violencia y maltrato en los espacios públicos y privados; las violaciones tanto en la guerra como en la paz, en situaciones de conflicto armado y el tráfico de mujeres del sur traficadas para los prostíbulos del norte; mujeres del norte traficadas para los prostíbulos del sur; traficadas para trabajos casi esclavos en muchas regiones, en las maquilas, etc.

En este número de Travesías, el primer artículo, "Contradeografías de la globalización" de Saskia Sassen habla del crecimiento de gran variedad de circuitos globales alternativos para la subsistencia, que incorporan a gran número de mujeres. Y afirma que es a costa de esas mujeres que esas nuevas formas de subsistencia y supervivencia, de lucrar, y producir ingresos y divisas fuertes para los gobiernos prosperan.

Janine Brodie habla de los discursos con los que las mujeres enfrentan la desaparición de los estados de bienestar, (referido sobre todo a Canadá) y de la necesidad de comprender que ante una situación nueva, ligada a los procesos globales, son necesarios nuevos discursos y nuevas estrategias, ya que los tradicionales han dejado de ser útiles y válidos.

Una experiencia de investigación le permite a la también canadiense Marie France Labrecque trazar una evaluación de dos programas para el desarrollo en América Latina diseñados con una perspectiva de género. Le permite comprobar que esos programas que en un inicio sólo parecían tener por objetivo mejorar los ingresos de mujeres en zonas rurales de México y Colombia aparecían luego imprevistamente integrados a proyectos de multinacionales en el contexto de las políticas industriales y comerciales de la mundialización .

Siguen dos artículos referidos al impacto sobre las mujeres del integrismo islámico en Egipto y Pakistán cuyo interés se encuentra acrecentado en este momento por los acontecimientos del 11 de setiembre pasado. Estos artículos no sólo sirven para entender los problemas que enfrentan las mujeres musulmanas en esos países, extensivo a otros países del área musulmana, sino también para comprobar que los avances y retrocesos en las mejoras de la condición de las mujeres también están ligados a los

procesos globales económico financieros que han desmejorado las condiciones de vida en esas regiones, produciendo descontento. Además influyen problemas de identidad cultural anteriores a esos procesos, que la globalización cultural también contribuye a afectar. Por lo que han incidido en el desequilibrio desfavorable de la balanza de género en desmedro de las mujeres, al reforzar la presencia y el poder acrecentados del nacionalismo islámico religioso fundamentalista como una expresión de resistencia al imperialismo cultural global.

Un artículo político escrito por Rosalind Petchersky, una norteamericana judía días después del ataque a las Torres Gemelas merece toda nuestra atención. Citamos de este artículo “El machismo capitalista global sigue bien vivo, aunque disimulado bajo su eurocentrismo racista, so pretexto de “rescatar” a las mujeres afganas oprimidas y sin voz del régimen misógino al que ayudaron a llegar al poder. Las feministas en todo el mundo que durante años trataron de llamar la atención sobre la condición de las mujeres y niñas en Afganistán, no pueden sentirse reivindicadas ante la perspectiva de los aviones de guerra estadounidenses y de los jefes afganos respaldados por éste, que vienen a salvar a nuestras hermanas afganas”

Por último una reseña del Foro Mundial Social de Porto Alegre 2002 a cargo de Claudia Laudano y de Silvia Chejter da cuenta de modo somero y parcial, dada la enorme variedad de actividades que el Foro concentró en pocos días, de algunas manifestaciones y discursos de las diversas agrupaciones de mujeres que produjeron en ese encuentro multitudinario, acciones, documentos, definiciones, marchas, y festivales.

Las mujeres de los mas diversos países del mundo compartimos el anhelo para que se incluyan de modo real y no solo formal, nuestros derechos, los derechos de las mujeres como parte de los derechos humanos, tal como los definió la Declaración de Viena de 1993. Existen todavía resistencias que se expresan de múltiples formas. Frente a las dramáticas violaciones a los derechos humanos más elementales –provocados por las políticas financieras y económicas globalizadas en los países de América Latina- surgen voces que sostienen las viejas jerarquías –primero resolver “los grandes temas económicos-políticos” como si los grandes temas fueran sólo y principalmente económicos, o sólo esencialmente políticos.

Esta ideología puede con mayor facilidad admitir las violaciones en el marco de conflictos armados o de las guerras y no admitir las violaciones más rutinarias y cotidianas. Tal vez porque subsiste la idea de que hay prácticas sexistas más graves que

otras, sexismos civilizados (los occidentales) y sexismos bárbaros (los no occidentales). Hasta ahora ha sido más fácil que los organismos de derechos humanos recojan las denuncias por las violaciones de los derechos de las mujeres en regímenes dictatoriales, gobiernos fundamentalistas y tradicionales de Africa y Oriente o las violaciones étnicas en la ex Yugoslavia que las que se producen en los países prósperos de Occidente donde también ocurren. Es importante transformar nuestros modos de pensar. Vale la pena recordar las palabras de Rondha Copelon (con relación a las denuncias de las violaciones en la guerra de los Balcanes): “La violación, la prostitución y el embarazo forzados, deben ser vistos como crímenes contra la humanidad y graves violaciones a las leyes de guerra estén o no asociados con las prácticas aberrantes de limpieza étnica. (...) No es la limpieza étnica la que define la atrocidad de la violación. Lo que la define es la atrocidad misma de toda violación y la violación étnica no es más que una táctica de esa atrocidad. No se puede decir que todas las demás formas de violación son menos extraordinarias, menos atroces, menos condenables y claramente menores en tanto violaciones de los derechos humanos. Nuestro objetivo es afirmar que ‘la violación de por sí misma, es suficiente’ para ser condenada (Car, 1993)

Si bien la aceptación de los derechos humanos de las mujeres esta muy extendida, existe en la práctica una jerarquización de derechos humanos, donde algunos derechos padecen ser más humanos y algunas violaciones de esos derechos más violatorias. Para nosotras la universalidad e indivisibilidad de los derechos humanos es y debe seguir siendo un objetivo de las mujeres. Y por el momento esta es una tarea indelegable. El sexismo atraviesa todas las ideologías, culturas, y religiones y es la base de una solidaridad internacional. Se suele decir la democracia es incompatible con el autoritarismo. Del mismo modo podemos decir que el sexismo es incompatible con la democracia.

Con la democracia formal, que es la que suplanta a la democracia real no es posible pensar que se pueda desplazar el sexismo imperante en todas las sociedades como práctica global.

En este contexto, tenemos que pensar en nuestros derechos. Nuestros derechos sociales y económicos, y también nuestros derechos civiles y nuestros derechos como mujeres. ¿Cómo hacer valer esos derechos, derechos tales como la libertad en relación a nuestros cuerpos, la sexualidad, la reproducción, el derecho a una vida libre de violencia y explotación cuando la conjunción de la crisis económica con la persistencia de valores sexistas y la revigorización de instituciones patriarcales se convierten en nuevos

condicionamientos que incluso transforman en una mercancía más al mismo nivel que otras, los cuerpos de las mujeres, adultas, adolescentes y aun niñas? ¿Cuál es el rol que las mujeres, -individual y colectivamente- jugamos o debemos jugar en estos momentos? ¿Que estrategias sostener para fortalecernos y fortalecer formas de convivencia más equitativas y democráticas? ¿Que coincidencias y articulaciones son posibles con otros movimientos sociales, desde ya el movimiento de derechos humanos, y los movimientos; sindicales, antidiscriminatorios, pacifistas, ecologistas, tanto en el ámbito local como en el internacional?

NOTA

- 1 Wallerstein, Immanuel, *"Otro mundo es posible"*, Página 12, 6-3-2002.

CAPÍTULO I

CONTRAGEOGRAFÍAS DE LA GLOBALIZACIÓN:
LA FEMINIZACIÓN DE LA SUPERVIVENCIA,
SASKIA SASSEN

La última década ha mostrado una presencia creciente de mujeres en una variedad de circuitos transfronterizos¹. Estos circuitos son enormemente diversos pero comparten una característica: son rentables o generan beneficios a costa de quienes están en condiciones desventajosas. Incluyen el tráfico ilegal de personas destinadas a la industria del sexo y a varios tipos de trabajo en el mercado formal e informal. E incluyen migraciones transfronterizas, indocumentadas o no, que se han convertido en una fuente importante de divisas para los gobiernos de los países receptores. La formación y fortalecimiento de estos circuitos es en buena parte consecuencia de condiciones estructurales más laxas. Entre los actores claves que emergen de estas condiciones para conformar a estos circuitos particulares están las propias mujeres en demanda de trabajo, pero también, cada vez más, traficantes y contratistas, así como los gobiernos de los países involucrados.

A estos circuitos los conceptualizo como contrageografías de la globalización. Están profundamente imbricados con algunas de las principales dinámicas constitutivas de la globalización: la formación de mercados globales, la intensificación de redes transnacionales y translocales, el desarrollo de las tecnologías de la comunicación que eluden fácilmente las prácticas convencionales de control. El fortalecimiento y, en algunos de estos casos, la formación de nuevos circuitos globales es posible por la existencia de un sistema económico global y su desarrollo asociado a varios soportes

institucionales para el traslado de dinero y para los mercados transfronterizos.² Estas contrageografías son dinámicas y cambiantes en sus características de emplazamiento: en algún sentido son parte de la economía en negro, pero también es evidente que utilizan infraestructura institucional de la economía regular.³

Este artículo mapea algunas de las características claves de estas contrageografías, particularmente al involucrar a mujeres nacidas en el extranjero. La lógica que organiza este mapeo es la posibilidad de conexiones sistemáticas entre el crecimiento de estos circuitos alternativos de supervivencia, y la producción de rentabilidad y la obtención de divisas, por un lado, y condiciones más flexibles en los países en desarrollo asociadas con la globalización económica, por el otro. Entre estas condiciones están el crecimiento del desempleo, el cierre de un número importante de empresas típicamente pequeñas o medianas orientadas al mercado nacional más que a las exportaciones, y las grandes deudas de los gobiernos, con frecuencia en aumento. Mientras que estas economías están frecuentemente agrupadas bajo la etiqueta “en desarrollo”, en algunos casos están afrontando dificultades o estancadas y hasta en retroceso. Pero, para abreviar, usaré “en desarrollo” para toda esta variedad de situaciones.

Mapeando un nuevo panorama conceptual

La variedad de circuitos globales que están incorporando una cantidad más numerosa de mujeres se han fortalecido en un período en que las principales dinámicas conectadas con la globalización económica han tenido impactos significativos sobre las economías en desarrollo. Estas últimas han tenido que implementar un paquete de nuevas políticas y amoldarse a nuevas condiciones asociadas con la globalización: Programas de Ajuste Estructural, la apertura de estas economías a empresas extranjeras, la eliminación de subsidios estatales múltiples, y las aparentemente inevitables crisis financieras y tipos de soluciones programáticas prevalecientes aplicadas por el Fondo Monetario Internacional. Ahora es evidente que en la mayoría de los países involucrados, ya sea México o Corea del Sur, estas condiciones han originado enormes costos para ciertos sectores de la economía y la población, y no han reducido de manera fundamental la deuda gubernamental.

Entre estos costos están, de manera prominente, el crecimiento del desempleo, el cierre de un número importante de empresas en sectores bastante tradicionales orientados al mercado local o nacional, la promoción de cosechas para la venta por exportación,

que ha reemplazado de manera creciente a la agricultura de supervivencia y la producción alimentaria para los mercados locales o nacionales, y, finalmente, la pesada carga actual de la deuda gubernamental en la mayoría de estas economías.

Existen conexiones sistemáticas entre estos dos tipos de desarrollos: la presencia creciente de mujeres de las economías en desarrollo en la variedad de circuitos globales descritos más arriba y el aumento del desempleo y de la deuda en esas economías. Un modo de articular esto en términos sustantivos es postular que: a) la disminución de las oportunidades para el empleo masculino en muchos de estos países, b) la merma de oportunidades para formas más tradicionales de generar ganancias en estos mismos países ya que aceptan más fácilmente el ingreso de empresas extranjeras en una amplia gama de sectores económicos las que son presionadas para desarrollar industrias exportadoras, y c) la caída de los ingresos de los gobiernos en muchos de estos países, en parte consecuencia de estas condiciones y de la carga de los pagos del servicio de la deuda, han, por último: d) contribuido todos a acrecentar la importancia de modos alternativos de subsistir, lucrar y fortalecer los ingresos gubernamentales.

La evidencia que demuestra cualquiera de estas condiciones es incompleta y parcial, si bien existe un consenso creciente entre los expertos sobre los tres primeros ítems listados arriba. Voy a proponer y sostener que estas tres condiciones se están expandiendo en una nueva realidad político-económica para un número creciente de economías en desarrollo, típicamente en dificultades, y que es en este contexto que aparece la cuarta dinámica listada arriba. Es también en este contexto que postularé que todas estas condiciones han surgido como elementos en las vidas de un número creciente de mujeres de economías en desarrollo o en dificultades, aún cuando esas articulaciones no sean con frecuencia autoevidentes o visibles; un hecho que ha determinado gran parte de la dificultad en comprender el rol de las mujeres en el desarrollo en general, tal como lo sostengo en el próximo apartado. Estas son, en muchos sentidos, antiguas condiciones. Lo que hoy es diferente es la rápida internacionalización y la considerable institucionalización.

Desde este análisis, mi principal esfuerzo consiste, en revelar las conexiones sistemáticas entre, por un lado, quienes son consideradas personas pobres, de bajos ingresos y, por lo tanto de bajo valor agregado, con frecuencia representadas más como una carga que como un recurso, y por otro lado, las que están emergiendo como significativas fuentes de producción de beneficios, especialmente en la economía en negro, y para el incremento de los ingresos gubernamentales. La prostitución y la migración en demanda

de empleo están creciendo en importancia como modos de ganarse la vida; el tráfico ilegal de mujeres y niñas/os para la industria del sexo y de trabajadores/as está creciendo en importancia como vía para obtener ingresos y las remesas enviadas por los/as emigrantes así como la exportación organizada de trabajadores/as son fuentes de ingresos cada vez más importantes para algunos de estos gobiernos. Las mujeres son, indiscutiblemente, el mayor grupo en prostitución y en el tráfico para la industria del sexo y se están convirtiendo en un grupo mayoritario en la migración para trabajar. El empleo y/o uso de mujeres extranjeras cubre una gama amplia en crecimiento de sectores económicos, algunos ilegales e ilícitos, por ej. la prostitución, y algunos en las industrias altamente reguladas, como la enfermería.

Estos circuitos pueden ser pensados como indicadores, aunque parciales, de la feminización de la supervivencia, dado que cada vez más estas formas de sustentación, obtener beneficios y asegurar los ingresos gubernamentales se realizan a costa de las mujeres. Al usar la noción de feminización de la supervivencia no me estoy refiriendo al hecho de que la economía doméstica y en verdad comunidades enteras dependen de manera creciente de las mujeres para su supervivencia. Quiero enfatizar el hecho que también los gobiernos dependen de los ingresos de las mujeres en estos varios circuitos, así como tipos de empresas cuyos modos de obtener ganancias existen en los márgenes de la economía "lícita". Finalmente, al usar el concepto circuitos, quiero subrayar el hecho que hay un grado de institucionalización en estas dinámicas; no son simplemente agregados de acciones individuales.⁴

Lo que he descrito más arriba es por cierto un panorama conceptual. Los datos son inadecuados para probar este argumento como tal. Hay, no obstante, conjuntos parciales de datos que documentan algunos de estos desarrollos. Más adelante, será posible yuxtaponer varios grupos de datos, aunque cada uno haya sido recopilado aisladamente del otro, para documentar algunas de las interconexiones presentadas arriba. Hay, también, literatura más antigua sobre las mujeres y la deuda, que focaliza en la implementación de una primera generación de Programas de Ajuste Estructural en varios países en desarrollo, vinculada con la creciente deuda de los gobiernos en la década de los '80; esta literatura ha documentado la carga desproporcionada que estos Programas depositan sobre las mujeres.⁵ Y ahora ha surgido una nueva literatura basada en una segunda generación de tales Programas, más directamente ligada a la implementación de la economía global en la década de los '90, de la cual algunos textos se citan más adelante en este artículo. Pero todas estas variadas fuentes de

información no llegan a ser una especificación empírica completa de la actual dinámica cuya hipótesis es aquí formulada. Sin embargo, nos permiten documentar partes de aquélla.

Ejemplificaciones estratégicas del proceso de generización en la economía global

Hasta hoy existe un esfuerzo de investigación y de teorización que lleva bastante tiempo dedicado a recuperar el papel de las mujeres en los procesos económicos internacionales. En gran parte el esfuerzo central de esta primera literatura de investigación radicaba en balancear el enfoque excesivo, típicamente inexplicable, dirigido hacia los hombres en la investigación sobre el desarrollo económico internacional. En la literatura más importante sobre desarrollo, estos procesos, quizá de manera involuntaria, han sido frecuentemente representados como neutrales respecto del género.⁶

En mi lectura, la globalización ha producido otro conjunto de dinámicas en las cuales las mujeres están desempeñando un rol crítico. Y, una vez más, la nueva literatura económica sobre los procesos de globalización actuales opera como si esta nueva fase económica fuese neutral en cuanto a género. Estas dinámicas de género han sido consideradas invisibles en términos de su articulación con la economía global principal. Este conjunto de dinámicas pueden encontrarse en los circuitos alternativos transfronterizos descritos arriba en los cuales el rol de las mujeres, y especialmente la condición de ser una mujer migrante, es crucial. Estas dinámicas de género pueden encontrarse también en características centrales de la economía global principal, pero este no es el lugar para discutirlos.⁷ Creo que necesitamos ver estos desarrollos actuales como parte de esta historia más extensa que ha hecho visible el rol de las mujeres en procesos económicos cruciales.

Podemos identificar dos fases más antiguas en el estudio del género en la historia reciente de la internacionalización económica, ambas relacionadas con procesos que continúan hoy, y una tercera fase que focaliza en transformaciones más recientes, que con frecuencia implican una elaboración de las categorías y los hallazgos de las dos fases previas.

Una primera fase es la literatura sobre desarrollo que trata la implantación de cosechas para su venta y el trabajo asalariado en general, típicamente a cargo de empresas

extranjeras, y su parcial dependencia de una dinámica en las que las mujeres subsidian el trabajo asalariado de los hombres a través de su producción doméstica y la agricultura de subsistencia. Boserup, Deere y muchas otras produjeron una literatura sumamente enriquecedora y matizada que muestra las variantes de esta dinámica.⁸ Lejos de estar desconectados, el sector de subsistencia y la moderna empresa capitalista fueron vistos como articulados a través de una dinámica de género; esta dinámica de género, más aún, veló esta articulación. Fue el trabajo “invisible” de las mujeres produciendo alimentos y otras necesidades en la economía de subsistencia el que contribuyó a mantener los sueldos extremadamente bajos en las plantaciones comerciales y en las minas, en mayor medida adaptadas para mercados de exportación. De ahí que las mujeres en el así llamado sector de subsistencia contribuyeron al financiamiento del sector “modernizado” a través de su extensa producción de subsistencia no pagada. Pero la literatura standard sobre desarrollo representó al sector de subsistencia, si lo hizo, como una traba en el sector moderno y como un indicador de atraso. No fueron evaluados en análisis económicos standard. Los análisis feministas mostraron las actuales dinámicas de este proceso de modernización y su dependencia de un sector de subsistencia.⁹

Una segunda fase fueron las indagaciones acerca de la internacionalización de la producción manufacturera y la feminización del proletariado que se introdujo con ella.¹⁰ El elemento analítico clave fue que los trabajos manufactureros realizados fuera de los países, bajo la presión de bajos costos de importación, movilizaron una fuerza de trabajo femenina desproporcionada en los países más pobres, que hasta la fecha se había mantenido en mayor medida fuera de la economía industrial. Este análisis también intersectó cuestiones nacionales, tales como por qué las mujeres predominan en ciertas industrias, notablemente las del vestido y del montaje electrónico, sin importar el nivel de desarrollo de cada país.¹¹ Desde la perspectiva de la economía global, la formación de un proletariado femenino inmigrante facilitó que las firmas evitaran la creación de sindicatos cada vez más fuertes en los países donde el capital se originó y aseguró precios competitivos para los bienes re-importados ensamblados en el exterior.

Una tercera fase sobre las mujeres y la economía global está emergiendo en torno a procesos que subrayan transformaciones de género, en las subjetividades de las mujeres y en las nociones de las mujeres en cuanto a sus grupos de pertenencia. Esto fue discutido en textos muy diversos. Entre la más rica, y la más pertinente sobre los asuntos discutidos

en este artículo, está la investigación más reciente sobre las mujeres inmigrantes, que examina, por ejemplo, cómo la migración internacional altera los patrones de género y cómo la formación de unidades domésticas transnacionales pueden otorgar poder a las mujeres.¹²

Existe también un importante nuevo enfoque que apunta hacia nuevas formas de solidaridad transfronterizas, experiencias de pertenencias y elaboración de identidad que representan nuevas subjetividades, incluyendo subjetividades feministas.¹³

Una importante pregunta metodológica es cuáles son los lugares estratégicos donde los procesos económicos internacionales pueden ser estudiados desde una perspectiva feminista. En el caso de la agricultura orientada a la exportación, este lugar estratégico es el nexo entre las economías de subsistencia y la empresa capitalista. Y en el caso de la internacionalización de la producción manufacturera, es el nexo entre el desmantelamiento de una establecida "aristocracia trabajadora", en mayor medida masculina, en grandes industrias cuyas ganancias en las economías desarrolladas eran compartidas en gran parte por la fuerza de trabajo, y la formación de un proletariado de bajos salarios fuera de los países, en mayor medida femenino, en nuevos y viejos sectores de crecimiento. La feminización y la ubicación de este proletariado fuera de los países (que es, después de todo, empleado en las industrias de crecimiento) evitó que se convirtiera en una poderosa "aristocracia trabajadora" con fuerza sindical efectiva, y previene que las preexistentes "aristocracias trabajadoras" en su mayoría masculinas se vuelvan más poderosas. Introduciendo una perspectiva de género para entender los procesos económicos saltan a la vista estas conexiones: la existencia del nexo como una realidad operacional y una estrategia analítica.

¿Cuáles son los sitios estratégicos en los actuales procesos líderes de globalización? En parte examiné esta cuestión desde la perspectiva de los rasgos centrales del actual sistema económico global.¹⁴ Allí enfatice en las ciudades globales: sitios estratégicos para los servicios especializados, las finanzas y el gerenciamiento de los procesos económicos globales. Estas ciudades son también un lugar para la incorporación de un gran número de mujeres e inmigrantes en actividades de atención a los sectores estratégicos; pero es un modo de incorporación que hace visible el hecho que estos/as trabajadores/as son parte de la economía global de la información, de ahí que se rompe el nexo entre ser trabajadoras/es en industrias líderes y la oportunidad de convertirse —como ha sido históricamente el caso en las economías industrializadas— en la "aristocracia trabajadora" o su equivalente contemporáneo. En este sentido "mujeres e inmigrantes" emergen

como el equivalente sistemático del proletariado que se desarrolla fuera de los países. Además, las demandas localizadas en la fuerza de trabajo del máximo nivel profesional y gerencial en las ciudades globales son tales que los modos frecuentes de manejar las tareas y los estilos de vida domésticos son inadecuados. Como consecuencia estamos viendo el retorno de las así llamadas “clases para la servidumbre” en todas las ciudades globales alrededor del mundo, compuesta en mayor medida por inmigrantes y mujeres migrantes.¹⁵

Los circuitos globales alternativos que me interesan aquí son otra ejemplificación de estas dinámicas de la globalización, pero desde la perspectiva de las economías en desarrollo más que desde la perspectiva de las ciudades globales. La globalización económica necesita ser entendida en sus múltiples localizaciones, muchas de las cuales generalmente no son entendidas como teniendo algo que ver con la economía global. En la próxima sección daré una primera especificación empírica de algunas de las localizaciones de estos circuitos globales alternativos, estas contrageografías de la globalización. Dado que los datos no son adecuados, será una especificación parcial. No obstante debería servir para ilustrar algunas de las dimensiones centrales.

Deuda de los gobiernos

Los problemas de la deuda y los servicios de la deuda se han convertido en una característica sistemática del mundo en desarrollo desde los años '80. También, según mi lectura, son una característica sistemática que conduce a la formación de nuevas contrageografías de la globalización. El impacto sobre las mujeres y sobre la feminización de la supervivencia está mediado por las características particulares de esta deuda más que por el hecho de la deuda en sí. Es con esta lógica en mente que esta sección examina varias características de la deuda gubernamental en las economías en desarrollo. Existe considerable investigación que muestra los efectos perjudiciales de tal deuda en los programas estatales para mujeres e infantes, notoriamente sobre educación y cuidado de la salud; inversiones sin duda necesarias para asegurar un futuro mejor. Además, el aumento del desempleo típicamente asociado con la austeridad y los programas de ajuste implementados por las agencias internacionales han mostrado también tener efectos adversos sobre las mujeres.¹⁶ El desempleo, de las mujeres mismas pero también de modo más general de los hombres en sus quehaceres, ha aumentado la presión sobre las mujeres para encontrar modos de asegurar la supervivencia doméstica. La

producción alimenticia de subsistencia, el trabajo informal, la emigración, la prostitución, todas han crecido como opciones de supervivencia para las mujeres.¹⁷ Las pesadas deudas estatales y el alto desempleo han acarreado la necesidad de buscar alternativas para sobrevivir; y una disminución de las oportunidades económicas regulares condujo al uso extendido de una búsqueda de ganancias ilegales por parte de las empresas y organizaciones. En este aspecto, las cargas de las pesadas deudas juegan un papel importante en la formación de contrageografías de supervivencia, de producción de ganancias y del aumento de ingresos para los gobiernos. La globalización económica de algún modo ha contribuido al rápido incremento en ciertos componentes de esta deuda y ha consolidado una infraestructura institucional para el traslado de caudales a través de las fronteras y mercados globales. Podemos ver a la globalización económica facilitando el funcionamiento de estas contrageografías a escala global.¹⁸ En general, la mayoría de los países que se endeudaron profundamente en los años '80 no han podido solucionar este problema. Y en los años '90 hemos visto todo un nuevo conjunto de países endeudarse en exceso. En estas dos décadas muchas innovaciones se lanzaron, en mayor medida vía Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial a través de sus Programas de Ajuste Estructural y los Préstamos de Ajuste Estructural, respectivamente. Los últimos estaban atados a reformas en las políticas económicas más que al financiamiento de proyectos particulares. El propósito de estos programas es tornar más "competitivos" a los Estados, lo que comúnmente significa agudas reducciones en varios programas sociales. En 1990 hubo casi 200 de esos préstamos. Durante la década del '80 también; la administración Reagan presionó de manera feroz sobre muchos países para implementar políticas neoliberales que se asemejaban a los Programas de Ajuste Estructural.

Los Programas de Ajuste Estructural se convirtieron en una nueva norma para el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional sobre la base de que eran un modo apto para asegurar crecimiento a largo término y monitorear las políticas gubernamentales. No obstante, todos estos países continuaron fuertemente endeudados, con 41 de ellos considerados hoy como Países Pobres Altamente Endeudados. Más aún, la estructura actual de estas deudas, sus servicios y cómo impactan o se insertan en las economías de los países deudores, sugiere que no es probable que la mayoría de estos países pueda, bajo las condiciones actuales, pagar esta deuda en forma completa.¹⁹ Los Programas de Ajuste Estructural parecen haber hecho esto más probable al demandar reformas económicas que han contribuido al desempleo y la bancarrota de muchas empresas

pequeñas orientadas al mercado nacional.

Aún antes de la crisis económica de los '90, la deuda de los países pobres en el Sur creció de 507 billones de dólares en 1980 a 1,4 trillones de dólares en 1992. Sólo los pagos del servicio de la deuda han aumentado a 1,6 trillones de dólares, más que la deuda actual. Además, como ha sido ampliamente reconocido en la actualidad, el Sur ya ha pagado su deuda varias veces y sin embargo su deuda creció cerca del 250%. De acuerdo con algunas estimaciones, desde 1982 a 1998 los países endeudados pagaron cuatro veces sus deudas originales y sin embargo sus stocks de deuda se incrementaron por cuatro.²⁰

Aún así, estos países han estado destinando una significativa parte del total de sus ingresos para los servicios de la deuda. Treinta y tres de los 41 Países Altamente Endeudados pagaron 3US\$ en pagos de servicio de la deuda al Norte por cada 1US\$ en asistencia al desarrollo. Muchos de estos países destinan más del 50% de sus ingresos gubernamentales al servicio de la deuda o entre el 20 y el 25% de sus ingresos por exportación.²¹

Esta carga de la deuda tiene inevitablemente amplias repercusiones en la composición del gasto estatal. Esto está bien ilustrado en el caso de Zambia, Ghana y Uganda, tres países que han sido considerados como cooperativos y responsables por el Banco Mundial así como efectivos en implementar los Programas de Ajuste Estructural. En Zambia, por ejemplo, el gobierno pagó 1,3bUS\$ de deuda pero sólo 37mUS\$ por la educación primaria; los gastos sociales de Ghana, en 75mUS\$ representaron el 20% del servicio de su deuda; y Uganda pagó 9US\$ per capita por su deuda y sólo 1US\$ para el cuidado de la salud.²² En 1994 sólo estos tres países enviaron US\$2,7b a los banqueros del Norte. Los pagos de Africa alcanzaron US\$5b en 1998, lo que significa que por cada 1US\$ en ayuda, los países africanos pagaron 1,4US\$ en servicio de la deuda en 1998.²³

Los porcentajes del servicio de las deudas con relación al PBI en muchos de los Países Pobres Altamente Endeudados exceden los límites sustentables; muchos están excedidos más allá de lo que se consideró como niveles inmanejables en la crisis de la deuda en América Latina de los años '80.²⁴ Los porcentajes de la deuda en términos del PBI son especialmente altos en Africa, donde ascendieron al 123%, comparados con el 42% en América Latina y el 28% en Asia.²⁵

Estas características de la situación actual sugieren que la mayoría de estos países no saldrán de su endeudamiento mediante las estrategias actuales de Programas de Ajuste

Estructural. En verdad parecería ser que los últimos han tenido en muchos casos el efecto de aumentar la dependencia de los países con la deuda. Más aún, junto con varias otras dinámicas, los Programas de Ajuste Estructural han contribuido a un aumento en el desempleo y la pobreza.

En esta consideración la actual crisis financiera del sudeste de Asia es esclarecedora. Estas fueron y continúan siendo, en verdad, economías altamente dinámicas. Pero tuvieron que encarar altos niveles de endeudamiento y defecciones económicas entre una amplia gama de empresas y sectores. La crisis financiera –tanto su arquitectura como sus consecuencias– ha traído con ella la imposición de políticas de ajuste estructural y un crecimiento en el desempleo y la pobreza debido a la diseminación de quiebras de pequeñas y medianas firmas que alimentaban tanto mercados nacionales como de exportación.²⁶ El paquete de salvataje de 120bUS\$ permitido para la introducción de provisiones de Programas de Ajuste Estructural, que reduce la autonomía de estos gobiernos, vino a compensar las pérdidas de inversores institucionales externos, más que a solucionar la pobreza y el desempleo de un importante número de personas. La administración de la crisis a través de las políticas del FMI según algunos empeora la situación de desempleo y pobreza.

Circuitos alternativos para la supervivencia

Es en este contexto que los circuitos alternativos de supervivencia emergen y pueden ser vistos como articulados con esas condiciones. Es un contexto signado por lo que interpreto como condición sistémica que se distingue por alto desempleo, pobreza, quiebras de un gran número de empresas y achicamiento de recursos del estado para las necesidades sociales. Quiero focalizar aquí en algunos datos sobre el tráfico de mujeres para la industria del sexo y para el mercado laboral, sobre el peso creciente de este tráfico como una opción para lograr beneficios y el peso creciente de las remesas de quienes emigran en los balances de diversos estados.

Tráfico de mujeres

El tráfico implica el reclutamiento forzado y/o el transporte de personas dentro y a través de los estados para trabajo o servicios a través de una variedad de formas, que incluyen coerción en todos los casos.

El tráfico es una violación de varios tipos distintos de derechos: humanos, civiles, políticos. El tráfico de personas aparece en mayor medida relacionado con el mercado del sexo, con los mercados laborales, con la migración ilegal. Se ha efectuado mucho trabajo legislativo para encarar el tráfico: tratados y cartas internacionales, resoluciones de la ONU y varias comisiones.²⁷ También las ONGs están jugando un papel cada vez más importante.²⁸

El tráfico de mujeres para la industria del sexo es altamente rentable para quienes manejan el comercio. Las Naciones Unidas estiman que 4 millones de personas fueron traficadas en 1998, generando una ganancia de U\$S 7 billones para los grupos criminales.²⁹ Estos fondos incluyen remesas de los ingresos de las prostitutas y pagos a organizadores y funcionarios locales. En Japón, las ganancias en la industria del sexo rondan los 4,2 trillones de yen al año durante los últimos años. En Polonia, la policía estima que por cada mujer polaca entregada, el traficante recibe cerca de U\$S 700. En Australia, la Policía Federal estima que el caudal en efectivo proveniente de 200 prostitutas asciende a los US\$ 900.000 por semana. Las mujeres ucranianas y rusas, altamente cotizadas en el mercado sexual, generan ganancias a las organizaciones criminales involucradas de cerca de US\$500 a US\$1000 por mujer entregada. Puede suponerse que estas mujeres atenderán un promedio de 15 clientes por día, y cada una puede obtener alrededor de US\$ 215.000 por mes para la organización.³⁰

Se estima que en estos últimos años varios millones de mujeres y niñas fueron traficadas dentro y fuera de Asia y la ex Unión Soviética, dos grandes áreas de tráfico. Los aumentos en el tráfico en ambas áreas puede vincularse con que las mujeres son arrojadas a la pobreza o vendidas a intermediarios en razón de la pobreza de sus hogares o parientes. El alto desempleo en las ex repúblicas soviéticas ha sido un factor estimulante del crecimiento de las organizaciones criminales así como del tráfico de mujeres. Los índices de desempleo en Armenia, Rusia, Bulgaria y Croacia alcanzaron el 70% y en Ucrania el 80% con la implementación de las políticas de mercado. Existen investigaciones que indican que la necesidad económica es la línea demarcatoria para entrar en prostitución.³¹

El tráfico de trabajadoras/es inmigrantes es también un negocio rentable. De acuerdo con un informe de las Naciones Unidas, las organizaciones criminales en los '90 generaron estimadamente unos 3,5 billones U\$S por año en ganancias provenientes del tráfico de migrantes en general (no sólo mujeres).³² Sólo recientemente el tráfico de migrantes se convirtió en asunto del crimen organizado; en el pasado, en gran

medida, eran pequeños criminales quienes se dedicaban a este tipo de tráfico. Existen también informes acerca de que grupos criminales organizados están creando alianzas estratégicas intercontinentales a través de redes de co-etnias a lo largo de varios países; esto facilita el transporte, los contactos y la distribución local, la provisión de documentos falsos, etc. La Red Global de Supervivencia informó acerca de estas prácticas luego de una investigación de dos años utilizando el establecimiento de una compañía testaferro para infiltrar el comercio ilegal.³³ Dichas redes también facilitan la circulación organizada de mujeres traficadas entre terceros países; no sólo entre países remitentes y receptores. Los traficantes pueden mover mujeres desde Burma, Laos, Vietnam y China a Tailandia, mientras que las mujeres tailandesas pueden haber sido trasladadas a Japón y los Estados Unidos.³⁴

Algunas de las características de las políticas de inmigración y coerción bien pueden contribuir a tornar aún más vulnerables a las mujeres que son víctimas de tráfico y despojarlas de recursos legales. Si son indocumentadas, y es muy probable que lo sean, no serán tratadas como víctimas de abuso sino como ilegales, por haber transgredido leyes de entrada, residencia y trabajo.³⁵ El intento de obstaculizar la inmigración indocumentada y el tráfico mediante mayores controles de fronteras, da lugar a la posibilidad de que las mujeres usen traficantes para cruzar las fronteras, y algunos de estos puedan entrar a formar parte de las organizaciones criminales vinculadas con la industria del sexo.

Más aún, en muchos países la prostitución está prohibida para las mujeres extranjeras, lo que incrementa más el papel de las organizaciones criminales en la prostitución. A la vez, disminuye una de las opciones de supervivencia de las mujeres extranjeras, para quienes el acceso a los empleos puede ser en general limitado. La prostitución es tolerada para las mujeres extranjeras en muchos países mientras los empleos del mercado de trabajo regular lo son menos; es el caso, por ejemplo, de Holanda y Suiza. De acuerdo con los datos de IOM, el número de mujeres prostitutas migrantes en muchos estados de Estados Unidos es muy superior al de los nacionales: 75% en Alemania, 80% en el caso de Milán en Italia, etc.

Mientras que algunas mujeres sabían que estaban siendo traficadas para ser prostituidas, para muchas las condiciones de su reclutamiento y el consiguiente abuso y servidumbre sólo se tornan evidentes luego de que llegan al país receptor. Las condiciones de confinamiento son con frecuencia extremas, semejantes a la esclavitud, tanto como las condiciones de abuso, que incluyen violación y otras formas de violencia sexual, y

castigos físicos. Son muy mal pagadas y sus salarios son con frecuencia retenidos. Se las previene de usar métodos de protección para prevenir el SIDA y habitualmente no tienen derecho a tratamiento médico. Si buscan la ayuda policial, pueden ser detenidas dado que están violando leyes de inmigración; si se les proveyeron documentos falsos son pasibles de cargos criminales.³⁶

Como el turismo ha crecido de manera pronunciada durante las últimas décadas y se convirtió en la principal estrategia de desarrollo para ciudades, regiones y países enteros, el sector del entretenimiento ha visto un crecimiento paralelo y reconocimiento como una estrategia de desarrollo clave.³⁷ En muchos lugares, el comercio del sexo es parte de la industria del entretenimiento y ha crecido de manera similar.³⁸ En algún punto se torna claro que el comercio sexual en sí mismo puede convertirse en una estrategia de desarrollo en áreas con alto desempleo y pobreza y cuando los gobiernos se desesperan por ingresos y reservas de moneda extranjera. Cuando la agricultura y la manufactura local no pueden funcionar más como fuentes de empleo, de ganancias y de ingresos para los gobiernos, lo que alguna vez fue una fuente marginal de entradas, ganancias e ingresos, ahora se transforma en una mucho más importante. La importancia creciente de estos sectores en el desarrollo genera crecientes conexiones. Por ejemplo, cuando el FMI y el Banco Mundial ven el turismo como una solución a algunos de los desafíos de crecimiento en muchos países pobres y proveen préstamos para su desarrollo o expansión, bien pueden estar contribuyendo a desarrollar una estructura institucional más vasta para la expansión de la industria del entretenimiento e indirectamente del comercio sexual. Esta conexión con las estrategias de desarrollo indican que el tráfico de mujeres bien puede tener una expansión pronunciada.

El ingreso del crimen organizado en el mercado sexual, la formación de redes étnicas transfronterizas y la creciente transnacionalización, como aspectos del turismo, sugieren que probablemente veamos un desarrollo futuro de una industria del sexo global. Esto puede significar mayores intentos por entrar en más y más "mercados" y una expansión general de la industria. Es una posibilidad inquietante especialmente en el contexto del creciente número de mujeres con pocas o ninguna opción de empleo. Y se espera un número creciente en el contexto de un nivel alto de desempleo y pobreza, el deterioro de un mundo de oportunidades laborales que estaban enclavadas en los sectores más tradicionales de estas economías, y el creciente peso de la deuda de los gobiernos tornándolos incapaces de proveer servicios sociales y contención para las personas pobres.

Las mujeres en la industria del sexo se convierten –en ciertos tipos de economías– en una conexión crucial que soporta la expansión de la industria del entretenimiento y de allí del turismo, como una estrategia de desarrollo que a su tiempo se transforma en fuente de ingreso de los gobiernos. Estas conexiones son estructurales, no una cuestión de conspiraciones. Su peso en una economía se verá por la ausencia o limitaciones de otras fuentes para asegurarse medios de vida, ganancias e ingresos para trabajadores/as, empresarios/as y gobiernos respectivamente.

Remesas

Las mujeres, y quienes migran en general, entran en el macronivel de las estrategias de desarrollo a través de otro canal más: el envío de remesas que en muchos países representa una fuente importante de ingreso de moneda extranjera para el gobierno. Si bien los caudales de remesas pueden ser menores comparados con los movimientos diarios masivos de caudales de capital en los mercados financieros, con frecuencia son muy significativos para economías en desarrollo o en dificultades.

En 1998 las remesas globales enviadas por inmigrantes a sus países de origen alcanzaron cerca de U\$S 70 billones.³⁹ Para entender la importancia de esta cantidad, debería relacionarse con el PBI y las reservas de moneda extranjera en los países específicos involucrados, más que en comparación con el caudal global de capital. Por ejemplo, en Filipinas, un remitente clave de migrantes en general y de mujeres para la industria del entretenimiento en varios países, las remesas representaron la tercer fuente de moneda extranjera más importante durante los últimos años. En Bangladesh, otro país con significativo número de trabajadores/as en el Medio Este, Japón y varios países europeos, las remesas representaron cerca de un tercio de la moneda extranjera. La exportación de trabajadores/as y las remesas son instrumentos a disposición de los gobiernos para amortiguar el desempleo y la deuda externa. Existen dos modos por los cuales los gobiernos se han asegurado beneficios mediante estas estrategias. Una de ellas está altamente formalizada y la otra es simplemente un subproducto del proceso de migración mismo. Entre los ejemplos más duros de programa formal de exportación laboral están Corea del Sur y Filipinas.⁴⁰ En los '70, Corea del Sur desarrolló programas extensivos para promover la exportación de trabajadores/as como una parte integral de su creciente industria de la construcción de ultramar, inicialmente a los países del medio este de la OPEC y, luego, a todo el mundo. Al entrar Sur Corea en su propio

boom económico, la exportación de trabajadores se tornó una opción menos necesaria y atractiva. En contraste, el gobierno de Filipinas –si es que hizo algo– expandió y diversificó el concepto de exportar sus ciudadanos/as como un modo de solventar el desempleo y de asegurar las reservas de moneda extranjera mediante sus remesas. Vuelvo ahora sobre este caso dado que ilumina toda una serie de cuestiones que están en el centro de este artículo.

El gobierno filipino ha tenido un papel importante en la emigración de mujeres filipinas a los Estados Unidos, Medio Oriente y Japón, a través de la Administración de Empleo de Filipinas en el Extranjero. Establecida en 1982, organizó y supervisó la exportación de enfermeras y mucamas hacia áreas de alta demanda en el mundo. Una deuda externa alta y el alto desempleo se combinaron para hacer de esto una política interesante. Los/as trabajadores/as de Filipinas en el extranjero enviaron a sus hogares casi U\$S 1 billón promedio al año en los últimos años. Por otro lado, varios países importadores de mano de obra dieron la bienvenida a esta política por sus propias razones específicas. Los países de la OPEC de Medio Oriente vieron crecer de manera pronunciada la demanda de trabajadores/as domésticos/as luego del boom del petróleo en 1973. En contraste con una aguda merma de enfermeras, una profesión que demanda años de entrenamiento con salarios bastante bajos y poco prestigio y reconocimiento, los Estados Unidos aprobaron legislación específica en 1989 (Immigration Nursing Relief Act) que permitió la importación de enfermeras.⁴¹ Y Japón aprobó una legislación que permitió la entrada de “trabajadoras del entretenimiento” en su economía en expansión en los '80, signada por ingresos disponibles en aumento y fuertes reducciones de empleos.⁴²

El gobierno de Filipinas también aprobó regulaciones que permitieron a las agencias de novias contratadas por correo reclutar jóvenes filipinas para casarse con hombres extranjeros como una cuestión de acuerdo contractual. El rápido aumento de este negocio fue central debido al esfuerzo organizado del gobierno. Entre los principales clientes estaban Estados Unidos y Japón. Las comunidades agrícolas japonesas fueron un destino clave para estas novias, con enormes déficits de personas y especialmente de mujeres jóvenes en las zonas rurales de Japón cuando la economía estaba en auge y la demanda para trabajar en grandes áreas metropolitanas era extremadamente alta. Los gobiernos municipales convirtieron en una política la cuestión de aceptar novias filipinas.

El mayor número de mujeres filipinas que circula por estos canales trabaja en el ex-

terior como mucamas, particularmente en otros países de Asia.⁴³ El segundo grupo más grande y en veloz crecimiento, es el de las animadoras, en mayor medida en Japón.⁴⁴ El incremento rápido en los números de migrantes que van como animadoras en mayor medida se debe a los más de quinientos "intermediarios de animadoras" que en Filipinas opera fuera del paraguas estatal; aún cuando el gobierno puede todavía beneficiarse de las remesas de estas trabajadoras. Estos intermediarios trabajan para proveer mujeres para la industria del sexo en Japón, donde básicamente está controlada por bandas organizadas sin pasar por programas de control gubernamentales para la entrada de animadoras. Estas mujeres son reclutadas para cantar y entretener, pero frecuentemente, quizá la mayoría, son forzadas a la prostitución también.⁴⁵

Existe evidencia creciente de la significativa violencia que se ejerce sobre las novias contratadas por correo en varios países, sin considerar la nacionalidad de origen. En los Estados Unidos el Servicio de Inmigración informó, recientemente, que la violencia doméstica hacia las novias contratadas por correo se ha tornado grave.⁴⁶ De nuevo, la ley opera contra estas mujeres que buscan recursos económicos, ya que están expuestas a ser detenidas si lo hacen antes de dos años de matrimonio. En Japón, a la esposa extranjera contratada por correo no se le otorga estatus legal en total igualdad y existe evidencia considerable que muestra que muchas están sujetas a abuso no sólo por los maridos sino también por la familia extendida.⁴⁷ El gobierno filipino aprobó la mayoría de las organizaciones de novias contratadas por correo hasta 1989. Pero bajo el gobierno de Corazón Aquino, las historias de abuso cometidas por esposos extranjeros llevaron a la prohibición de este negocio. Es casi imposible eliminar estas organizaciones y continúan operando en franca violación a las leyes.

Si bien Filipinas quizá es el país con el programa de mayor desarrollo, no es el único que exploró estas estrategias. Tailandia inició una campaña en 1998, después de la crisis financiera de 1997-8, para promover la migración para trabajar y el reclutamiento por parte de las firmas extranjeras de trabajadores/as tailandeses/as. El gobierno buscó exportar trabajadores/as a Medio Oriente, Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia y Grecia. El gobierno de Sri Lanka trató de exportar 200.000 trabajadores/as más, que se suman al millón que ya tiene en el extranjero. Las mujeres de Sri Lanka enviaron remesas por U\$S 880 millones en 1998, en mayor medida de sus ingresos como mucamas en Medio Oriente y en el Lejano Oriente.⁴⁸ Bangladesh organizó extensos programas laborales de exportación a los países de la OPEC y de Medio Oriente ya en los '70. Esto continuó y junto con las migraciones individuales a estos y otros

países, notablemente a los Estados Unidos y Gran Bretaña, constituye una significativa fuente de moneda extranjera. Sus trabajadores/as remitieron U\$S 1,4 billones en cada uno de los últimos cinco años.⁴⁹

Conclusión

Estamos viendo el crecimiento de una variedad de circuitos globales alternativos para generar ingresos, obtener ganancias y asegurar los ingresos de los gobiernos. Estos circuitos incorporan un número creciente de mujeres. Entre los circuitos globales más importantes están el tráfico de mujeres para prostitución así como para el trabajo regular, exportaciones organizadas de mujeres como novias, enfermeras y para el servicio doméstico, y las remesas enviadas a sus países de origen por una creciente fuerza de trabajo femenina que emigra. Algunos de estos circuitos operan de modo parcial o total en la economía en negro.

El artículo mapeó algunas de las principales características de estos circuitos y sostuvo que sus emergencias y/o fortalecimientos están vinculadas con la dinámica más general de la globalización económica que ha tenido impactos significativos en las economías en desarrollo. Indicadores claves de tales impactos son las pesadas y crecientes deudas de los gobiernos, el crecimiento del desempleo, los agudos recortes en los gastos sociales de los estados, el cierre de un importante número de empresas frecuentemente de sectores bastante tradicionales orientadas al mercado local o nacional y la promoción del crecimiento mediante la exportación.

Llamo a estos circuitos contrageografías de la globalización porque están: i) directa o indirectamente asociadas con algunos de los programas y condiciones centrales que están en el corazón de la economía global, pero: ii) son circuitos no típicamente representados o visto como conectados a la globalización y, en realidad, con frecuencia operan fuera y en violación de leyes y tratados, sin estar exclusivamente involucrados en operaciones criminales como es el caso del comercio ilegal de droga. Más aún, el crecimiento de una economía global trajo una infraestructura institucional que facilita los desplazamientos de caudales a través de las fronteras y representa, de ese modo, un medio ambiente posibilitador para estos circuitos alternativos.

Cada vez más es a costa de las mujeres que operan todas estas formas de supervivencia, de lucro y de incremento de ingresos gubernamentales. A esto podemos agregar el ingreso adicional del gobierno a través de los ahorros debido a los severos cortes en el

cuidado de la salud y la educación. Estas reducciones son frecuentemente parte del esfuerzo para hacer más competitivo al estado tal como demandan los Programas de Ajuste Estructural y otras políticas relacionadas con la actual fase de la globalización. Se reconoce en general que este tipo de recortes afectan a las mujeres de manera particularmente dura por ser las responsables de la salud y la educación de los/as integrantes de la unidad doméstica.

Estas contrageografías desnudan las conexiones sistemáticas entre, por un lado, las mujeres en mayor medida pobres y de baja remuneración con frecuencia representadas como una carga más que como un recurso, y, por otro lado, las que están emergiendo como fuentes significativas para la producción de ganancias ilegales y como una importante fuente de divisas para los gobiernos. Vincular estas contrageografías a los programas y las condiciones en el corazón de la economía global también nos sirve para comprender cómo la generización entra en su formación y viabilidad.

Traducción: Claudia Laudano

NOTAS

- 1 Basado en un proyecto más amplio de la autora, de varios años, sobre "Gobierno y Accountability en la Economía Global" (Departamento de Sociología, Universidad de Chicago).
- 2 He discutido esto para el caso de las migraciones internacionales para trabajar en Sassen (1998: capítulos 2, 3 y 4) y Sassen (1999a). Ver también, por ej., Castro (1999); Bonilla et al. (1999).
- 3 He analizado este tipo de economía en negro parcial que es dinámica y multilocalizada al investigar sobre la economía informal (Sassen 1998: capítulo 8).
- 4 Para una discusión más completa de los elementos conceptuales y empíricos brevemente descritos aquí ver el proyecto citado en la nota final 1.
- 5 Al momento, existe una extensa literatura en muy diferentes idiomas; también incluye un vasto número de ítems de circulación limitada elaborado por varias activistas y organizaciones de base. Para revisiones ver, por ej., Ward (1991); Ward and Pyle (1995); Bose and Acosta-Belén (1995); Benería and Felman (1992); Bradshaw et al. (1993); Tinker (1990); Moser (1989).
- 6 Para examinar estas cuestiones ver, por ej., Ward and Pyle (1995); Tinker (1990); Morokvasic (1984).
- 7 Ver, por ejemplo, Indiana Journal of Global Legal Studies 1996 para el tratamiento de este asunto que focaliza en los impactos de la globalización económica no en la

economía en negro sino en las cuestiones legales: la parcial deconstrucción de la soberanía y lo que esto significa para la emergencia de agendas feministas más allá de las fronteras, el lugar de las mujeres y la conciencia feminista en el nuevo modo en que Asia implementa el capitalismo global avanzado, la diseminación global de un conjunto de derechos humanos centrales y su poder para alterar la posición de las mujeres. Ver también Knop (1993); Peterson (1992); Mehra (1997).

- 8 Boserup (1970); Deere (1976).
- 9 Ver Smith and Wallerstein (1992) para un análisis de la economía doméstica en el contexto general del desarrollo de la economía mundial.
- 10 Esta es una vasta literatura que focalizó en muy diferentes partes del mundo, por ej., Lim (1980); Enloe (1988); Nash and Fernandez Kelly (1982); Safa (1995); Sassen (1988); Ward (1991); Chant (1992); Bonacich et al. (1994).
- 11 Ver, por ej., Milkman (1980); Beneria and Stimpson (1987).
- 12 Ver, por ej., Castro (1986); Grasmuck and Pessar (1991); Boyd (1989); Hondagneu-Sotelo (1994).
- 13 Ver, por ej., Basch et al. (1994); Soysal (1994); Malkki (1995); Eisenstein (1996); pero también ver Ong (1996).
- 14 Sassen (1998: capítulo 5).
- 15 Sassen (2000: capítulo 9). Sobre las implicancias políticas que emergen de esta situación en el contexto de las ciudades en una economía global, ver Copjec and Sorkin (1999).
- 16 Ver por ej. Chossudovsky (1997); Sanding (1999); Rahman (1999); Elson (1995). Para una excelente revisión de la literatura sobre el impacto de la deuda sobre las mujeres ver Ward (1999).
- 17 Acerca de estos variados temas ver, por ej., Alarcón-González and Mc Kinley (1999); Buchman (1996); Safa (1995); Jones (1999); Cagaty and Ozler (1995); Jones (1999); y varias de las referencias citadas en las notas precedentes. Ver también otros artículos citados sobre este asunto.
- 18 Este ha sido un elemento importante en mi investigación sobre globalización: la noción de que una vez que hay una infraestructura institucional para la globalización, los procesos que han operado básicamente a escala nacional pueden escalar al nivel global aún cuando no es necesario para su funcionamiento. Esto contrastaría con procesos que son por sus propias características globales, tales como la red de centros financieros que subyace a la formación de un mercado de capital global (por ej. Sassen 1999b).
- 19 En 1998, la deuda se desagregaba de este modo: Instituciones multilaterales (FMI, Banco Mundial y bancos de desarrollo regional) sumaban el 45% de la deuda; las instituciones bilaterales (países individuales y el grupo de París) sumaban el 45% de la deuda; y las instituciones comerciales privadas, el 10% (Ambroggi 1999).
- 20 Toussaint (1999:1). De acuerdo con Susan George, el Sur ha pagado el equivalente de seis Planes Marshall al Norte (Bandarage 1997).
- 21 Ambroggi (1999).
- 22 Ismi (1998).

- 23 Keet (1999).
- 24 OXFAM (1999a)
- 25 Cheru (1999). El FMI pide a los Países Pobres Altamente Endeudados que paguen entre el 20 y el 25% de sus ingresos de exportación para los servicios de la deuda. En contraste, en 1953 los Aliados cancelaron el 80% de la deuda de guerra de Alemania y sólo insistieron en el 3 ó 5% de los ingresos de exportación para el servicio de la deuda. Estos términos más generales han sido evidentes también en la historia reciente cuando Europa Central salió de la órbita comunista.
- 26 Ver, por ej., Olds et al. (1999).
- 27 Ver, por ej., Chuang (1998). El tráfico ha alcanzado un reconocimiento tal como problema que fue abordado asimismo en la reunión del Grupo de los 8 en Birmingham en mayo de 1998 (IOM 1998). Los responsables de los ocho países más industrializados enfatizaron la importancia de la cooperación contra el crimen organizado y el tráfico de personas internacional. El presidente de los Estados Unidos envió un conjunto de directivas a su administración para fortalecer e incrementar los esfuerzos contra el tráfico de mujeres y niñas. Esto motivó en su momento la iniciativa legislativa del senador Paul Wellstone; el proyecto S.600 fue presentado en el Senado en 1999. (Para un buen análisis crítico, ver Dayan 1999).
- 28 La Coalición contra el Tráfico de Mujeres tiene centros y representantes en Australia, Bangladesh, Europa, América Latina, Norte América, África y Asia. El Programa por los Derechos de las Mujeres ha establecido la Iniciativa contra el Tráfico de Personas para combatir el comercio global de personas. Referimos a otras organizaciones a lo largo del artículo.
- 29 Ver, en general, la Fundación contra el Tráfico de Mujeres y la Alianza Global contra el Tráfico de Mujeres. Para fuentes de información actualizadas regularmente, ver <http://www.hrlawgroup.org/site/programs/traffic.html>. Ver en general Altink (1999); Kempadoo and Doezema (1998); Shannon (1995); Lin and Marjan (1997); Lim (1998).
- 30 Para información más detallada sobre estos variados aspectos, ver los informes de la Fundación contra el Tráfico de Mujeres y la Alianza Global contra el Tráfico de Mujeres; IOM (1996).
- 31 Existe también un mercado creciente de niños y niñas para la industria del sexo. Durante un largo tiempo, este fue el caso de Tailandia pero ahora está presente también en otros cuantos países de Asia, en la Europa del Este y en América Latina (Cabera 1999).
- 32 IOM (1996).
- 33 Ver Red de Supervivencia (1997).
- 34 Existen varios informes en particular sobre los movimientos de tráfico transfronterizos. Los intermediarios malayos venden las mujeres malayas para ser prostituidas en Australia. Las mujeres del este europeo de Albania y Kosovo han sido traficadas por bandas para ser prostituidas en Londres (Hamzic and Sheehan 1999). Las adolescentes europeas de París y otras ciudades han sido vendidas a comerciantes de Arabia y África (Shannon 1999). En los Estados Unidos la policía terminó con un

círculo internacional de Asia que importaba mujeres de China, Tailandia, Corea, Malasia y Vietnam (Booth 1999). A las mujeres se les cobraba entre U\$S 30.000 y U\$S 40.000 por contratos a ser pagados mediante su trabajo en el comercio sexual o el comercio de la costura. Las mujeres introducidas en el comercio sexual fueron trasladadas por varios de los estados de Estados Unidos para dar continua variedad a los clientes.

- 35 Ver en general Castles and Miller (1998); Mahler (1995); Castro (1999).
- 36 Según la Coalición para Abolir la Esclavitud y el Tráfico, en una encuesta realizada a trabajadoras del sexo asiáticas encontró que con frecuencia la violación precede su venta para ser prostituidas y que alrededor de una tercera parte habían sido falsamente llevadas a la venta para prostitución.
- 37 Judd and Fainstein (1999).
- 38 Ver, por ej., Bishop and Robinson (1998); Booth (1999).
- 39 Ver en general Castles and Miller (1998); Castro (1999).
- 40 Sassen (1998).
- 41 Cerca del 80% de las enfermeras traídas bajo la nueva acta eran de Filipinas.
- 42 Japón aprobó una nueva ley de inmigración –estrictamente hablando, una enmienda de una vieja ley- que volvió a trazar de manera radical las condiciones para la entrada de trabajadores/as del extranjero. Permitió el ingreso de una serie de profesionales vinculados con la nueva economía de servicio dominante –especialistas, por ej., en finanzas y leyes al estilo occidental- pero tornó ilegal la entrada de lo que denominó “trabajo simple”. Esto último generó un rápido aumento de las entradas indocumentadas de trabajadores/as para empleos de salarios bajos. Esta prohibición subraya que la nueva ley hizo especialmente provisiones para la entrada de “animadoras”. (Sassen 1998: capítulo 6).
- 43 Yeoh et al. (1999); Chin (1997); Heyzer (1994).
- 44 Sassen (2000: capítulo 9)
- 45 Estas mujeres son reclutadas e introducidas tanto a través de canales legales formales como ilegalmente. De otra forma tienen poco poder para resistir. Aún cuando se les paga por debajo del salario mínimo, producen significativos beneficios para los intermediarios y los empleadores involucrados. Ha habido un enorme aumento del así llamado negocio del entretenimiento en Japón.
- 46 PBI (1999)
- 47 Takahashi (1996)
- 48 Anon (1999)
- 49 David (1999)

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón -González, Diana y Terry McKinley. 1999. "The adverse effects of structural adjustment on working women in Mexico", *Latin American Perspectives*, 26 (3): 103-117.
- Atlink, Sietske. 1995. *Stolen Lives: Trading Women into Sex and Slavery*. Nueva York: Harrington Park Press and London: Scarlet Press.
- Bandarage, Asoka. 1997. *Women, Population and Crisis*. Londres: ZED.
- Bello, Walden. 1998. *A Siamese Tragedy: Development and Disintegration in Modern Thailand*. Londres: Zed.
- Benería Lourdes y Shelley Feldman (eds). 1992. *Unequal Burden: Economic Crises, Persistent Poverty and Women's Work*. Boulder Co: Westview.
- Bishop, Ryan y Lillian Robinson. 1998. *Night Market: Sexual Cultures and the Thai Economic Miracle*.
- Bonacih, Edna, Lucie Cheng, Norma Chinchilla, Nora Hamilton y Paul Ong (eds). *Global Production: The apparel Industry in the Pacific Rim*, Philadelphia: Temple University Press.
- Bonilla, Frank, Melendez, Edwin, Morales Rebecca y Torres, María de los Angeles (eds) *Borderless Borders*. Philadelphia: Temple University Press, 1998.
- Booth, William. 1999. "Thirteen charged in gang importing prostitutes". *Washington Post* August 21.
- Bradshaw, York, Rita Noonan, Laura Gashi, y Claudia Buchmann. 1993. "Borrowing against the future: children and third world indebtedness". *Social Forces* 71 (3) 629- 656.
- Brides from Phillippines? www.geocities.co.jp/Milkyway-Kaigan/5510/p7j.html
- Buchann Claudia. 1996. "The debt crisis, structural adjustment and women's education". *International Journal of Comparative Studies*. 37 (1-2); 5-30.
- Cagatay, Nilufer y Suly Ozler. 1995. "Feminization of the labor force: the effects of long term development and structural adjustment". *World Development* 23 (1º1) 1883-1894.
- Castles, Stephen y Mark J. Miller, 1998. *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World* (segunda edición). Nueva York: Mac Millan.
- Castro, Max (ed.). *Free Markets, Open Societies, Closed Borders?* Miami: University of Miami -North South Center Press, 1999.
- Chag, grace. 1998. "Undocumented Latinas: The new 'employable mothers'". P 311-319 en M Andersen y Patricia Hill Collins (eds) *Race, Class and Gender* (tercera edición). Wadsworth.
- Chant, Sylvia (ed) 1992. *Gender and Migration in Developing Countries*. London and New York: Behalven Press.
- Chossudovsky, Michel. 1997. *The Globalization of Poverty*. London: ZED/TWN.
- Chin, Christine. 1997. "Walls of silence and late 20 th century representations of foreign female domestic workers: the case of Filipina and Indonesian houseservants in Malaysia", *International Migration Review*, 31 (1): 353-385.
- Chuang, Janie. 1998. "Redirecting the Debate over Trafficking in Women: Definitions,

- Paradigms and Contexts*" *Harvard Human Rights Journal*, 10.
- Coalition to Abolish Slavery and Trafficking (Annual) Factsheet.
www.traffickedwomen.org/fact.html
- Coalition to Abolish Slavery and Trafficking (Annual) Reports.
- Copjec, Joan and Sorkin Michael (ed) *Giving Ground*. London: Verso 1999.
- David, Natacha. 1999. "Migrants made the scapegoats of the crisis". ICFTU Online.
- International Confederation of Free Trade Unions: www.hardford-lhop.com/archivers/50/012.html
- Deere, C.D. 1976. "Rural women's subsistence production in the capitalist periphery". *Review of Radical Political Economy*, 8 (1): 9-17.
- Elson, Diane. 1995 *Male Bias in Development* (segunda edición). Manchester.
- Enloe, Cynthia. 1988. *Bananas, Beaches, and Bases*. California: University of California Press.
- Eisenstein, Zillah. 1996. "Stop Stomping on the Rest of Us: Retrieving Publicness from the Privatization of the Globe". *Indiana Journal of Global Legal Studies. Special Symposium on Feminism and Globalization: The Impact of the Global Economy on Women and Feminist Theory*. Vol. 4, 10.
- Farrior, Stephanie. 1997. "The International Law on Trafficking in Women and Children for Prostitution: Making it Live up to its Potential". *Harvard Human Rights Journal*, 10.
- Global Survival Network. 1997. "Crime and Servitude: An Expose of the Traffic in Women for Prostitution from the Newly Independent States". www.globalsurvival.net/femaletrade.html (november).
- Heyzer, Noeleen. 1994. *The trade in Domestic Workers*, London: Zed.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette. 1994. *Gendered transitions*. Berkeley: University of California press.
- Indiana Journal of Global Legal Studies. Special Symposium on Feminism and Globalization: The Impact of the Global Economy on Women and Feminist Theory*, vol 4, 10.
- IOM (International Migration Office) (Annual Quarterly) *Trafficking in Migrants* (Quarterly Bulletin) Ginebra: IOM.
- Judd, Dennis y Susan Fanistein. 1999. *The Tourist City*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Ismi, Asad. 1998. "Plunder with a human face". *Z. Magazine* (febrero).
- Jones Erika. 1999. "The gendered toll of global debt crisis". *Sejourner* 25 (3): 20-38.
- Kabria, Nazli. 1993. *Family Tightrope*. Princeton: Princeton University Press.
- Kempadoo, Kamala y Jo Doezema. 1998. *Global Sex Workers: Rights, Resistance and redefinition*. London: Routledge.
- Knop, Karen. "Re/Statements: Feminism and State Sovereignty in International Law". *Transnational Law And Contemporary Problems*. Vol 3, 1993: 293-344.
- Lin, Lap-Chew and Wijers Marjan. 1997. *Trafficking in women, forced labour and slavery like practices in marriage, domestic labour and prostitution*. Utrecht: Foundation Against trafficking In Women (STV) and Bangkok: Global Alliance Against Traffic

in Women (GAATW).

Lim, Lin. 1998. *The sexo sector. The economic and Social Bases of Prostitution in Southeast Asia*, Ginebra: International Labor Office.

Mahler, Sarah. 1995. *American Dreaming: Immigrant Life on the Margins*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Malkki, Lisa H. 1995. "Refugees and Exile: from Refugees Studies the National Order of Things". *Annual Review of Anthropology* 24: 495-523.

Mehra Reka. 1997. "Women, empowerment and economic development". *Annals of the American Academy of Political and Social Science*. 136-149.

Meng, Eddy. 1994. "Mail Order Brides: Gilded Prostitution and the Legal Resources". *University of Michigan Journal of Law Reform*.

Morokvasik, Mirjana. 1984. Special Issue on Women Immigrants, *International Migration Review*, 18, n° 4.

Moser, Carolyn. 1989. "The impact of recession and structural adjustment policies at the micro-level: low income women and their households in Guayaquil, Ecuador" *Invisible Adjustment*. Vol 2 UNICEF.

Olds Kris, Diclen, Peter Kelly, Philip F. Kong, Lilly, Yeun, Henry, Wai-Chung (eds) *Globalization and the Asian Pacific: Contested Territories*. London: Routledge.

Ong, Aihwa 1996. "Globalization and Women's Rights: The Asian Debate on Citizenship and Communitarianism". *Indiana Journal of Global Legal Studies*. Special Symposium on

Feminism and Globalization: The Impact of the Global Economy on Women and Feminist Theory. Vol 4 1.

OXFAM. 1999. "On the Homefront and in the Workplace: Integrating Immigrant Women into Feminist Discourse". *Anthropological Quarterly* 68, n° 1, pp 47-47.

Peterson, V. Spike (ed) 1992. *Gendered States: Feminist (RE)Visions of International Relations Theory*.

Philippines Information Service. 1999. *Filipina Brides*. www.pis.or.jp/data/totluug.htm.

Rahman, Aminur. 1999. Micro-credit initiatives for equitable and sustainable development: Who Pays? *World Development* 27 (1): 67-82.

Helen Safa. 1995. *The Myth of the Male Breadwinner: Women and Industrialization in the Caribbean*.

Sassen Saskia. 2000. *The Global City*. New York, London, Tokyo (Versión actualizada) Princeton, NJ: Princeton University Press).

_____. 1999a. *Guests and Aliens*. New York: New Press.

_____. 1999b. "Global Financial Centers". *Foreign Affairs*, vol 78, n° 1 (enero febrero) 1999: 75-87.

_____. 1998. *Globalization and its Discontents: Essays on the Mobility of People and Money*. New York Press.

Shannon, Susan. 1999. "The global Sex trade: Humans as the Ultimate Commodity". *Crime and Justice International* (Mayo): 5-25.

Smith, Joan and Immanuel Wallerstein (eds) 1992 *Creating and Transforming Households. The constraint of the world economy*, Cambridge and Paris. Cambridge

- University Press and Maison des Sciences de l'Homme.
- Standing, Guy. 1999 "Global feminization through flexible labor. A theme revisited". *World development* 27 (3): 583-602.
- Tinker, Irene (ed) 1990 *Persistent inequalities Women and World Development*. New York Oxford University Press.
- Toussaint, Eric 1999 "Poor countries pay more under debt reduction scheme? 8 (July) WWW.twinside.org.sg/souths/twn/title/1921-cn.htm.
- Tyner James, 1999 "The global context of gendered labor emigration from the Philippines to the United States" *American Behavioral Scientist* 42 (40) 671-694.
- Ward, Katryn. 1991. *Woman Workers and Global Restructuring*, Ithaca N.Y. Cornell University Press.
- _____. 1999 *Women and the debt* "Paper presented at the Colloquium on Globalization and the Debt, Emory University , (Atlanta)
- Ward kaatryn and Jean Pyle 1995 "Gender, Industrialization and Development" Pp. 37-64 in Christine E Bose and Edna Acosta- Belen (eds) *Women in the Latin American Process, From Structural Subordination to Empowerment*. Philadelphia. Temple University Press.
- Yeali, Brenda, Shirlenga Huang and Joaquín Gonzalez III. 1999. "Migrant female domestic workers: debating the economic, social and political impacts in Singapore". *Integration Migration Revue* 33 (1) 114-136.
- WIDE, Multiple Issues, Bulletin, Network Women in Development Europe.

CAPÍTULO II

REESTRUCTURACIÓN Y LAS POLÍTICAS DE MARGINACIÓN, *Janine Brodie*¹

Introducción

Judy Rebick, luego de traspasar a Sunera Thobani la conducción del Comité de Acción Nacional para el Status de la Mujer (NAC), brindó –en una entrevista publicada en *Studies in Political Economy* (1994)- un panorama franco y sagaz sobre el futuro del movimiento feminista canadiense. La entrevista destaca, entre otras importantes observaciones, la necesidad de repensar las coaliciones políticas; el permanente desafío que, para el movimiento feminista, implican el racismo y la homofobia; y el profundo sexismo que continúa medrando en el denominado “campo popular” canadiense. También tiene algunas percepciones críticas sobre el clima político actual y éstas avalan los conceptos que desarrollaré en este capítulo. En primer lugar, afirma que la actual preocupación de los políticos canadienses por el déficit ha tenido como efecto la completa marginación de las cuestiones de las mujeres, porque “la mayoría de los problemas que atañen a las mujeres requieren a la vez fondos del gobierno y su intervención; y ambos tópicos perdieron vigencia en estos momentos” (ver también Gotell y Brodie 19996). En segundo lugar, Rebick señala que es muy difícil interpolar consideraciones acerca de la igualdad de género en los debates actuales sobre la reestructuración económica. Esto se debe a que “cuando se habla de cuestiones sociales, éstas quedan acotadas por definición como cuestiones de las mujeres”, tales como “el aborto y la igualdad de salarios”. En tercer lugar, sugiere que el movimiento feminista,

tal como lo conocemos, “se basa en gran medida en las organizaciones sociales sostenidas por el gobierno, y estas organizaciones están luchando por sobrevivir, y tal vez no lo logren”. Cuarto, sostiene que el movimiento feminista debe desarrollar nuevas estrategias económicas, porque “las antiguas estrategias económicas, tales como igualdad de salarios e igualdad de empleos, no corren más”. Por último, predice que la reacción adversa que el movimiento feminista debió enfrentar a fines de la década del '80 se verá intensificada en la década del '90 y continuará. Como resultado de ello, sugiere que “nos retrotraeremos a una situación muy parecida a la de los años '60, cuando la única manera de concitar la atención era mediante las organizaciones de base” (Rebick 1994, 57-61).

¿Qué podemos hacer nosotras ante estas predicciones más bien pesimistas respecto del futuro del movimiento feminista canadiense? En este capítulo trataré de demostrar cómo, la difundida teorización feminista acerca de las relaciones entre las mujeres, el movimiento feminista y el estado, no ha captado las plenas implicaciones que los cambios actuales producen en el estado. A continuación, me propongo explorar la era actual de reestructuración desde la perspectiva de las nuevas formas culturales que parecieran emerger de los escombros de las anteriores, sugiriendo que estos cambios tienen significativas implicaciones negativas en la política de la segunda ola del feminismo canadiense.² En concreto, sugiero que la política de reestructuración gira en torno a la reducción económica multifacética y a la re-regulación de lo público y de lo político, de acuerdo a cómo fueron constituidos por el estado de bienestar keynesiano (KWS, en inglés) en los años de las postguerra, y de la simultánea expansión de lo privado, ya se trate de los mercados o de la esfera doméstica. Este proceso, a su vez, está erosionando las identidades políticas mismas que enriquecieron la segunda ola del feminismo canadiense, diferenciándolo de su contraparte de fines del siglo XIX. La coyuntura actual propone, más aún, exige, que el feminismo anglo-canadiense se comprometa con un nuevo pensamiento estratégico acerca del verdadero significado de lo público y de las bases potenciales que puedan generar una tercera ola de feminismo anglo-canadiense.

La política de reestructuración

Canadá, como otras democracias occidentales, está produciendo actualmente un profundo giro en el diseño del estado y en las prácticas de gobierno. En los años '80,

el keynesianismo –que imprimió su sesgo a la política de la postguerra– aumentó su influencia, aunque dando lugar a una nueva ortodoxia de gobierno. Y, como lo sugiere el comentario de Rebeck, esta nueva filosofía de gobierno, desafía la verdadera supervivencia del movimiento feminista canadiense, tanto como la de otros movimientos opositores que han poblado el escenario político de la postguerra. La nueva ortodoxia se basa fundamentalmente en que la cambiante política internacional plantea las mismas demandas a todos los gobiernos. Estas son:

- maximizar las exportaciones
- reducir el gasto social
- limitar las regulaciones económicas del estado
- habilitar al capital para reorganizar las economías nacionales en bloques comerciales transnacionales (Friedman 1991, 35).

Estos nuevos principios de gobierno han desplazado el eje en las prioridades de las políticas públicas y de los regímenes regulatorios, generando de manera creciente nuevos modelos institucionales. Los distintos gobiernos de Canadá abandonaron completamente –por considerarlos no esenciales– los objetivos políticos de la postguerra que apuntaban al pleno empleo y al desarrollo de una amplia red de seguridad social. En lugar de ello, priorizaron alcanzar las lábiles y abstractas condiciones de flexibilidad, eficiencia y competitividad internacional (Cox 1991, 337). En este proceso, el modelo político de la postguerra ha sido dejado de lado, poniendo de relieve la incertidumbre del espacio político en disputa.

La reestructuración representa un proceso político prolongado y conflictivo a través del cual las antiguas hipótesis y las interpretaciones compartidas son cuestionadas y, eventualmente, reformuladas o rechazadas, mientras que las fuerzas sociales en pugna luchan para concretar una nueva visión del futuro. Las opiniones políticas conocidas, las instituciones y los actores políticos no son tenidos en cuenta por la política de reestructuración. Están siendo reemplazados por consideraciones y puntos de vista extraños al dominio político de la postguerra, con visiones decididamente diferentes de la política, la esfera pública y, más aún, del futuro del propio país. Tal como lo señala Soja, la reestructuración involucra una simultánea “combinación de derrumbe y nueva reconstrucción”. Nos transmite la “idea de un ‘freno’, cuando no de una ‘ruptura’³, en las tendencias seculares, un viraje hacia un orden y una configuración de la vida social, económica y política significativamente diferentes” (Soja 1989, 159). Las elecciones federales de 1993 marcaron un profundo cambio, tanto en el texto de

la política federal como en sus diversos subtextos, incluyendo las relaciones de género y la eficacia del movimiento feminista. La prensa proclamaba que dichas elecciones implicaban la salida a la palestra de las mujeres, ya que dos de las líderes de los partidos mayoritarios eran mujeres. La cobertura periodística estuvo saturada de historias que destacaban los estilos de liderazgo masculinos y femeninos. Así, pudimos enterarnos que Audrey Mac Laughlin, líder del New Democratic Party, lavaba los platos en su casa mientras que la primera ministra Kim Campbell se destacaba por su habilidad para la contradanza. (Gotell y Brodie 1996).

Al mismo tiempo, los partidos federales permanecían virtualmente en silencio respecto de las así llamadas cuestiones de las mujeres. Efectivamente, los dos partidos mayoritarios consideraban al género como un tema tan irrelevante, que podían negarse a debatir las cuestiones de las mujeres –como lo habían hecho en las dos campañas anteriores– sin estar expuestos a sanciones electorales. Más aún, todo esto no parecía generar repercusiones. Algunos pocos parecían notar que la mera presencia de mujeres en la elección federal era utilizada por los partidos mayoritarios y por la prensa como un pretexto para no hablar de las cuestiones de las mujeres (específicamente, cómo la desaparición del estado de bienestar afectaba adversamente la vida cotidiana de la mayoría de las mujeres canadienses). En el proceso electoral, las organizaciones comprometidas esencialmente con la vida de las mujeres, como el NAC, fueron perdiendo su capacidad de respuesta.

Las mujeres, el estado y la reestructuración

El movimiento feminista canadiense no se detuvo en contemplar de manera pasiva el nuevo orden emergente. Las organizaciones feministas de la región anglo-canadiense estuvieron a la vanguardia, enfrentando la mayor parte de los síntomas de género inherentes a la actual transformación política, económica y cultural. De hecho, las evidencias generales sugieren es en el campo de género que precisamente la reestructuración se llevó a cabo. Tal como lo explica Judy Rebick en la entrevista para el *Studies in Political Economics* (1994)

Si no se contempla el rol de las mujeres, no se podrá comprender qué es lo que sucede en lo económico. Quiero decir que todas “las fuerzas destructivas” de la derecha golpean primero a las mujeres. El teleempleo, los trabajos de tiempo parcial, todo esto afecta primero a las mujeres. (Rebick 1994).

Tanto las académicas como las organizaciones feministas vincularon la reestructuración con la intensificación y la feminización de la pobreza, especialmente entre las madres solteras y las mujeres mayores de edad. También señalan que las mujeres se han visto proporcionalmente mucho más afectadas por los recortes en el gasto social y la reducción del servicio público. Esto lo sufren por partida doble: como beneficiarias del servicio social y como trabajadoras estatales. Más aún, el retroceso del estado de bienestar, significa muchas veces que los servicios sociales vitales son desplazados del trabajo remunerado de la mujer al trabajo no remunerado (Bakker 1996). El movimiento feminista también fue de los primeros en demostrar que los impactos que la reestructuración ha tenido en el género son muy desiguales, afectando principalmente a las mujeres jóvenes, a las mujeres de color y a las mujeres trabajadoras.

Debemos destacar que importantes organizaciones de primera línea, como el NAC, reconocieron claramente, desde el comienzo, que la visión neoliberal de un estado minimalista y un mercado capitalista libre de control apunta contra los fundamentos de la agenda política de la segunda ola feminista. En los años de la postguerra, la corriente dominante en el feminismo canadiense vinculaba de manera consistente el logro de la igualdad de género con el activismo estatal y con el intervencionismo, ya fuera a través de la elaboración de la red de seguridad social o de la regulación del sector privado. Las demandas claves de la política feminista, tales como la provisión del cuidado universal de los niños, el seguro de ingresos para las madres solteras y mujeres ancianas, y acciones afirmativas e igualdad de salarios, todas ellas requieren de mayor –y no de menor– presencia del gobierno (ver Gotell y Brodie 1996).

No resulta entonces sorprendente que, en 1984, luego de la elección del Progressive Conservative Party (Partido Conservador), NAC y otras organizaciones feministas invirtieran en forma creciente su capital político en defender el estado de bienestar y el libre uso de los fondos federales por parte del estado de los ataques de los neoliberales. Las organizaciones de mujeres objetaron la llamada "Agenda Tory"⁴ e hicieron campaña contra el libre mercado y los acuerdos de Meech Lake y Charlottetown. No obstante, el movimiento feminista no logró ingresar a esta última ronda política para afirmar las garantías constitucionales de igualdad, tal como lo había hecho a comienzos de la década del '80. En su lugar, combatió las iniciativas constitucionales del gobierno de Mulroney, basándose principalmente en que éstas amenazaban la viabilidad del estado de bienestar y la capacidad de los futuros gobiernos federales para instituir nuevos planes nacionales de bienestar social.

La política de reestructuración y la caída del estado de bienestar llevaron de modo progresivo al movimiento feminista a una posición insostenible, en la que quedó marginado de las principales corrientes políticas a la vez que su propia identidad se vio amenazada, tal como lo acabamos de ver. En la década pasada, la vigencia de esta política sin alternativas colocó al movimiento feminista en medio de una paradoja: la de tener que defender al mismo estado de bienestar al que anteriormente había cuestionado por inadecuado, sexista, clasista y racista (Abbot y Wallace 1993, 22) y al cual los liberales condenaron ruidosamente por considerarlo la raíz de nuestro actual malestar económico. Sin embargo, esta estrategia resultó más autodestructiva que paradójica. El bienestar social de la postguerra fue desapareciendo rápidamente de la agenda política: el estado de bienestar no existe más. Más aún, el gobierno federal resignó su liderazgo en política social en favor de las provincias, cuya situación fiscal les impide reparar la red de seguridad social. El movimiento feminista recién está comenzando a abordar el hecho de que los actuales cambios en la forma del estado y en las prácticas de gobierno también están modificando el propio espacio de las políticas feministas.

El proceso de reestructuración

Aunque las feministas acuden a la evidencia empírica para demostrar que la reestructuración se sustenta en el género y rechazan el inexorable desplazamiento del estado hacia el neoliberalismo, no siempre nuestra lectura conceptual de la era actual de reestructuración es la más adecuada y estratégica. Creo que esta lectura inadecuada de la reestructuración, a menudo adquiere una de las siguientes formas:

- Empirismo liberal: La premisa principal de este abordaje es que si los funcionarios tuvieran una "buena" disposición, demostrando sensibilidad ante los impactos que la reestructuración causa en las mujeres, esto podría llevar a una reforma política orientada a corregir los efectos negativos de dicha reestructuración (Brodie 1996).

- Determinismo radical: Este abordaje reconoce los impactos que la reestructuración tiene sobre las mujeres pero afirma que simplemente brinda una evidencia adicional sobre la permanente oposición de fondo entre los intereses del capital y las mujeres o entre los de las mujeres y los varones (Yeatman 1990, 119; McDowell 1991, 401).

- Welferianismo nostálgico: Este abordaje rescata el estado de bienestar de la postguerra, considerando como indeseable cualquier desviación de la experiencia anterior, sin tener

en cuenta que el estado de bienestar keynesiano también tuvo consecuencias negativas para las mujeres y otros grupos en situación de desventaja (Brodie 1996).

Estas lecturas de la reestructuración resultan inadecuadas en varios aspectos. Por ejemplo el empirismo liberal conlleva la discutible hipótesis de que los impactos desiguales en el género son coyunturales más que inherentes a la corriente actual de reestructuración. También sitúa al estado por fuera del proceso de reestructuración, donde podría neutralizar sus efectos en el género con "acciones" adecuadas y presiones políticas. Por contraste, el determinismo radical no ve posibilidades de cambio porque prevé que el estado, como siempre, afirma, apoya o actúa en función de un interés único, el del capital o el de los varones, que quedan fuera del sistema estatal (Watson 1990a). Abandona a todas las mujeres, siempre, a la condición de víctimas pasivas del estado, que actúan en favor de los intereses de sus opresores. Al mismo tiempo, no logra reconocer que no todas las mujeres han sido perjudicadas por la reestructuración, o al menos, no todas con similar intensidad, y que aquélla afecta de distinta manera a las diferentes razas y clases.

Para no ser mal interpretada, quiero enfatizar, antes de establecer mis objeciones al tercer abordaje, que no estoy en contra de la conveniencia o necesidad de la provisión colectiva de servicios sociales ni de que el estado deba hacerse cargo del bienestar de sus ciudadanos. Tampoco quiero demostrar que no tenemos otra opción que no sea la de ajustarnos a un estado indigente y modesto, tan en boga actualmente, con su retahíla de prácticas discursivas, sus recortes presupuestarios y su políticas públicas. Mi objeción se basa simplemente en que el estado de bienestar de la postguerra sólo era una de las formas posibles de estado. Una forma de provisión de bienestar que fue creada en circunstancias históricas muy diferentes, por diferentes actores políticos con diferentes alianzas e intereses políticos. Y que apoyaba un orden de género diferente y una generización específica de la división del trabajo (McDowell 1991). Dicho de otra manera, el estado de bienestar keynesiano no es la concreción máxima en la historia de la formación del estado sino una muestra sucinta y limitada geográficamente de sus diversas manifestaciones.

Mi postura es que no podemos retornar a prácticas políticas "elaboradas en los cimientos de situaciones históricas y dilemas que ya no nos pertenecen". Tal como Jameson lo demuestra, la coyuntura política actual no es meramente una "ideología cultural o una fantasía" sino una "realidad histórica genuina". No necesitamos atarnos al pasado para luchar por un futuro más justo. A la vez, necesitamos comprender los nuevos espacios

y representaciones generados por esta nueva realidad y desarrollar un “modelo de cultura política que se adecue a nuestra propia situación” (Jameson 1993, 87, 89).

La teoría feminista del estado

La teoría feminista del estado ignoró sistemáticamente los profundos cambios que actualmente tienen lugar en las formas del estado, tanto en las democracias liberales occidentales como en otros países. De hecho, la teorización de las feministas siguió distintos rumbos, de los que podría decirse que, indefectiblemente, condujeron a un callejón sin salida. Por ejemplo, las feministas liberales han sido criticadas por su descripción optimista del estado democrático liberal al que muestran como una institución benigna, potencialmente progresista y autónoma, que, una vez “purgada” de su sexismo, estaría en condiciones de legislar la igualdad de las mujeres (Watson 1990b,7). Para los detractores de las liberales, las políticas públicas y la legislación son incapaces de concretar la igualdad femenina, a menos que intenten una profunda reorganización de la sociedad en la que incluyan la esfera pública y privada y los roles de los géneros. Al mismo tiempo, aquellas teorías de las feministas radicales y socialistas, que caracterizan al estado como a un agente instrumental del control social y patriarcal, han sido criticadas por hiperdeterministas y funcionales. Estas teorías parecen incapaces de dar cuenta de por qué el estado siempre actúa en favor de los intereses masculinos —si es que verdaderamente lo hace— y tampoco por qué algunas veces aprueba reformas que terminan debilitando el orden patriarcal dominante (Gordon 1990, 10). Esta representación del estado como el garante de la hegemonía patriarcal tiende incluso a ignorar que, las políticas públicas, a menudo, tienen diferentes consecuencias para las diferentes mujeres, cuyas experiencias varían de acuerdo a la clase, etnicidad, raza y sexualidad. Del mismo modo, las políticas públicas y la regulación estatal pueden ser muy contradictorias, o tener el efecto no buscado de facultar a las mujeres para llevar a cabo acciones políticas (Chunn 1995, 177).

Estos problemas hacen que algunas feministas argumenten en contra del proyecto de teorizar acerca del estado como un todo. Por ejemplo, Judy Allen, desalienta a las feministas para seguir perdiendo su tiempo en la construcción de “grandes teorías” del estado porque, argumenta, se trata de una “categoría de abstracción que es demasiado inclusiva, demasiado unitaria y demasiado inespecífica para guiar el emplazamiento de las situaciones integradas, diversas, específicas (o locales) más urgentes en lo

concerniente a la temática feminista". Efectivamente, Judy Allen sugiere que el estado no es considerado una "categoría genuina" en la teoría feminista (Allen 1990, 22). La crítica de Allen brinda un nuevo giro epistemológico a la larga tradición antiestatista inherente a la teoría y práctica feministas. ¿Pero estamos arriesgando demasiado cuando optamos por ignorar o desechar, en la teoría o en la práctica, la relevancia del estado, especialmente en un período de profunda reestructuración? Aunque muchas teorías feministas acerca del estado aparecen fatalmente resquebrajadas, el hecho es que la mayoría de los problemas de las mujeres –ya sean los relativos a la salud, la igualdad o la seguridad– están necesariamente centrados en el estado (Brown 1992). ¿Podemos abandonar nuestro proyecto central de arribar a una mejor comprensión de la relación entre la política pública, los objetivos feministas de igualdad y la siempre cambiante forma del estado? Si nos limitamos a contemplar desde afuera esta problemática, ¿no estaremos convalidando entonces la imagen identitaria que el estado pretende transmitir de nosotras, incluyendo la invisibilidad? ¿No deberíamos enfrentarlo? (Yeatman 1993, 231, 233)

Más que apartarnos del estado, las feministas deberíamos interrogarnos acerca de nuestra idea del estado que no nos permite captar nuestras experiencias pasadas y presentes de opresión de género. ¿Qué tiene de malo pensar al estado como si fuera una cosa, un sistema o un sujeto? (Brown 1992, 12) ¿O el de considerarlo como estado soberano, un espacio donde se centra el poder, situado por encima de la sociedad y actuando sobre ella, o como un agente de dominación que reproduce –en forma permanente o en última instancia– la hegemonía de un único interés ya sea el del capital o el patriarcal? ¿Qué hay respecto de la premisa que ha hecho del estado "la principal contingencia de la nueva teoría social"? (Pringle y Watson 1990, 54).

Se podría argumentar que solamente algunas teorías feministas del estado han sido abandonadas. La tendencia a considerar el estado como autónomo o como la "representación monolítica" que perpetuamente victimiza a las mujeres ha perdido peso en los últimos años. Muchas científicas sociales consideran actualmente a las instituciones sociales, incluyendo las del sistema estatal, como construcciones sociales que reflejan las limitaciones de estructuras sociales y desarrollos históricos particulares (Chunn 1995, 177). Un analista social no niega que el estado esté constantemente implicado en la producción y reproducción de las relaciones de poder ni que su política tenga un auténtico efecto en la vida cotidiana de las mujeres. Tampoco niega que el estado puede actuar y actúa (muy frecuentemente en forma consistente) para reproducir

y reinscribir un orden de género desigual. Esto constituye un desafío para el modo en que las feministas interpretaron tradicionalmente la dinámica entre el poder del estado, el género, la identidad y las relaciones de género (Brodie 1994). Tal como lo señala Orloff, el nuevo enfoque feminista del estado enfatiza cómo la política pública y, en particular, “el carácter del abastecimiento público, afecta la situación material de la mujer, modela las relaciones de género, estructura el conflicto político y la participación y contribuye a la formación y movilización de identidades e intereses específicos” (Orloff 1993, 303).

La amplia serie de políticas públicas y regulaciones que emanan del estado no está por fuera de nosotros sino que más bien configura nuestras oportunidades de vida, nuestras relaciones más íntimas, nuestras creencias políticas y lo que verdaderamente creemos que somos. El estado está profundamente incrustado en las formaciones sociales específicas y tiene una relación recíproca con ellas. En consecuencia, como afirman Corrigan y Sayer, debemos “captar culturalmente las formas del estado” (Corrigan y Sayer 1985, 3). Ellas afirman que la antigua concepción del estado como una unidad coherente, ubicada instrumentalmente por encima de la sociedad, es “en gran parte una construcción ideológica, una ficción”. Cuando las instituciones de gobierno tienen la suficiente entidad, la relación estado-sociedad es más restrictiva y discursiva que indicativa, penetra nuestras opiniones compartidas acerca de qué es natural, neutral y universal. Estas opiniones compartidas son cualquier cosa menos naturales, neutrales y universales. En vez de ello, son simplemente “demandas impuestas”, es decir afirmaciones de la realidad que resultan egoístas, prejuiciosas, históricamente específicas y sujetas al cuestionamiento político. No obstante, las demandas impuestas proveen los fundamentos culturales para formas del estado históricamente específicas. Las distintas formas del estado –laissez-faire, bienestar o neoliberal– van entrelazando distintos significados en lo cotidiano. Entre otras consideraciones, estos significados son venerados por la ley y la política pública, atraviesan las instituciones y son reforzados por las regulaciones y sanciones (Corrigan y Sayer 1985, 2-7). Los estados, ante todo, emiten “declaraciones, afirmaciones”:

Definen, muy detalladamente, formas e imágenes aceptables de actividad social e identidad individual y colectiva; regulan, en forma empírica específica...la vida social. En este sentido

“el Estado” nunca deja de hablar. (Corrigan y Sayer 1985, 3).

Michel Foucault sugirió alguna vez que “el estado consiste en la codificación de un número total de relaciones de poder” y que una “revolución es una codificación de

distinto tipo de estas mismas relaciones”(Held et al. 1983, 312-313). Actualmente Canadá está experimentando dicha revolución, una revolución todavía incompleta y sujeta a debate. Sin embargo busca resignificar el dominio político que el estado de bienestar keynesiano “estatuyó”⁵ en los años de la postguerra. El nuevo modelo de estado que está emergiendo, el estado neoliberal— está cambiando los códigos en el terreno político, el espacio laboral y las vidas privadas. Consecuentemente está reformulando las relaciones de género y la vida cotidiana de las mujeres canadienses. En la siguiente sección de este capítulo, sugiero que esta resignificación o restablecimiento de la relación estado-sociedad adquiere tres formas principales, cada una de las cuales ha tenido sus implicaciones en las mujeres canadienses y en el movimiento feminista. Estas son:

- . achicamiento del dominio del estado
- . redefinición neutra de género del concepto de ciudadanía
- . privatización y refamiliarización

Retracción de lo público: expansión de lo privado

El surgimiento del estado neoliberal está orientado por lo que denominé “el discurso reestructurante” (Brodie 1994; 1995; 1996). Apunta a reducir drásticamente el terreno de la negociación política aumentando la autonomía de las fuerzas del mercado y de la familia. El tema central del discurso reestructurante es que no contamos con otra opción política para formular nuestra vida colectiva y nuestro futuro que no sea la de seguir un enfoque mercantilista hacia la globalización de la economía internacional. Nos han dicho que simplemente no hay escapatoria al “ajuste”, el que es definido exclusivamente por el discurso reestructurante, como la reducción de las cargas fiscales y regulatorias a la industria y la caída de las expectativas respecto del rol del estado. Este argumento de que no hay opciones fue la razón fundamental que se les dio a los canadienses cuando el país se integró al Free Trade Agreement (Acuerdo de Libre Comercio) y al North American Free Trade Agreement (Acuerdo de Libre Comercio Norteamericano).

De acuerdo con el discurso de los medios, el estado no debe proteger la industria doméstica ante las presiones internacionales ni proveer un sistema de bienestar social de contención para sus ciudadanos. Efectivamente, este discurso intenta descentrar y

desplazar el estado de bienestar keynesiano con exigencias “hiperliberales” impuestas por la autorregulación de las fuerzas del mercado y la primacía del mercado para generar un nuevo orden social (Cox 1991, 342; Drache y Gertler 1991, 7). En este proceso, la economía se eleva por encima de la política, sugiriendo que la primacía del mercado es inevitable, neutral y que traspasa nuestro control. También coloca al mercado por encima de la esfera doméstica, con lo cual, el mensaje indirecto es que el trabajo no remunerado de la mujer es irrelevante y carente de valor.

Es obvio que este enfoque mercantilista respecto de los cambios en la economía global no es ni inevitable ni neutral. Se trata, simplemente, de demandas impuestas de carácter egoísta, que establecen formas particulares de dominación y exclusión y que, finalmente, deben ser debatidas como tales. Estas perspectivas macroeconómicas han gravado de manera onerosa a los actores económicos marginados, especialmente a las mujeres (Bakker 1994). No obstante, la capacidad del movimiento feminista para revertir esta tendencia se ha visto mermada por el achicamiento y el desplazamiento de los espacios políticos generados por el estado de bienestar. El discurso reestructurante apunta tanto a despolitizar el mercado –al representarlo como natural y autorregulable– como a clausurar los espacios de negociación política. Esto lo lleva a cabo, irreversiblemente, por medio de los tratados internacionales de comercio como el NAFTA. Estos tratados están totalmente saturados de hipótesis neoliberales y con soluciones que erosionan la soberanía nacional y las facultades de los gobiernos para responder a las demandas del electorado.

Las restricciones impuestas a los gobiernos canadienses por los tratados comerciales internacionales tienen obviamente implicaciones peligrosas para las mujeres y para la obtención de la igualdad femenina, así como para todos los otros grupos dominados. Dictaminan cómo, de todos modos, los gobiernos pueden iniciar políticas de base equitativa, tales como un programa nacional de asistencia diaria, incentivos para las mujeres empresarias o regulaciones proteccionistas. También dictaminan que el objetivo de la igualdad de género puede alcanzarse por medio de estructuras de “factores comerciales”, una tarea contradictoria en el mejor de los casos.

El terreno político también ha sido erosionado por el progresivo “vaciamiento” del estado de bienestar. Durante la pasada década, la red de seguridad social de la postguerra, fue diezmada en Canadá. Estos cambios generalmente fueron implementados por medio de series de recortes presupuestarios a los que los analistas denominan política social “expoliatoria” (Cohen 1993, 267). Esta política, que fue perfeccionada durante

el gobierno de Mulroney, y posteriormente fue adoptada por los liberales federales y por la mayoría de los gobiernos provinciales, faculta a los gobiernos para decretar cambios inmediatos e importantes en política social, por medio de complejas modificaciones en las regulaciones y reiterados recortes presupuestarios sin previa consulta o participación pública. La política expoliatoria fue utilizada en Canadá para poner fin al principio de universalidad imperante en los programas de seguridad para ancianos y en los de asignaciones familiares, restringiendo severamente la capacidad de las provincias para financiar planes de bienestar social (en este libro Julia O'Connor muestra diversos ejemplos de recortes presupuestarios en los programas sociales federales). En 1996, con la introducción del Canada Health and Social Transfer (bono de transferencia médica y social), el gobierno federal perdió su capacidad para favorecer a los niveles inferiores de bienestar social. A esto se agrega el proyecto de suspender las transferencias en efectivo a las provincias destinadas a asistencia social.

La nueva ciudadanía

La presente era de reestructuración implica un complejo desplazamiento, tanto del poder del estado como del terreno político, ocupado hasta entonces por el estado de bienestar. Aunque el estado neoliberal emergente conserva una fachada democrática y soberana, en los hechos se basa en las exigencias impuestas que priorizan el mercado antes que la política, limitan el margen de intervención gubernamental y valorizan mucho más lo privado que lo público (Jessop 1993, 22). El proceso va alimentando las nuevas opiniones compartidas respecto de qué significa ser un ciudadano. No obstante las diferencias considerables entre ellos, los estados de bienestar de la postguerra se apoyaban en un amplio —aunque actualmente frágil— consenso acerca de los derechos de la ciudadanía. La noción keynesiana de ciudadanía social transmitía la idea de que la pobreza no podía atribuirse siempre a la responsabilidad individual y que los ciudadanos tenían el derecho a un standard de vida mínimo. Más aún, se daba por supuesto que la gente podía exigir el cumplimiento de los límites impuestos al mercado y que no estaba obligada a comprometerse en actividades comerciales que afectaran su seguridad o su dignidad; la comunidad nacional era responsable del bienestar básico de todos los ciudadanos (Brodie 1995).

Sin embargo, son precisamente estos ideales de la postguerra acerca de la ciudadanía social y el reconocimiento de las diferencias, los que, en el presente, se ven atacados

por el nuevo orden. Tal como lo demuestra la experiencia canadiense, un marcado giro produjo el alejamiento del ideal de provisión pública universal de servicios y ciudadanía. Se ha contrabalanceado la red de seguridad social con una transformación mayor para que pueda adaptarse a los ideales de privatización del nuevo orden, basados en el mercado y la autoconfianza. Los derechos y seguridades garantizados a todos los ciudadanos por el estado de bienestar keynesiano, ya no son derechos universales ni seguros. El nuevo ideal del bien común se apoya en valores del mercado, tales como la autoconfianza, la eficiencia y la competencia.

El ideal de ciudadanía de la postguerra contenía sus propias exclusiones. En muchos aspectos, el ciudadano ideal era el hombre blanco que se ganaba el pan. Los que no entraban en este modelo –mujeres, nativos, gays y lesbianas, e inmigrantes, en diversos grados– eran excluidos del concepto de ciudadanía social de la postguerra. El nuevo orden también establece su propia lista de exclusiones. Primero, el deterioro de los programas sociales universales y el estado de bienestar, produjo el fantasma de la división de los ciudadanos en dos categorías: los “dignos de merecer” y los “indignos de merecer”. La idea es que todas las personas aptas físicamente para trabajar son de hecho “indignas de merecer” asistencia social, a menos que se capaciten permanentemente para cumplir con los requerimientos del mercado laboral, o que accedan a alguna forma de trabajo que les permita incrementar al máximo el monto de su asistencia social para que, de este modo, se pueda reducir la carga que le imponen al estado. Aquellos que no estén en situación de trabajar, no importa por qué razones, o, lo que es más común, no consigan trabajo, son considerados ciudadanos inferiores e indignos de merecer. Dado que las funciones de provisión de cuidado y atención son derivadas al hogar y que aún no se cuenta con un sistema nacional que se haga cargo del cuidado de los niños, es obvio que las mujeres van a ocupar un lugar importante en la categoría de los “indignos de merecer”.

Otra fuente potencial de exclusión es la que surge de la idea de “grupos blanco”. Esta idea es fundamental para el nuevo concepto de reformas políticas sociales (Yeatman 1990). La idea de “grupos blanco” es absolutamente compatible con el vaciamiento del estado de bienestar. Su razón fundamental manifiesta es que, en una era de restricciones fiscales, los escasos recursos deben tener como “blanco” aquellos individuos que más los necesitan. Entonces un programa de ayuda social universal como las pensiones familiares, que construyó a las mujeres como ciudadanas con género propio, solamente se encuentra disponible para aquellas catalogadas como “merecedoras”.

Paralelamente, las iniciativas para tratar la violencia contra las mujeres, están pensadas para "blancos" considerados grupos de riesgo, es decir las mujeres aborígenes, las mujeres de color, las inmigrantes y las discapacitadas (consultar el texto de Lise Gotell donde trata las iniciativas del gobierno federal relativas a la violencia contra las mujeres).

Las distintas experiencias de opresión padecidas por las mujeres y los efectos de la homofobia, el racismo y el clasismo no pueden negarse ni ignorarse en el proceso político ni en la teorización feminista. Sin embargo, el efecto de "grupos blanco" puede limitarse a convertir la diferencia en patológica, en lugar de mostrar los vínculos estructurales entre raza, género, pobreza y violencia. Esto nos da pie para considerar que las madres solteras son "el problema" para el estado de bienestar o que las mujeres aborígenes son "el problema" en la incidencia creciente de la violencia contra las mujeres. En el curso del proceso, estas mujeres están desvinculadas de los prejuicios estructurales que tornan su situación diferente y opresiva. Se convierten en estadísticas arbitrarias y en categorías administrativas que requieren algún tipo de intervención terapéutica que las convierta en individuos autosuficientes. (Esta es precisamente la imagen que el nuevo orden tiene del ciudadano ideal) (Brodie 1994;1995). Al mismo tiempo, torna invisibles los problemas compartidos por las mujeres que están fuera de los grupos considerados "blancos válidos". Las exclusiones potenciales tienen pues, dos aspectos: los objetivos son vistos como patológicos, mientras que los mismos problemas se vuelven invisibles cuando atañen a grupos que no son considerados grupos blanco.

Aunque con algunas diferencias, la creciente distinción que el discurso reestructurante traza entre "normal" y "especial", puede relacionarse con lo anterior. La nueva manera de designación popular de los movimientos feministas como "grupos de interés especial", implica que sus demandas no están comprendidas en las de interés general. La denominación "especial" está siendo rápidamente asignada a otros elementos que componen nuestra comunidad política (léase personas de color, clase trabajadora, inmigrantes, lesbianas y gays, los pobres y las naciones primitivas). El efecto de esta denominación es el de lanzarlos fuera de la comunidad política de canadienses normales y sugerir que sus demandas de inclusión e igualdad resultan de alguna manera extrañas y antagónicas para el interés comunitario. Como todos nosotros podemos ser considerados especiales en un sentido u otro, el objetivo final de esta dicotomía especial/normal es el de insinuar que no debemos efectuarle reclamos al estado, ya que las personas normales y neutras de género no necesitan de la asistencia ni de la protección estatal. Finalmente, lo que esta dicotomía pide, es que permanezcamos en silencio

ante las mismas denominaciones sociales que impiden, y continuarán impidiendo, nuestra completa inclusión en una comunidad de ciudadanos (Young 1989).

Privatización y refamiliarización

Casi todos asocian el proceso de reestructuración con la implantación de una estrategia de desarrollo basada en la economía de mercado, la globalización de la producción, la declinación de lo público y la erosión del estado de bienestar. Pero todos estos cambios se traslucen y tienen su representación en nuestras vidas cotidianas, en los sistemas de representación, prácticas culturales, normas sociales y conductas y actitudes individuales (Harvey 1989, 238). Las políticas públicas junto con las representaciones emanadas de los medios de comunicación y otras instituciones sociales importantes, son claves para vincular (o desvincular) la articulación entre el nuevo orden emergente y las conductas y creencias. Estas fuerzas combinadas llevan a cabo la tarea de regulación moral, es decir el proceso de “normalización”, o “naturalización” o “aceptación” de las demandas impuestas que proveen las premisas básicas para una forma de estado determinada (Corrigan y Sayer 1985,4).

Ya nos hemos topado con algunos elementos del nuevo orden de regulación moral. Por ejemplo, los lemas conocidos que claman que no tenemos otra alternativa, que estamos obligados a adoptar la estrategia de desarrollo basada en la economía de mercado, que podemos identificar a los pobres “dignos de merecer” y a los “indignos” por su participación en la fuerza de trabajo, o que el déficit se debe resolver recortando el gasto social. Estos son demandas sociales que buscan modelar lo que consideramos como natural, neutral y bueno. A su vez, estas cuestiones se eliminan de la agenda política porque parecería que ya no hay nada que debatir. Específicamente, el nuevo orden moral busca valorizar lo privado sobre lo público y lo individual sobre lo privado, reafirmando que la familia es el espacio de elaboración de la autosuficiencia y la responsabilidad. Lo dicho se entreteje entonces con una gama de políticas y regulaciones dirigidas a privatizar asuntos y responsabilidades que, en otro tiempo, formaban parte indiscutible del dominio público.

Los instrumentos de gobierno considerados críticos en el estado de bienestar, tales como las corporaciones públicas y los servicios de bienestar social, han sido “re” privatizados con relación al mercado y al hogar, creando así la ilusión de que han sido

devueltos a algún sitio al que “naturalmente” pertenecen. La privatización se apoya en la afirmación –jamás comprobada– de que los servicios y bienes se distribuyen y mantienen con mayor eficiencia a través de los mecanismos del mercado que cuando pertenecían al estado. En este proceso, dichos servicios y bienes son apartados del terreno de la negociación política, siendo sometidos a los vaivenes del mercado antes que a un criterio de evaluación política (Yeatman 1990, 173)

La privatización entraña mucho más que el simple traslado de objetos de la canasta pública hacia el ámbito del mercado o del hogar. Los objetos mismos son transformados. En su desplazamiento de lo público a lo privado, los objetos son codificados, contruidos y regulados de manera diferente. Los ciudadanos con derecho a cobertura médica, o simplemente las personas enfermas, son derivados a sistemas alternativos de prestaciones médicas sin tener en cuenta que, con frecuencia, las opciones disponibles son inexistentes, inadecuadas o riesgosas. En cuanto a los enfermos mentales desinstitucionalizados, quedan bajo la responsabilidad de su familia. Cuando ésta no puede ocuparse de ellos, quedan a cargo de asistentes sociales o de la policía y no de especialistas en salud mental. En este proceso, los pacientes se convierten en personas diferentes –gente de la calle– con historias olvidadas, oportunidades de vida diferentes y relaciones diferentes con los mecanismos de regulación y control del estado. Lo que subyace a la privatización es siempre la re-representación y la re-regulación.

No resulta sorprendente que, uno de los hilos conductores de la regulación moral de los años '90, esté constituido precisamente por la valorización de la familia. La revalorización de la esfera privada de la familia fue planteada por la derecha de modo acentuado, que con su retórica acusa al estado de bienestar y al feminismo de ser los responsables del derrumbe de las estructuras sociales. De todas maneras, en un contexto más amplio, el consenso cada vez más generalizado entre los líderes políticos es que la familia (no importa cuál sea su estructura) debe hacerse cargo de sus miembros. Y es competencia del estado neoliberal garantizar que en efecto lo haga (Abbott y Wallace 1992, 2).

Ar**Conclusión**co de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En una de sus últimas entrevistas, Michel Foucault advirtió “Para mí la cuestión no es que todo es malo, sino que todo es peligroso” (citado en Mc Nay 1992, 109). He tratado de demostrar en este artículo que el estado neoliberal emergente, como antes

el estado de bienestar, entraña nuevos peligros tanto para las mujeres canadienses como para el movimiento feminista. También está repleto de contradicciones y paradojas. Tal como lo sugiere Donna Haraway, la época actual está marcada por la paradójica “intensificación y erosión del género”, tanto en el sentido literal como metafórico. (Haraway, 1991, 167). La privatización y la erosión del estado de bienestar renovaron el énfasis puesto en la así llamada esfera femenina del hogar (es decir el trabajo no remunerado de la mujer) tanto como en las “cualidades femeninas” para atender, cuidar y criar a los niños y alimentarlos. Mientras tanto se considera que el trabajo en sí mismo está cada vez más “feminizado”. Los empleos estables de tiempo completo, mejor remunerados, están siendo reemplazados por empleos precarios de tiempo parcial. (Es decir el tipo de empleos que caracterizó la división sexual del trabajo y el poder político en los años de la postguerra). Las mujeres, los inmigrantes y la gente de color están demasiado familiarizados con este régimen de trabajo precario y continúan integrando su fuerza principal. Lo que diferencia la época actual es que a menudo éstos son los únicos puestos disponibles, aún para los antiguos privilegiados de la política económica de la postguerra, es decir para los trabajadores, varones y de piel blanca. Aunque la economía política del nuevo orden marca una intensificación del género, el discurso reestructurante le niega su significado político. La retórica respecto del ajuste exigido por el mercado se ha deshumanizado y perdió su carácter sexuado. Paralelamente, el discurso en torno al déficit y la erosión del estado de bienestar oscurece la desigualdad de los impactos producidos en las mujeres a causa del “ajuste” que tuvo lugar en el desarrollo político de Canadá. A su vez, el movimiento feminista ha perdido su posición privilegiada como representante de los intereses colectivos de las mujeres en el estado de bienestar. En su lugar, ha sido reformulado como otro grupo de interés especial, cuyas demandas en favor de la intervención del estado resultan ser egoístas y contrarias al interés colectivo.

Esta compleja dialéctica entre la intensificación y la erosión del género implica el mayor desafío que afronta el movimiento feminista desde la década de 1990 en adelante. Y su respuesta no debe ser ni el consentimiento ni la resignación. Efectivamente, tanto la primera como la segunda ola feminista en Canadá lucharon desde y contra las diferentes estructuras del estado, buscando introducir en ellas consideraciones de género, y esto dentro del contexto de una política netamente machista. La presente era de reestructuración puede servirle de estímulo al movimiento feminista para imaginar alternativas a las prácticas regresivas de los gobiernos neoliberales, como también para

generar un nuevo consenso social respecto de un ordenamiento más justo inter-générico. No obstante las amenazas que esto implica, el futuro se encuentra abierto.

Las ideas en este capítulo fueron desarrolladas en Brodie, Janine, *Politics on the Margins: Restructuring and the Canadian Women's Movement*, Halifax: Fernwood, 1995.

Traducción: Fanny Seldes

NOTAS

Las ideas en este capítulo fueron desarrolladas anteriormente en Brodie, Janine, Politics on the Margins: Restructuring and the Canadian Women's Movement, Halifax: Fernwood, 1995.

- 1 *La versión original de este texto fue publicada en: Women and political representation in Canadá, ed. Por Manon Tremblay y Caroline Andrew, Universidad de Ottawa, Canadá 1998.*
- 2 *Las reflexiones propuestas en este capítulo se desarrollan posteriormente en Brodie 1995.*
- 3 *En inglés se produce un juego de palabras entre "brake": freno y "break": ruptura.*
- 4 *El partido Tory era el antiguo partido conservador de Inglaterra.*
- 5 *En inglés "state" significa estado y también establecer, afirmar o declarar, por eso el verbo va entrecomillado en el original para destacar el juego de palabras.*

BIBLIOGRAFÍA

- Abbott, Pamela y Claire Wallace. *The Family and the New Right*. Boulder: Pluto Press, 1992.
- Allen, Judith. «Does Feminism Need a Theory of the State?» *Playing the State: Australian Feminist Interventions*, ed. Sophie Watson. London: Verso, 1990, pp.21-37.
- Bakker, Isabella, ed. *Rethinking Restructuring*. Toronto: University of Toronto Press, 1996.
- _____. ed. *The Strategic Silence: Gender and Economic Policy*. London: Zed Books, 1994.
- Brodie, Janine. «Introduction.» *Women and Canadian Public Policy*, ed. Janine Brodie. Toronto: Harcourt, Brace, 1996, pp. 1-28.
- _____. *Politics on the Margins: Restructuring and the Canadian Women's Movement*. Halifax: Fernwood, 1995.
- _____. «Shifting the Boundaries: Gender and the Politics of Restructuring.» *The Strategic Silence: Gender and Economic Policy*, ed. Isabella Bakker. London: Zed Books, 1994, pp. 46-60.
- Brown, Wendy. «Finding the Man in the State.» *Feminist Studies* 18,1 (Spring 1992), pp. 7-34.
- Chunn, Dorothy. «Feminism, Law and Public Policy: Politicizing the Personal.» *Canadian Families: Diversity, Conflict and Change*, ed. Nancy Mandell and Ann Duffy. Toronto: Harcourt, Brace, 1995, pp. 177-210.
- Cohen, Majorie Griffin. «Social Policy and Social Services.» *Canadian Women's Issues, Volume 1: Strong Voices*, ed. Ruth Roach Pierson, Majorie Griffin Cohen, Paula Bourne, y Philinda Masters. Toronto: James Lorimer, 1993, pp. 264-284.
- Corrigan, Philip, y Derek Sayer. *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*. London: Basil Blackwell, 1985.
- Cox, Robert. «The Global Political Economy y Social Choice.» *The New Era of Global Competition: State Policy y Market Power*, ed. Daniel Drache y Meric Gertler. Montreal: McGill-Queen's University Press, 1991, pp. 335-350.
- Drache, Daniel, y Meric Gertler. «Introduction.» *The New Era of Global Competition: State Policy and Market Power*, ed. Daniel Drache and Meric Gertler. Montreal: McGill-Queen's University Press, 1991, pp. 3-25.
- Friedman, Harriet. «New Wines, New Bottles: The Regulation of Capital on a World Scale.» *Studies in Political Economy*, N° 36 (Otoño 1991), pp. 9-42.
- Gordon, Linda. «The New Feminist Scholarship on the Welfare State.» *Women, the State, and Welfare*, ed. Linda Gordon. Madison: University of Wisconsin Press, 1990, pp. 9-35.
- Gotell, Lise, y Janine Brodie. «Women and the Parties in the 1990s: Less Than Ever an Issue of Numbers.» *Party Politics in Canada*. 7th ed., ed. Hugt Thonburn. Scarborough: Prentice Hall, 1996, pp. 54-71.
- Haraway, Donna. *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. N York: Routledge, 1991.

- Harvey, David. *The Condition of Postmodernity*. London: Basil Blackwell, 1989.
- Held, David, et al., ed. *States and Societies*. Oxford: Open University Press, 1983.
- Jameson, Fredric. «Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism» *Postmodernism: A Reader*, ed. Thomas Docherty. New York: Columbia University Press, 1993, pp. 62-92.
- Jessop, Bob. «Toward a Schumpeterian Workfare State? Preliminary Remarks on Post-Fordist Political Economy.» *Studies in Political Economy* N° 40 (Primavera 1993), pp. 7-39.
- McDowell, Linda. «Life without Father and Ford: The New Gender Order of Post-Fordism.» *Transnational Institute of British Geography* 16 (1991).
- McNay, Lois. *Foucault and Feminism*. Boston: Northeastern University Press 1992.
- Orloff, Ann Shola. «Gender and the Social Rights of Citizenship: The Comparative Analysis of Gender Relations and Welfare States.» *American Sociological Review* 58,3 (1993), pp. 303-328.
- Pringle, Rosemary, and Sophie Watson. «Fathers, Brothers, and Mates: The Fraternal State in Australia.» *Playing the State: Australian Feminist Interventions*, ed. Sophie Watson. London: Verso, 1990, pp. 229-243.
- Rebick, Judy. «An Interview with Judy Rebick.» *Studies in Political Economy*, (Otoño 1994), pp. 39-71.
- Soja, Edward. *Postmodern Geographies*. London: Verso Books, 1989.
- Watson, Sophie, ed. *Playing the State: Australian Feminist Interventions*, ed. Sophie Watson. London: Verso, 1990a.
- _____. «The State of Play: An Introduction.» *Playing the State: Australian Feminist Interventions*, ed. Sophie Watson. London: Verso, 1990b, pp. 3-20.
- Yeatman, Anna. «Voice and Representation in the Politics of Difference», *Feminism and the Politics of Difference*, ed. Sneja Gunew and Anna Yeatman. Halifax: Fernwood Publishing, 1993, pp. 228-245.
- _____. *Bureaucrats, Technocrats, Femocrats: Essays on the Contemporary Australian State*. Sydney: Allen and Unwin, 1990.
- Young, Iris Marion. «Polity and Group Difference: A Critique of Universal Citizenship.» *Ethics* 99,2 (1989), pp. 250-274.

OTRAS LECTURAS

- Bakker, Isabella, ed. *Rethinking Restructuring*. Toronto: University of Toronto Press, 1996.
- Brodie, Janine. *Politics on the Margins: Restructuring and the Canadian Women's Movement*. Halifax: Fernwood, 1995.
- Chunn, Dorothy. «Feminism, Law and Public Policy: Politicizing the Personal», *Canadian Families: Diversity, Conflict and Change*, ed. Nancy Mandell and Ann Duffy. Toronto: Harcourt, Brace, 1995, pp.177-210.
- Gotell, Lise, y Janine Brodie. "Women and the Parties in the 1990s: Less Than Ever an Issue of Numbers." *Party Politics in Canada*. 7ª, ed., ed. Hugh G. Thornburn. Scarborough: Prentice Hall, 1996, pp. 54-71.
- Yeatman, Anna. *Postmodern Revisionings of the Political*. New York: Routledge, 1994.

CAPÍTULO III

POLÍTICAS DE DESARROLLO PARA LAS MUJERES Y MUNDIALIZACIÓN: LOS CASOS DE MÉXICO Y COLOMBIA, *Marie France Labrecque*¹

Introducción

Sólo recientemente, las poblaciones de Canadá, Estados Unidos y México han comenzado a familiarizarse con términos tales, como los de maquiladora y biodiversidad. Una maquiladora, es una empresa donde se ensamblan materiales o componentes que fueron importados temporariamente al país y que luego, una vez ensamblados serán reenviados a sus países de origen o a otro país para su terminación o su distribución. (Raafat et al, 1992; 181). La maquiladora ingresó a nuestro universo, inmediatamente después que se ratificó, en 1994, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el TLCAN. A medida que avanzaban las negociaciones entre Canadá, los Estados Unidos, y México, la población canadiense se anotició de la existencia de manufacturas del mercado mundial sobre la extensa frontera que separa a Estados Unidos de México. Sin embargo, las maquiladoras ya integraban el paisaje económico de México desde hace cerca de treinta años. Las feministas, investigadoras y militantes, encontraron un campo de investigación y de lucha específica, puesto que esas manufacturas se sostenían y se sostienen todavía, en gran medida, sobre la fuerza de trabajo, es decir, en su mayoría femenina².

Casi simultáneamente con la toma de conciencia de que la prosperidad económica de Canadá y Estados Unidos podría eventualmente sustentarse en lo que ocurre al sur del Río Grande³, la población supo que la sustentabilidad ambiental estaba ligada a los

fenómenos propios de las regiones meridionales del globo, especialmente los que acontecen en el bosque amazónico, espacio privilegiado de biodiversidad. Con la Conferencia de Río de Janeiro, en Brasil, los ecologistas creyeron haber encontrado al fin, en 1992, una respuesta a sus advertencias de peligro que estaban lanzando desde hacía varias décadas.

Mis investigaciones antropológicas me han llevado a estar en contacto- más o menos directo, como se verá- tanto con las maquiladoras como con el discurso de la biodiversidad. En efecto, en el último decenio he llevado a cabo una investigación en la región de México dónde actualmente están las maquiladoras. Otra de mis investigaciones tuvo lugar en una región andina de Colombia dónde el medio ambiente frágil ha estado sometido a las presiones de la colonización y del reparto desigual de los recursos⁴. El hilo conductor de estas dos investigaciones fue un interés por los cambios producidos a partir de la aplicación de políticas internacionales de desarrollo que en las dos regiones se manifestaban a través de proyectos generadores de ingresos para las mujeres. La presencia de políticas similares en dos regiones tan diferentes no tiene nada de sorprendente dado que son las mismas instituciones internacionales las responsables, directas o indirectas, de su aplicación. En este artículo consideraré el despliegue de políticas internacionales de desarrollo como partes integrantes de procesos de mundialización.

Mundialización y transnacionalización

Me propongo examinar aquí de manera crítica, en términos de procesos de mundialización, las políticas internacionales de desarrollo. Aún si el término de mundialización y su contenido parecen ser indiferenciables, un rápido repaso de la literatura sobre el tema en ciencias sociales lo muestra en el centro de un debate que interpela tanto a los intelectuales como a los militantes. Sin duda alguna la crítica más radical es la que aparece en las páginas de *Monthly Review*, y específicamente la que enuncia William K. Tabb que destaca que la mundialización exige un debate, pero que lo que se ventila en verdad es el poder del capital (Tabb, 1997: 20). Importa pues afinar esta crítica y mostrarla en todas sus dimensiones y en varios niveles de lo social. La mayoría de los autores vinculados al enfoque de la economía política parece concordar en que la mundialización no es por cierto y de ningún modo un fenómeno propio de la últimas décadas. Por el contrario en toda época, el desarrollo del capitalismo

se ha sustentado en lo que hoy se ha dado en llamar mundialización, y que anteriormente se llamaba la internacionalización del capital. En ese sentido la mundialización sólo designaría una intensificación, una profundización de procesos ya presentes a fines del siglo pasado. De haber especificidades, parecieran situarse en el área del control de los procesos y en la celeridad de sus avances. Así Cook y Kirkpatrick, dos autores interesados en América Latina, estiman que es un proceso de profunda integración, ampliamente tributario de las actividades internacionales de valor agregado llevadas a cabo por las multinacionales en el seno de las redes establecidas y gerenciadas por esas compañías (Cook y Kirkpatrick, 1997:59). Esas actividades han conducido a un entramado sin precedentes de las economías nacionales, cuya manifestación más espectacular en ciertos casos fue el endeudamiento masivo⁵. Otros autores como Dietrich completan la idea afirmando que el control se ha desplazado hacia el sistema bancario y los especuladores transnacionales y que por lo tanto una de las características de la mundialización consistiría en desplazar la lógica de las relaciones entre los seres humanos desde el plano social al económico (Dietrich, 1996: 587).

Sin embargo la mundialización no designa sólo los cambios económicos que son perceptibles de inmediato. Un autor como Escobar, ha mostrado que aún si el discurso económico ocupa toda la escena, las relaciones sociales están lejos de tener sólo una dimensión económica (Escobar, 1995). En ese sentido la mundialización es sin duda alguna un proceso complejo de múltiples dimensiones. Para el antropólogo Michel Kearney, contiene procesos sociales, culturales, demográficos abstractos, descentrados y desterritorializados que trascienden los países, las naciones, las regiones (Kearney, 1995: 548).

Debe reconocerse que esta definición abre una vía para la consideración de dimensiones múltiples del fenómeno estudiado. Por otra parte, Kearney vincula el concepto de mundialización al de transnacionalización, el cual por su parte, designa la forma específica que esos procesos adoptan en los Estados Naciones determinados, los cuales están vinculados entre sí (ibid).

Para citar un ejemplo concreto, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, entre Canadá, México y Estados Unidos (el TLCAN) sería un conjunto de medidas económicas transnacionales inscriptas en un proceso más amplio, que es el de la mundialización. Mientras la mundialización está en todas y en ninguna parte a la vez, los fenómenos de la transnacionalización están más circunscriptos, y funcionan sobre

la base de redes múltiples que se reorganizan constantemente (Long, 1996:41). Esos fenómenos son, por otra parte, contradictorios: mientras que el libre cambio prevalece en el plano económico, la ley Helms-Burton prohíbe comerciar con Cuba a los asociados a Estados Unidos. Tal como lo expresa Norman Long: "... la puesta en marcha misma de las políticas de liberalización debe sustentarse en la regulación del Estado, de los recursos y de la legitimidad y sobre el uso de una retórica política que tiene por objetivo movilizar a la gente y enrolarla en este nuevo tipo de pensamiento estratégico." (Long, 1996 : 40). Hay pues una serie de contradicciones en el seno mismo de los procesos de la mundialización, más precisamente entre la mundialización y la transnacionalización, entre enunciados abstractos sobre la mundialización y la puesta en obra de proyectos que deben llevar a una nación en particular a la mundialización. En esta misma perspectiva, diría, hace que las políticas internacionales de desarrollo promovidas por las Naciones Unidas, que participan de la mundialización, adquieran mayor sentido y revelen mejor sus contradicciones cuando son traducidas y aplicadas por los países industrializados que cuando lo son en los países llamados en vías de desarrollo.

Las políticas de desarrollo para las mujeres

Las políticas de desarrollo para las mujeres de las que se ocupa este artículo son las de las agencias internacionales de desarrollo, particularmente aquellas ubicadas en Estados Unidos y Canadá, y promovidas en el contexto de la década internacional de las Naciones Unidas para las mujeres (1975-1985). Para ubicarnos en un terreno conocido, partiré de las políticas de integración de las mujeres al desarrollo, implementadas por la Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional, el ACDI. Estas políticas fueron iniciadas en 1984.

En el transcurso de esta última década (1984 –1997) de aplicación de las políticas de integración de las mujeres en el desarrollo (IMD) del ACDI, han habido cambios conceptuales significativos en este enfoque (ACDI, 1993; 1994, 1995). En efecto de modo progresivo se ha evolucionado de un enfoque que reclama la integración de las mujeres en nombre de la equidad y la eficacia (el enfoque IMD propiamente dicho – en inglés Women in Development-WID) al enfoque que demanda el acceso de las mujeres a los recursos y niveles decisorios. En el ACDI esta perspectiva es conocida como Género y Desarrollo (GED). Apoya de manera global el enfoque del

empoderamiento que surgió a partir de la intervención de un grupo de mujeres del Sur, el grupo DAWN (DAWN, 1985). El empoderamiento pone el acento en la naturaleza privilegiada de la experiencia de las mujeres pobres (Braidotti y otras, 1994:44) y sobre la diversidad de esta experiencia en relación a la opresión. Tanto en un caso como en el otro, no toma en cuenta la heterogeneidad de la situación de las mujeres. Cuando se habla de diversidad es para destacar más bien la diversidad de las experiencias de mujeres en el mundo. Es posible preguntarse si esta visión más bien homogeneizante no es acaso parte del proyecto neoliberal. Sea como fuere, las políticas de desarrollo para las mujeres, se trate del IMD o del GED, tienen poca impronta sobre sus situaciones particulares en los procesos de mundialización. Hay que reconocer que el lugar que ocupa actualmente el discurso del GED, en el seno de las instituciones de desarrollo, es particularmente limitado. En efecto, algunas investigadoras y militantes como Dietrich, afirman que hay un malentendido inicial y que reside en que el discurso concerniente a los intereses y las necesidades de las mujeres en los procesos de desarrollo "no se ha preocupado demasiado en saber si el concepto de desarrollo hegemónico es un concepto viable [...] (Dietrich, 1996: 591).

A decir verdad, las políticas de desarrollo para las mujeres, trátase de la integración económica o de su reconocimiento político y de su empoderamiento, o bien de combatir la pobreza o de promover la igualdad, toman prestados conceptos propios de la economía neo-liberal y se atienen a un análisis global desligado de las dimensiones locales de las situaciones de las mujeres y de las relaciones sociales complejas que las signan. Mas aún, los recursos que se adjudican a la puesta en marcha de esos objetivos políticos son derisorios, de manera que en la práctica las medidas concretas que deberían apuntar a los cambios en las relaciones de género son aplicadas de modo reduccionista y mecánico. Resulta pues que las mujeres, en particular, y aún si se encuentran en la mira de la mundialización, son tratadas como si fueran completamente ajenas a este complejo proceso y como si pertenecieran a una categoría social homogénea (Labrecque, 1991a).

Mi crítica a las políticas de integración de las mujeres al desarrollo, -se expresen según el IMD o el GED-, apunta a señalar que difícilmente puedan concordar teórica o prácticamente con la complejidad de las relaciones sociales. Me cuestiono sobre el sentido de esas políticas en el contexto de la mundialización, al que debe encararse mediante una reorganización de las dinámicas de cambio.

Las dos investigaciones que he llevado a cabo en México y en Colombia estaban

articuladas en torno a los efectos, los programas y proyectos de desarrollo destinados a mujeres en un medio rural. En México era un programa nacional ya iniciado, mientras que en Colombia, se trataba de una ONG local financiada por el ACIDI. En ambos casos, el objetivo era el de mejorar el nivel de vida en el campo y se pretendía lograrlo mediante pequeños proyectos generadores de ingresos para las mujeres.

Un estudio de caso en México

La investigación en México tuvo lugar en el norte del estado de Yucatán. Es una región periférica en la cual la población rural, aunque no se identifica con el movimiento autóctono⁶, se encuentra muy mestizada. Esta región fue caracterizada desde el fin del siglo pasado por el cultivo de un ágave, -el henequen, (más conocido como sisal), cuya fibra sirve para la fabricación de sogas. Hasta la Revolución mexicana, este cultivo se llevaba a cabo en las haciendas, que eran grandes latifundios rurales, y luego en los ejidos surgidos de la reforma agraria de los años 30. La mano de obra en las haciendas, y luego en los ejidos, era esencialmente masculina, las mujeres no participaban de las tareas agrarias de modo sistemático.

Actualmente el henequén declina ya que las fibras sintéticas han reemplazado a las fibras naturales en el mercado internacional. En los últimos 30 años hay una serie de programas nacionales en esta región para diversificar e industrializar, aunque en un grado mínimo, la producción rural. Un programa nacional, conocido como "Unidades agrícolas e industriales para las mujeres" fue implementado y dirigido especialmente a éstas. Se concretó bajo la forma de pequeños proyectos generadores de ingresos a partir de 1975, coincidentemente con el Año Internacional de la Mujer. Estos proyectos fueron el tema de mi investigación en México, a fines de los años 80.

En un primer momento, y en el corto plazo, la investigación reveló que en México la inserción de las mujeres en la producción agrícola derivó en un mayor control por parte de los hombres, sin que para ellas se hubieran incrementado sus ingresos. Estaba previsto que simultáneamente a estos proyectos, mediante otros planes de desarrollo regional concebidos por el Estado, se instalarían en menor o mayor plazo, maquiladoras en el parque industrial de Mérida, capital de ese estado. A primera vista, ambos proyectos no tenían relación entre sí. Sin embargo, si se adopta siguiendo a Henrietta Moore, un enfoque de economía política multicentrada, pueden descubrirse significativas vinculaciones entre diferentes órdenes de fenómenos sociales (Moore, 1996:10).

La subsiguiente evolución del fenómeno de las maquiladoras en México ha contribuido en alguna medida a este tipo de interpretación. Hasta muy recientemente, las maquiladoras estaban casi exclusivamente ubicadas en la frontera con Estados Unidos. Su despliegue al Sur de México, constituiría una novedad. Estas maquiladoras en efecto, se instalan en las ciudades pequeñas y villorios, más que en el parque industrial previsto a tales fines en la capital estatal de manera tal que se habla de ruralización de la industria (Kropinak, 1995:83). Ya que esta estrategia no depende de la inmigración sino más bien recurre a la mano de obra local, se supone que así se logrará reducir la rotación del personal, principal dificultad que se produce en la frontera con Estados Unidos (Keney y Florida, 1994:35). Estas maquiladoras del Sur, reclutan actualmente una mano de obra muy dócil en el campo. Mi investigación revela que en esta región además de una multiplicación de proyectos de toda índole para las mujeres de medio rural, las maquiladoras se instalan en la región de modo sostenido y que allí también las mujeres son un blanco privilegiado del desarrollo.

Este fenómeno local puede ser interpretado como un retroceso de las condiciones generales de las trabajadoras sobre un plano global. En efecto, desde hace algunos años, la mano de obra de las maquiladoras, femenina en su mayoría, tiende a ser reemplazada por mano de obra masculina- de hecho se trata de una tendencia mundial (Ong, 1991) – y aquí aparece este desplazamiento del capital de la parte septentrional de México hacia la meridional, como un intento de lograr costos de producción cada vez más reducidos. Se puede relacionar sin duda alguna el desplazamiento de las maquiladoras hacia el México meridional y el potencial de resistencia que se observa en las maquiladoras nortenas⁷ y sugerir como hipótesis, que es ese potencial, una de las razones por las cuales el capital extranjero y nacional se desplazan hacia espacios más favorables del punto de vista social.

También y de manera más inmediata, se pueden establecer vinculaciones entre el asentamiento de las maquiladoras en el campo y la presencia previa de programas de integración de mujeres rurales al desarrollo, mediante proyectos generadores de ingresos. Esas vinculaciones no eran de ningún modo evidentes al promediar los años 80 cuando el programa fue iniciado.

Hoy, sin embargo se advierte que, sí, en efecto, estaban presentes, y que en verdad los programas generadores de ingresos para las mujeres campesinas habían sido concebidos para retener a los pobladores en el medio rural y para diseminar entre la población en general la idea de un cierto control social, precisamente aquel, que los jóvenes llamados

a trabajar en las maquiladoras de vestimenta habrían de tener que soportar una década más tarde. (Labrecque, 1991b; 1996). Es así que la aplicación de políticas de desarrollo para las mujeres en ese medio ha contribuido a abrir la vía a una industrialización tan espectacular-por su ritmo- como precaria- por las amenazas de desplazamiento inherentes al sistema de maquiladoras. Más particularmente, este proceso favorece la emergencia de una nueva categoría de mujeres en el campo, las jóvenes solteras que ya no son ni trabajadoras agrícolas, ni trabajadoras domésticas, como antes. Volveré sobre este tema.

Estudio de un caso en Colombia

La inserción en el proceso de mundialización de la región estudiada en Colombia fue encarada de otra manera. La región de La Cocha está ubicada en el departamento de Nariño, al sur de Colombia. Enclavada en los Andes, a una altura cercana a los 3000 metros, la región ha sido colonizada hace 50 años, por una población proveniente del propio departamento, que trataba de sortear las presiones demográficas y la violencia política que asolaba la región rural. Actualmente la población vive de la agricultura y la ganadería y podría ser descripta como típicamente campesina si es que se aceptan los rasgos recientemente propuestos por Kearney (1996) para este término⁸. El campesinado de La Cocha está incluido en los programas de preservación del medio ambiente, pues sus actividades tienen lugar en un medio cuya biodiversidad está particularmente amenazada. La región de La Cocha está situada en una cuenca hidrográfica importante cuyo principal elemento es un lago de 17 km de largo y su ancho máximo alcanza los 5 km. Aún cuando esta cuenca genera un clima particularmente húmedo, la tendencia ambiental es la sequía. Por eso, el agua de ese lago es apetecida por las poblaciones urbanas de los alrededores, que desearían aprovecharla para sus necesidades domésticas.

⁶⁶ La Cocha también es un objetivo de los programas ambientales, por cuanto a lo largo de estos 50 últimos años, hubo una reducción de la diversidad de los recursos genéticos en la región.

Algunos desaparecieron. Se atribuye este cambio a la introducción de tecnologías del programa de desarrollo integrado, el cual paradójicamente tenía precisamente por objetivo corregir los efectos perversos de la revolución verde (Escobar, 1995: 155). En efecto hay que señalar que La Cocha, así como el resto de Colombia, se han constituido

en el objetivo de esta famosa revolución, y además, de la política de desarrollo rural integrado que surgió en la región en los inicios de los años 70.

Las intervenciones de desarrollo en la región han dado lugar a múltiples reacciones, algunas de las cuales han manifestado formas de resistencia al modelo dominante. Al promediar los años 80 surgió en La Cocha una asociación campesina para el desarrollo, más o menos independiente de las agencias gubernamentales nacionales. En resguardo de su autonomía esta asociación buscó fuentes externas de financiamiento para concretar su agenda de transformaciones y logró interesar en sus proyectos a la Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional. Uno de esos proyectos se ocupaba de las mujeres y la generación de sus ingresos. Ahora bien en La Cocha contrariamente a la situación que tuvo lugar en Yucatán, las mujeres en lugar de aplicarse sólo a las tareas domésticas a las que los hombres no contribuyen de ningún modo, participan muy activamente en los trabajos agrícolas, ya sea junto a los hombres, ya sea en su ausencia, y dedicándose a otras actividades remuneradas fuera de su comunidad. Los pequeños proyectos generadores de ingresos se agregaron a numerosas otras tareas ya reservadas a las mujeres. No les quedó otro remedio que delegar todavía en mayor medida ciertas tareas domésticas en sus hijas menores.

Se produjo pues una intensificación del trabajo de las mujeres y de los niños en el seno de los caseríos que formaban parte de los proyectos de desarrollo. Pero más allá de esta intensificación los proyectos procuraron nuevos ingresos a las familias e individuos. Poco después del inicio del programa, los hombres solicitaron recibir igualmente también créditos para proyectos generadores de nuevos ingresos. Estos cambios se combinaron con la penetración en la región de otras agencias de desarrollo. De tal manera, en menos de 10 años, en simultáneo con la llegada de la Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional (por la mediación de una agencia ejecutiva) he visto desfilar e instalarse en La Cocha agencias holandesas y alemanas de desarrollo que fueron seguidas por el BID y por el Fondo Mundial para la Naturaleza, sin contar numerosas agencias, ONGs, e instituciones que gravitan alrededor de las primeras. El boom del desarrollo comenzó al principio de los años 90, desde el momento en que las agencias comienzan a interesarse particularmente en el desarrollo sustentable. Como quizás es sabido, Colombia se constituyó en el primer banco de ensayo del Banco Mundial en los años 40, en cuanto a los enfoques de desarrollo que se materializaron en las teorías de la modernización (Escobar, 1995). En gran medida ese país sigue en la mira de las instituciones internacionales. La región en la que realicé la investigación interesó

particularmente, porque no muy lejos se encuentran, la guerrilla, las plantaciones de coca y los laboratorios que la transforman en cocaína. La población que se beneficia con los programas de desarrollo, forzada a una emigración temporaria en razón de sus carencias y la baja productividad de sus tierras, trabaja ocasionalmente en las plantaciones de coca.

Por lo tanto los desafíos en la región son la neutralización de las reivindicaciones agrarias, la lucha contra la guerrilla y contra el narcotráfico y la preservación del medio ambiente. En este caso, en el plano local la mundialización no se expresa por una mayor industrialización (como en la región estudiada en México), sino más bien mediante una red de intervenciones con connotación ecológica, cuya retórica es la gestión del medio ambiente (Labrecque, 1995a). Las políticas de integración de las mujeres al desarrollo están siempre presentes, pero han sido desplazadas por el discurso del desarrollo sustentable.

En esta región como en muchas otras del mundo, los proyectos generadores de ingresos, y los del desarrollo "sustentable", logran distraer a los actores de los verdaderos desafíos de poder, es decir los del acceso a la propiedad y al control de los recursos. En adelante, las poblaciones, las mujeres al igual que los hombres por otra parte, son consideradas de manera determinante como agentes de gestión de la biodiversidad. A las mujeres se les asigna gran responsabilidad dada su asociación primaria con la naturaleza. Por lo que la retórica general pone el acento no sobre las relaciones de género sino sobre la pluralidad de categorías sociales que deben estar activas para la preservación de la biodiversidad. Actualmente, se despliegan en todo el país redes de grupos dedicados a esa misión.

La población de la región estudiada ha abandonado en mayor o menor medida, los proyectos generadores de ingresos para insertarse en las redes esperando sacar mayor provecho del turismo ecológico (Labrecque, 1995b). En el seno de esas redes, se encuentran también grupos de grandes propietarios, de pequeños propietarios, de mujeres, de jóvenes. En esos casos las políticas de desarrollo para las mujeres han desembocado, más o menos directamente en la pluralidad, encubriendo de ese modo, las desigualdades flagrantes y la heterogeneidad de las situaciones económicas, políticas y sociales.

Discusión: mundialización y jerarquización

La inserción en el proceso de mundialización impulsada fuertemente en las dos regiones consideradas, prestó una atención especial en un primer momento al lugar de la mujeres en el desarrollo. Aunque en las dos regiones los procesos tuvieron consecuencias diferentes, puede decirse que la mundialización fue un proceso "generizado" (Conelly y otros, 1995:21) En un caso, el de México, el proceso toma la forma de la creación de una nueva categoría social en el campo, las jóvenes solteras que trabajarán en las maquiladoras. En el otro caso, en Colombia, el proceso se basa totalmente en el discurso de la diversidad no sólo entre hombres y mujeres sino también entre los hombres, las mujeres, los jóvenes, los ricos, los pobres, los propietarios, los no propietarios. En México, el enfoque del IMD, combinado con la instalación de maquiladoras, culmina con la inserción de las mujeres en la estructura económica, no sólo como categoría específica, sino también como nueva categoría social. En Colombia el enfoque IMD, combinado con la retórica del desarrollo sustentable, culmina en una dilución de la categoría mujer en un conjunto de otras categorías sociales. La confrontación de esos dos ejemplos muestra hasta qué punto, un proceso similar, articulado en condiciones locales específicas, da lugar a resultados diferentes.

Esta observación tiene consecuencias desde el punto de vista metodológico. Para comprender los procesos de mundialización, importa tener en cuenta las dinámicas particulares que marcan la inserción de diferentes categorías sociales en ese proceso. Es necesario un examen de los vínculos entre lo global y lo local destacando a la vez sus aspectos contradictorios. De este modo, el TLCAN constituye un campo de estudios de esas contradicciones. Mientras que ese acuerdo tiende a homogeneizar los mercados, se observa en su estela, un resurgimiento de las luchas reivindicativas de las Poblaciones Autóctonas, sobre todo en México donde los zapatistas han logrado formular sus reivindicaciones específicas en términos que abarcan una amplia audiencia y utilizando redes de comunicación propios de la mundialización. (Long, 1996: 42).

Las políticas de desarrollo internacional constituyen otro campo de estudio de las contradicciones de la mundialización. Esas políticas han llevado a una clasificación de las poblaciones en categorías demasiado estáticas y estrechas para ellas. Así, se ha asistido a la invención del concepto de campesino, que ha llevado a ignorar que los campesinos y campesinas se han convertido en ciudadanos transnacionales. Por esa

razón, no es poco frecuente en las regiones rurales de México en las cuales he trabajado, encontrar personas que se definirían como campesinos y campesinas y que están igualmente cómodos en su pequeño campo de maíz, y en el inmenso aeropuerto de Los Angeles por el que transitan desde hace varios años camino a su trabajo temporario. Asimismo constaté que las actividades en el campo tienen cada vez menos que ver con la tierra, evocando así la “desagrarización” de las familias rurales (Lara Flores, 1996: 152). Sin embargo las políticas que se les dirigen continúan formulándose en términos binarios (rural/urbano, campesinos/obreros, etc), los que por esa misma razón resultan reduccionistas.

Más específicamente, las políticas de integración de las mujeres al desarrollo han definido una categoría “mujeres del sur”, que transforma a todas las mujeres latinoamericanas en indígenas y a las africanas en agricultoras (Thomas-Slayter y Rocheleau, 1995: 95), negando así la importancia de las diferencias y las complejidades locales (Parpart y Marchand, 1995: 10). Estas políticas producto de la mundialización no reflejan pues de ninguna manera el trastorno de las categorías, ya que las nociones de centro y periferia se han vuelto totalmente anacrónicas. ¿Debemos hablar acaso, como lo hace Kearney (1996: 118), de un hiperespacio socialmente construido y pensar que los centros comerciales, las cadenas de fast food y las maquiladoras constituyen de aquí en más los ejemplos más elocuentes de una nueva reestructuración del mundo?. Sea lo que fuere, si existe un hiperespacio que se caracteriza por redes transnacionales, las mujeres ocupan un lugar particular. En efecto, si uno se ubica al nivel de las políticas internacionales de desarrollo para las mujeres, bien se ve que estas últimas, en virtud de las medidas específicas que les son destinadas, se encuentran justamente en las intersecciones de estas redes.

Fuera de toda duda el estudio de esas redes internacionales y su intersección entre sí, son de un enorme interés. Las intersecciones deben ser consideradas como lugares privilegiados en los que las relaciones entre los individuos se tornan visibles. Al examinarlas, uno debe por fuerza considerar las dimensiones múltiples de los procesos más amplios que uno tiende a resumir de manera somera y excesivamente rápida, bajo la denominación de mundialización. El estudio sobre las mujeres y sus itinerarios espacio-temporales (Giddens, 1987) en estas redes es aún más interesante. La consideración de estos itinerarios “generizados” bien podrían hacer la diferencia, para nuestra mejor comprensión de los procesos de desarrollo.

Conclusión

La mundialización asume las apariencias de un proceso homogeneizante difícil de captar en un plano tan abstracto. El examen de las situaciones locales revela que, más allá de las apariencias, hay indudablemente producción de heterogeneidad creciente. Es evidente que la escala en la cual se despliega la mundialización no tiene ninguna medida en común con las políticas de desarrollo para las mujeres, no importa cuales sean las dimensiones ideológicas de sus tendencias más diversas. Para las investigadoras feministas que creen aún en la pertinencia de un análisis crítico de la mundialización, las vías de análisis están todas ya definidas y consisten como se decía más arriba, en hacer aparecer los vínculos entre diferentes órdenes de fenómenos sociales. Más aún, importa, como ya lo intenté hacer, observar casos particulares y mostrar cómo las categorías abstractas se corporizan en situaciones concretas y cómo, hasta un cierto punto, se puede volver a cuestionarlas.

En el caso del concepto de "género" más particularmente, se trata de mostrar cómo sobre un plano concreto y localizado aquel se traduce en relaciones complejas y jerarquizadas entre individuos precisos. Esta posición seguramente evoca el feminismo postmoderno, pero me diferencio en la medida en que insisto en la jerarquía y la heterogeneidad más que en la pluralidad y en la diferencia. (Braidotti y otros, 1994: 45). En ese sentido el género debe ser visto como un factor crucial en la división del trabajo, en el reparto de los deberes y las responsabilidades (Thomas-Slayter y Rocheleau, 1995: 79-80). Es también necesario desagregar la categoría mujer y tratar de comprender las relaciones de género como construidas social e históricamente. (Jackson, 1993: 399)

Los proyectos de desarrollo para las mujeres llevados a cabo en México y en Colombia tienen un sentido diferente para las mujeres de uno y el otro de esos países. Aún cuando se inscriben de modo diferente en las lógicas del desarrollo, esos proyectos constituyen el índice de la sujeción de las mujeres al igual que el de los jóvenes, las poblaciones autóctonas, y las demás categorías de la población que presentan una "diferencia".

Esos proyectos no escapan a la dinámica, que en los casos estudiados, de más en más vinculan estrechamente a las mujeres de regiones rurales relativamente aisladas a los intereses del gran capital, sean los de las industrias transnacionales, como en el caso

de las maquiladoras, o los de las industrias de la droga como en el caso del narcotráfico. A la vez que esas mujeres están vinculadas al gran capital, lo están igualmente a un conjunto de redes de lucha en las que redes feministas se cruzan y se superponen en la defensa de derechos económicos y humanos, liberando una nueva dinámica social que no reconoce fronteras.

Es sin duda lo que llevó a Marcus, a proponer una etnografía de perspectivas múltiples en la cual uno esté en condiciones de seguir a las personas, las cosas, las metáforas, las alegorías, las vidas y los conflictos (Marcus, 1995).

Para que las políticas de IMD puedan seguir esas vías, sería necesario volver a cuestionar radicalmente las dicotomías que continúan y continuarán largo tiempo a alimentarlos. También habría que, y de modo simultáneo a la constitución de redes que apuestan a la diversidad, concientizarse de modo creciente, sobre las jerarquías múltiples que definen las categorías sociales y que marcan a los individuos. También sería conveniente que, en lugar de una pluralidad fáctica y artificial, se despliegue una nueva solidaridad entre los individuos, grupos y aún naciones, conscientes no sólo de sus diferencias, sino también de sus desigualdades y de su heterogeneidad, los cuales desde una perspectiva bien definida, trabajen para el cambio.

Traducción: Mara Guthmann y Yanina Guthmann.

NOTAS

- 1 Este artículo fue publicado en *Lectures féministes de la mondialisation: contributions multidisciplinaires*, Les Cahiers de L'Iref, editado por Marie-Andrée Roy y Anick Druelle, Universidad de Québec a Montreal, Canadá, 2000. Se agradece al Instituto de Investigaciones y Estudios Feministas y a Marie France Labrecque la autorización para su traducción y publicación.
- 2 La investigación feminista sobre las maquiladoras en el norte de México comenzó en los fines de los años 70 y en los comienzos de la década de 1980. Una de las referencias más citadas es sin duda la de Fernández-Kelly (1983). Pero es probablemente la obra de Benería y de Roldán (1987) sobre la industria domociliar del vestido en México que, desde el punto de vista teórico, es la más sugestiva e inspiradora para todas las personas que se han dedicado al fenómeno de las

maquiladoras de México y otras regiones. En cuanto al activismo, notamos que hay muchas organizaciones de solidaridad con las trabajadoras y los trabajadores de las maquiladoras, entre ellas, algunas en Canadá como la Red de Solidaridad de la Maquila Solidarity Network de Toronto; Mujer a Mujer que es una organización feminista de solidaridad con sede en Canadá y México.

- 3 Río Grande es el río que marca la frontera entre Estados Unidos y México.
- 4 La investigación en México se desarrolló primero entre 1986 y 1989 y fue financiada por el Consejo de Investigaciones en Ciencias Humanas del Canadá (CRSH). Esta investigación fue continuada en 1991-1992 y en 1996-1997. La investigación en Colombia recibió primero el soporte del CRSH y del Fondo para la formación de investigadores y la ayuda a la investigación por parte del Ministerio de Educación del Quebec de 1899 a 1991 y luego el del Centro de Investigaciones para el desarrollo internacional (CRDI) de 1992 a 1996. La primera investigación fue desarrollada en el estado de Yucatán al sureste de México. En Colombia, la segunda investigación, tuvo lugar en el departamento andino de Nariño, en la cuenca del lago La Cocha del cual nace el Río Putumayo, un afluente del Amazonas.
- 5 El término entramado me ha sido sugerido por el de enmeshment, tomado de Hurrell y Woods (1995: 447). Según esos autores, se trata de un entramado coercitivo que se sustenta en la desigualdad de los Estados a la vez que la profundiza cada vez más.
- 6 Hay razones históricas que explican esta ausencia de identificación de la población rural del norte de Yucatán con los autóctonos; se sustentan en un clivaje producido a fines del siglo pasado entre los autóctonos del sud del estado que se rebelaron contra el poder central del Estado y los del norte que permanecieron fieles a sus patrones criollos. Se trata de un episodio conocido como la guerra de castas.
- 7 Por cierto la sindicalización de las maquiladoras cuando existe, está inscrita en la Confederación de Trabajadores de México, controlada de hecho por el Estado mexicano. Sin embargo hay que destacar que hay una forma de movilización en el Norte que permite a investigadoras e investigadores mexicanos hablar de un nuevo proletariado del Norte (ver por ejemplo, Sánchez Díaz, 1996). En Yucatán estamos aún lejos de poder hablar de un nuevo proletariado del Sureste.
- 8 En el contexto del presente artículo y teniendo en cuenta precisamente los comentarios de Kearney (1996), el campesinado podría ser definido como una población que vive de la agricultura y la ganadería pero cuya reproducción social transita por el mercado, ya sea para comercializar los productos locales o para vender su fuerza de trabajo cuando lo necesita. También habría que introducir gradaciones según los géneros y las generaciones, pues muy a menudo en un caserío campesino algunos miembros venden su fuerza de trabajo en el mercado y los ingresos que así generan sirven de apoyo a las actividades agrícolas. Así, en La Cocha, no es raro ver mujeres jóvenes trabajar como empleadas domésticas en las ciudades, o bien los jóvenes varones trabajar en las plantaciones de caña de azúcar o en otros trabajos, y aportar sus ingresos a su padre, que los invierte en agricultura.

BIBLIOGRAFÍA

- Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional. 1993. *Les rapports hommes-femmes et l'aide au développement. Évaluation de la politique et des activités de l'ACDI sur l'intégration de la femme dans le développement, 1984-1992, Informe final*. Hull: ACDI.
- Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional. 1994. *Assessment of DAC Members' WID Policies and Programmes. Overall Report*. Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional y Organización de cooperación y de desarrollo económico.
- Agencia Canadiense de Desarrollo Internacional. 1995. *Politique de l'ACDI en matière d'intégration de la femme au développement et d'égalité des sexes*. Hull: ACDI
- Benería, Lourdes y Marta Roldán, 1987. *The Crossroads of Class and Gender*. Chicago: University of Chicago Press.
- Braidotti, Rosi, Ewa Charkiewicz, Sabien Hausler y Saskia Wieringa. 1994. *Women Environment and Sustainable Development: Towards a Theoretical Synthesis*. Londres: ZED Books /INSTRAW.
- Connelly, M Patricia, Tania Murray Li, Marta Mac Donald y Jane L. Parpart. 1995. "Restructured World/ Restructured Debates: Globalization, Development and Gender". *Revue canadienne d'études du développement*, número spécial, p. 17-38.
- Cook, Paul y Colin Kirkpatrick, 1997. "Globalization, Regionalization and Third World Development". *Regional Studies*, vol. 31, nº 1, p. 55-66.
- DAWN (Development Alternatives with Women for a New Era). 1985. *Development, Crises and Alternative Visions: Third World Women's Perspectives*. Nueva Delhi: DAWN.
- Dietrich, Gabriele. 1996. "Des systèmes de connaissance alternatifs et du pouvoir des femmes à la lumière de la NEP. Une perspective organisationnelle". *Social Compass*, Vol 43, nº 4, p. 583-611.
- Escobar, Arturo. 1995. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Fernandez-Kelly, María Patricia. 1983. *For We Are Sold, I and my People: Women and Industries in Mexico's Frontier*. Albany, N.Y.: SUNY Press.
- Giddens, Anthony. 1987. *La constitution de la société*, 2 ed. Paris: Presses Universitaires de France.
- Hurrell, Andrew y Ngaire Woods. 1995. "Globalization and Inequality". *Millennium: Journal of International Studies*, vol 24, nº 3, p. 447-470.
- Jackson, Cecile. 1993. "Women/Nature or Gender/History? A critique of Ecofeminist Development". *The Journal of Peasant Studies*, vol 20, nº 3, p. 389-419.
- Kearney, Michel. 1995. "The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism". *Annual Review of Anthropology*, nº 24, p. 547-565.
- Kearney, Michel. 1996. *Reconceptualizing the Peasantry. Anthropology in Global Perspective*. Boulder, Co.: Westview.
- Kenney, Martin y Richard Florida. 1994. "Japanese Maquiladoras: Production

Organization and Global Commodity Chains". *World Development*, vol 22, n° 1, p. 27-44.

Kopinak, Kathryn, 1995. "Transitions in the Maquilization of Mexican Industry: Movement and Stasis from 1965 to 2001". *Labour, Capital and Society*, vol 28, n° 1, p. 68-94.

Labrecque, Marie France, 1991a. "Les femmes et le développement: de qui parle-t-on au juste?" *Recherches féministes*, vol 4, n° 1, p. 9-23.

Labrecque, Marie France, 1991b, "Femmes du Yucatan: vers une redéfinition de la force de travail des paysannes". *Revue canadienne d'études du développement*, vol 12, n° 1, p. 59-73.

Labrecque, Marie France. 1995a, "Un dialogue des savoirs en Colombie. Analyse anthropologique des enjeux du développement durable". Comunicación presentada en la reunión anual de la Société canadienne d'anthropologie en el marco del Congreso de Sociétés Savantes, (Montréal, 29 mayo). Universidad du Québec à Montréal.

Labrecque, Marie France, 1995b, "Développement durable, changement social et rapports sociaux de sexe en Colombie andine". *Recherches féministes*, vol 8, n° 1, p. 75-97.

Labrecque, Marie France. 1996, "Mujeres, trabajo y género en el Yucatán rural. Algunas dimensiones locales de la globalización". Comunicación leída en el panel "Género y desarrollo rural", en el 2do Congreso de la Asociación canadiense de estudios mexicanos (México, 12 de noviembre).

Lara Flores, Sara María. 1996. "El papel de las mujeres en la nueva estructura de los mercados de trabajo 'rur-urbanos'". En *La nueva relación campo-ciudad y la pobreza rural*, dirigido por Ana Paula De Teresa y Carlos Cortés Ruiz, p. 145-166, México: Plaza y Valdés.

Long, Norman, 1996. "Globalization and Localization. New Challenges to Rural Research", En *The Future of Anthropological Knowledge*, bajo la dirección de Henrietta L. Moore, p. 37-59. Londres y New York: Routledge.

Marcus, George E. 1995, "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography", *Annual Review of Anthropology*, n° 24, p. 95-117.

Moore, Henrietta L. (dir), 1996, *The Future of Anthropological Knowledge*, Londres y New York: Routledge.

Ong, Aihwa. 1991, "The gender and Labor Politics of Postmodernity". *Annual Review of Anthropology*, n° 20, p. 279-309.

Parpart, Jane L., y Marianne H. Marchand, 1995. "Exploding the Canon. An Introduction /Conclusion". En *Feminism /Postmodernism /Development*, bajo la dirección de Marianne H Marchand y Jane Parpart, p. 1-22. Londres y New York: Routledge.

Raafat, Feraidoon (Fred), Massoud M. Saghaifi, Robert J Schlesinger y Kenichi Kiyota. 1992, "Training and Technology Transfer: Efforts of Japanese, Mexican and American Maquiladora Companies in Mexico". *Socio-economic Planning Sciences*, vol 26, n° 3, p. 181-190.

Rocheleau Dianne, Barbara Thomas-Slayter y Ester Wangari, 1996. "Gender and Environment: A Feminist Political Ecology Perspective". In *Feminist Political Ecology*:

- Global Issues and Local Experiences*, bajo la dirección de Dianne Rocheleau, Barbara Thomas-Slayter y Ester Wangari, p. 2-23, Londres y New York: Routledge
- Sánchez Díaz, Sergio G., 1996, "Obreras y liderazgo sindical: El poder en una maquiladora". *Nueva Antropología*, n° 49, p. 101-116.
- Tabb, William K., 1997, "Globalization is an Issue. The Power of Capital is the Issue", *Monthly Review*. Vol 49, n° 2, p. 20-30.
- Thomas-Slayter, Barbara P., y Dianne Rocheleau, 1995, "Research Frontiers at the Nexus of Gender, Environment and Development: Linking Household, Community and Ecosystem". En *The Women and International Development Annual*, bajo la dirección de Rita S. Gallin, Anne Ferguson y Janice Harper, vol 4, p. 79-116. Boulder, Co.: Westview.

CAPÍTULO IV

EL IMPACTO DEL INTEGRISMO ISLÁMICO SOBRE LAS MUJERES EN EL CONTEXTO DE LA MUNDIALIZACIÓN: EL CASO DE EGIPTO

Yolande Geadah¹

Introducción

Me propongo encarar el tema del integrismo islámico desde una mirada socio-política y desde una perspectiva feminista. Quisiera dejar sentado que soy originaria de Egipto, país islámico, y que sin ser musulmana, hace más de 25 años que estoy implicada en la educación intercultural en Quebec, que tiene por objetivo combatir los prejuicios que conciernen a la cultura islámica y árabe.

Es necesario admitir que las percepciones pueden variar al infinito tanto sobre el integrismo islámico como también sobre otras cuestiones complejas, de acuerdo a la ideología y sensibilidad de cada cual. Para aclarar nuestra perspectiva es necesario escuchar a las mujeres musulmanas sometidas al integrismo y conscientes de su impacto restrictivo. Es precisamente lo que he logrado en el curso de mis viajes a distintos países islámicos y más particularmente en una permanencia prolongada en Egipto (1992-1994). Esos encuentros me han permitido ver más allá de las justificaciones identitarias alegadas por algunas. Y confieso mi inclinación favorable a las mujeres, (y hombres también), que resisten y luchan de mil y una maneras contra la ideología integrista, que invade de un modo excesivo sus vidas.

Por lo tanto, el análisis que haré aquí, refleja mi percepción de una realidad compleja a partir de mis observaciones sobre la sociedad egipcia y de otros países islámicos donde pude tener intercambio de opiniones múltiples con personas de la más variada

condición social. Gracias a una escucha atenta del discurso integrista difundido a través de los medios masivos de comunicación, y a las numerosas lecturas, muchas de las cuales en idioma árabe. Sé que este tema que me propongo encarar aquí, habría merecido tener más matices y una contextualización que el marco limitado de este artículo no permiten. Estimo que es urgente reapropiarse del debate sobre integrismo islámico cuyas repercusiones desbordan las fronteras en lugar de confinarlo al exclusivo dominio de las obras especializadas.

¿Qué es el integrismo?

Es necesario comenzar por definir lo que entendemos por integrismo, pues este término designa diferentes realidades a los ojos de los protagonistas. Según mi opinión el integrismo tiene poco que ver con las prácticas religiosas. Y sería un error confundir o reducir el integrismo al terrorismo y la violencia política, como suelen hacer quienes se oponen al integrismo. Esta confusión nos impide desplegar las estrategias para una resistencia eficaz al ascenso del integrismo, sea cual fuere, islámico, católico, judío, protestante, u otro.

Para definir el integrismo en su modalidad contemporánea, tomaré prestada de Foucault su definición del concepto de dispositivo para adaptarlo a nuestros requerimientos. (Foucault, 1977).

Podría decirse que el integrismo está constituido por un discurso, prácticas, instituciones, leyes, medidas administrativas, relaciones de poder y todas las relaciones que puedan establecerse entre todos estos elementos heterogéneos. Tratándose del integrismo, ese dispositivo apunta a un objetivo preciso, que es el de ubicar lo religioso como eje de todo.

El integrismo se propone someter todos los detalles de lo cotidiano, someter todos los aspectos de la vida social y política, a la supremacía de lo religioso. El objetivo del integrismo no es necesariamente el de instaurar un Estado teocrático, sino de modo más modesto el de acrecentar considerablemente su influencia social y política para estar en condiciones de imponer sus prioridades y orientaciones al conjunto de la sociedad. (Geadah, 1996:21).

Dicho de otra manera, el integrismo es un totalitarismo religioso que busca por distintas vías, y si es necesario por la fuerza, imponer sus interpretaciones dogmáticas al conjunto de una comunidad. Se trata pues de una recuperación de lo religioso para fines políticos.

Pero el integrismo adopta formas diferentes según los diversos contextos. Algunos integrismos son sostenidos por el Estado, mientras que otros emergen en oposición al Estado. Lo que tienen en común todos los integrismos, cualquiera sea su origen, es que predicán una visión patriarcal rígida, y en primer lugar atacan los derechos y libertades de las mujeres, aún antes de afectar las libertades fundamentales del conjunto de los ciudadanos.

El ascenso del integrismo en su vinculación con la mundialización

En el caso del integrismo islámico, que es el tema de este artículo, su expansión fulminante parece estar relacionada con la mundialización de los mercados, al menos de dos maneras.

Para comprender mejor esta relación estamos obligados a efectuar un retroceso histórico. El ejemplo de Egipto me parece uno de los más pertinentes para captar este fenómeno, ya que ese país fue la cuna del integrismo islámico contemporáneo. Además, Egipto desempeña un rol central a los ojos del mundo islámico, a raíz de la institución al-Azhar, fundada en el Cairo en el siglo X. Esta institución religiosa, entre las más prestigiosas, es reconocida desde siempre como una fuente de autoridad en materia teológica y jurídica, al menos para la rama sunnita, mayoritaria del Islam.

Orígen y conceptos claves del movimiento

El movimiento integrista islámico que plantea hoy enormes desafíos al mundo occidental no nació ayer. Su nacimiento se remonta a 1928 con la fundación en Egipto de la Organización de los Hermanos musulmanes, que se convirtió en la organización integrista más importante, al menos numéricamente². Su fundador, Hassan al-Banna, consagró su vida a la promoción de una visión ultratradicionalista del Islam, según la cual los creyentes debían emular el modo de vida del Profeta y el Estado Islámico debía someterse exclusivamente a las leyes religiosas de la Charia, que datan del Medioevo. La Charia consagra, entre otras, las desigualdades de derechos entre ciudadanos según su sexo y su confesión. Este modelo de sociedad, inspirado en la era de oro del Islam, plenamente mítica, es considerada por numerosos musulmanes como completamente incompatible con las exigencias de la vida moderna.

Al-Banna (asesinado en 1949) es considerado todavía como el padre espiritual de los Hermanos musulmanes, pero es Sayyid Qutb quien es reconocido como el verdadero teórico del movimiento integrista. En sus escritos, Qutb (ejecutado en 1966 por el régimen nasserista) se inspiró ampliamente en un pensador islámico de origen pakistaní, Abou El A'laa al -Mawdudi, un líder apreciado del movimiento anticolonialista de la India, fallecido en los años 70. Los escritos de al-Mawdudi, traducidos al árabe hicieron escuela rápidamente, y adquirieron junto con los de Qutb un renombre mundial en todo el mundo árabe e islámico. Aunque estos tres pensadores contemporáneos hayan muerto hace ya varias décadas, sus escritos continúan inspirando a generaciones de creyentes en los cuatro confines del planeta. Por eso, es importante tratar de entender el mensaje esencial de esos autores para comprender qué está impulsando actualmente el movimiento integrista islámico..

La esencia del pensamiento integrista inspirado en Qutb y al-Mawdudi gravita alrededor de algunos conceptos claves que podrían resumirse del siguiente modo. Según Qutb, el mundo entero, comprendidas las sociedades islámicas, ha caído en un estado de apostasía e ignorancia (el concepto de *jahiliyya*), parecido al que existía antes de la revelación del Islam, y para salir de ese estado es necesario hacerlo por la *jihad*, concepto que se refiere generalmente a la guerra santa. Para Qutb, la *jihad* designa un proceso global y permanente que apunta a que el mundo entero se libere de Satán, que logra que en todos lados triunfe el Islam (Qutb, 1949 y 1982). Al -Mawdudi insiste sobre el concepto de *hakimiyyat Allah*, que pretende la supremacía de las leyes religiosas sobre todas las demás leyes humanas, y sobre la *da'wa*, que apunta a la obligación de promover activamente el modelo islámico y luchar sin compasión contra los infieles (Al -Mawdudi, sin fecha).

En otras palabras, la ideología integrista preconiza la purificación de la sociedad por la instauración de un sistema fundado sólo en las leyes religiosas de la Charia, lo que implica el rechazo de los principios de laicidad, de igualdad y de democracia moderna. A pesar de su atractivo anti imperialista, el modelo integrista preconizado por esos tres pensadores venerados del Islam, no ha logrado jamás un reconocimiento unánime en el seno de las sociedades islámicas. Durante varios decenios, la corriente integrista fue marginal en esas sociedades y parecía destinada al fracaso, a pesar de su activismo y el fervor de sus partidarios. ¿Cómo explicar entonces la actual popularidad del movimiento integrista islámico?

El avance integrista de los años 70

Muchos factores, internos y externos, se conjugan para explicar la irrupción del integrismo islámico a partir de los años 70³. En Egipto, el crecimiento del integrismo, que algunos llaman orgullosamente “el renacimiento islámico” coincide con el viraje económico y político mayor emprendido en 1974 por el presidente Sadat. Rompiendo bruscamente con el modelo socialista y proteccionista heredado del presidente Nasser, su predecesor, Sadat encamina al país en la vía de la liberalización económica. Esta elección audaz, promovida insistentemente por los Estados Unidos estaba condicionada por el compromiso de someterse a las severas condiciones impuestas por el FMI y el Banco Mundial a todos los países endeudados.

En el caso de Egipto ese giro económico exigió un giro político igualmente importante. Recordaremos que la firma de un acuerdo de paz entre Egipto e Israel provocó numerosas turbulencias a nivel nacional y regional. Este acuerdo se inscribía como ruptura con las políticas de las dos décadas precedentes y fue ampliamente percibido por los pueblos de la región como una traición y una rendición ante la brutal colonización israelí de Palestina.

A nivel nacional, la oposición nasserista y de izquierda comenzó a movilizarse contra este doble giro económico y político. Para enfrentar esta oposición popular a sus proyectos, Sadat, de modo oportunista, decidió apuntalarse en los grupos integristas a los cuales le ligaban afinidades de juventud, favoreciendo de esta manera la expansión de esa ideología en el seno de la sociedad. Y aprovechando la complacencia del régimen, la organización de los Hermanos musulmanes desplegó su activismo en los cuatro confines del país y se instaló rápidamente en todos los ámbitos y capas sociales, a través de las mezquitas, los sistemas de educación, los movimientos estudiantiles, sindicales, populares y otros. Su éxito popular llevó a sus integrantes a ser cada vez más contestatarios y a extender su influencia fuera de las fronteras. Miembros disidentes formaron más tarde nuevas organizaciones aún más extremistas, que no vacilaron en promover el uso de la violencia contra el poder. Se estima que en Egipto hay alrededor de doscientos grupos militantes y quizás más aún.

A pesar de haber estado en el origen del avance integrista y haberlo favorecido, el presidente Sadat pagó con su vida sus errores estratégicos, y los pueblos de la región sufren todavía las consecuencias. Fue asesinado en 1981 por integristas de una rama

extremista. Desde entonces, el régimen oscila entre la represión y el compromiso respecto de un movimiento integrista convertido en una fuerza insoslayable.

A los ojos de la población, la atracción del movimiento integrista está ligada al hecho, entre otros, de que la mundialización de los mercados ha venido a exacerbar todas las contradicciones internas y a incrementar peligrosamente la frustración de las capas más desfavorecidas en la región. El slogan simplista enarbolado por los grupos integristas, "El Islam es *la* solución", parece mucho más creíble en la medida en que la adopción de el modelo socialista (inspirado del Este) y el capitalista (inspirado de Occidente), sólo han logrado empeorar las condiciones de vida de las poblaciones, sin dar lugar a ningún proyecto alternativo de recambio en el horizonte.

Por lo tanto el éxito popular del integrismo islámico es tributario en primer lugar del fracaso del modelo de desarrollo económico de tipo laico en la región. A lo que se agregan otros factores, tal como el humillante fracaso político y militar de Egipto y consecuentemente con éste, del mundo árabe y musulmán, frente al Estado de Israel, que exhibe su apogeo en la guerra de 1967. Recordemos que el movimiento integrista islámico también pretende restablecer la relación de fuerzas en favor de las poblaciones musulmanas, cuyos derechos son vulnerados desde hace cincuenta años por parte del Estado de Israel, apoyado por Occidente⁴.

Por otra parte, el eco de la revolución iraní victoriosa, de 1978, contribuyó a dar al movimiento integrista islámico un nuevo impulso y perspectivas políticas más globales. Ello estimuló a los grupos integristas islámicos en la lucha por el objetivo de liberar a su sociedad de la nefasta influencia de Occidente.

Habría mucho que decir sobre cada uno de esos elementos, que sólo podrán ser tratados superficialmente aquí⁵. Es evidente que es la sinergia entre todos esos factores lo que permite explicar el ascenso del integrismo islámico en este momento preciso de la historia. ¿Cómo asombrarse que la respuesta a la derrota militar, económica y política en la región adopte la forma de una reafirmación identitaria basada en el Islam y dirigida contra Occidente? Es además más que comprensible que la cuota de responsabilidad de los poderes occidentales en todos esos fracasos no puede ser ignorada.

Mundialización de los mercados

El giro económico consecuencia de la mundialización implica la desvinculación del Estado de múltiples ámbitos, lo que favoreció los inicios del encumbramiento del

integrismo en su modalidad contemporánea. Este factor desempeñó un rol catalizador que permitió despegar al integrismo.

El movimiento integrista supo aprovechar mejor que otras fuerzas sociales la nueva coyuntura, y capitalizar la insatisfacción popular. Este logro fue facilitado ante la circunstancia que las fuerzas progresistas y laicas, amordazadas desde hacía largo tiempo por el Estado, estaban divididas y desorganizadas. Además estos grupos integristas se beneficiaron con el generoso apoyo financiero de Arabia Saudita, lo que les permitió ocupar el lugar que el Estado dejó vacante. Con el objeto de ampliar su base popular, ofrecieron a los sectores más desfavorecidos servicios sociales que el Estado estaba en condiciones decrecientes de asumir en todos los dominios (educación, salud, vivienda, etc.) De este modo, a los ojos de la población afectada por los cambios económicos, los grupos integristas adoptaron aires de redentores gracias a los petrodólares.

El ascenso del integrismo se inscribió en un contexto global que distó de ser exclusivo de las sociedades islámicas. El impacto del desentendimiento del Estado respecto de sus responsabilidades sociales se hizo sentir de manera mucho más dura en el Sur que en el Norte. Pero también los países industrializados comenzaron a sufrir los efectos perversos de esta medicina impiadosa que consiste en abandonar las riendas del poder al arbitrio de las fuerzas ciegas del mercado, totalmente indiferentes a los principios de democracia y justicia social. El debilitamiento del tejido social, el incremento del desempleo y los trastornos consiguientes favorecieron la marginalización de un número creciente de personas, a las que llevaron a buscar refugio en lo religioso. La manipulación de la religión para fines de control y de poder se vió así facilitada.

En el Occidente cristiano, este fenómeno se tradujo en la proliferación de sectas y nuevas religiones centradas en torno a un líder carismático, o bien en el resurgimiento de movimientos religiosos tradicionales de extrema derecha, protestantes o católicos, como en los de Estados Unidos y en Europa. También en Asia es observable un recrudecimiento de las sectas orientales.

La mayor diferencia que advierto, entre esos movimientos integristas de origen diverso, es el elemento político, que en algunos casos está presente y en otros no.

Persigan un proyecto político preciso, o no, los movimientos integristas de cualquier origen ejercen un enorme poder de atracción a los ojos de los fieles, dispuestos a abandonar su autonomía para salir de la angustia y la incertidumbre en la que los sume el sistema económico mundial actual. Este modelo, centrado sólo en los beneficios y en el consumo, no deja de concentrar riquezas en manos de algunos, en detrimento

de la gran mayoría, y deja por último escaso margen para la prosecución de objetivos de justicia social, de desarrollo humano, o de valores que puedan conferir a la vida un sentido más espiritual. En ese contexto el amparo religioso aparece como la única vía saludable.

En un sentido, es posible afirmar que el ascenso de los integrismos de todos los orígenes es una de las consecuencias, no confesadas e ignoradas, de las políticas neo liberales dominantes. Favorecidas por el “nuevo desorden económico” emergente de la mundialización de los mercados, el integrismo se nutre del empobrecimiento material, intelectual y espiritual que aquella provoca.

Mundialización cultural y revolución tecnológica

Sin duda alguna el integrismo contemporáneo respecto del integrismo tradicional, se distingue por que su impacto es multiplicado por las condiciones tecnológicas modernas. En efecto, en ningún otro momento de la historia, el contexto global ligado a la mundialización y a la revolución de los medios de comunicación, ha podido favorecer tanto la expansión de una ideología tan poderosamente niveladora.

Más allá de los lugares de culto y la multiplicidad de organizaciones que ofrecen un espacio físico de asamblea religiosa y promueven la visión integrista, esta ideología se encuentra proyectada en el corazón de cada hogar a través de los medios, las publicaciones, lo audiovisual e internet. La forma del mensaje varía según el grado de sofisticación y rigidez, pero el contenido es esencialmente el mismo. En el caso del integrismo islámico, incita a los fieles a romper con los valores modernos asociados a Occidente para retornar a un modelo patriarcal tradicional, centrado en el Islam.

En su libro *Djihad versus Mc World*, Benjamin Barber (Barber, 1996) presenta un interesante análisis del proceso de mundialización relacionado con el ascenso de los integrismos caracterizados por la Djihad, término que emana del integrismo islámico, que se extiende a todos los integrismos. El autor flexibiliza excesivamente el término de Djihad, englobando en él todo el despertar nacionalista, lo que le ha valido críticas acerbadas en Quebec. Sin involucrarnos en esa amalgama, sostenemos que el interés de su análisis radica en las relaciones que él determina entre la mundialización y el repliegue identitario, religioso u otro.

Según este autor este proceso determina que las fronteras nacionales sean muy permeables a la uniformización cultural (caracterizada por Mc World) que tiene por

efecto recrear las antiguas fronteras étnicas subnacionales del interior, favoreciendo así el repliegue identitario. Para resistir a la uniformidad paralizante de “la cultura pop americana” el integrismo opone una afirmación de la identidad centrada en la cultura religiosa. El integrismo islámico tiene todo a su favor al vilipendiar “la ola de ateísmo y de desenfreno” proveniente de Occidente, ante la victoria vertiginosa de los valores occidentales más vacuos, ligados al libre consumo de alcohol y a las películas pornográficas. Revestida de las quejas ampliamente justificadas contra la dominación occidental, el integrismo refuerza la recuperación del orgullo de las poblaciones islámicas del tercer mundo. Y, según Barber, las ideologías de Djihad y de Mc World, aunque antagónicas, se refuerzan mutuamente. Utilizan ambas, tanto una como la otra, medios de comunicación sofisticados para poder ejercer un poder hegemónico sobre las poblaciones a las que apuntan. Lo cual explica la emergencia de un discurso, de prácticas y reivindicaciones religiosas similares, en los cuatro confines del globo. En el contexto de la mundialización, el movimiento integrista islámico ha logrado sentar una red de apoyo y de promoción de su ideología a escala mundial. Constatar esto, no implica de ningún modo adherir a una teoría de la conspiración o a una teoría de efecto dominó. No hay necesidad alguna de creer en una fuerza maquiavélica y centralizadora imponiendo su voluntad a una masa de fieles dóciles. La realidad es otra completamente.

Puede hablarse de una red islámica internacional (algunos dicen islamista), en el mismo sentido en que algunos hablan de una red internacional del movimiento ecologista o feminista. Después de todo, los grupos integristas mismos no niegan su voluntad de exportar su modelo islámico a todas las comunidades musulmanas, no importa donde estén, según el concepto de la *da'wa* tan proclamado en los escritos de al-Mawdudi. Este objetivo explícito de los grupos integristas se traduce en concreto en un proselitismo activo, generosamente sostenido por los petrodólares, y por fieles donantes, inspirados en un ideal religioso no muy distante del ideal que anima a los integristas católicos, protestantes o judíos.

La red islámica está ampliamente descentralizada. Y aunque existen numerosos puntos de divergencia entre sus miembros, hay un punto en el cual parece haber consenso. Se trata de la búsqueda de un orden social caracterizado por la restauración de un sistema patriarcal tradicional y la instauración de un sistema político y social sometido sólo a las leyes religiosas de la Charia y a la exclusión de todas las leyes laicas. Las divergencias que dividen a los integristas “moderados” y “extremistas” conciernen principalmente

a los medios utilizados para alcanzar ese ideal. Las dimensiones metafísicas y políticas del integrismo están aquí íntimamente ligadas.

Se puede concluir esta parte subrayando que el primer efecto de la mundialización es el de haber creado las condiciones socioeconómicas que favorecen el repliegue identitario religioso. Y el segundo, es el de haber proporcionado las condiciones tecnológicas y políticas que abren la vía a la hegemonía de la ideología integrista, a escala mundial. Sin hacer gala de xenofobia, se puede afirmar que en el contexto de la mundialización, las pretensiones de un movimiento integrista, tienen todas las oportunidades de ser exitosas.

Las mujeres en el discurso integrista

La cuestión del rol y el status de las mujeres en la sociedad musulmana ocupa un lugar central en el discurso religioso islámico. El tema es inagotable para los predicadores de la corriente integrista que insisten en la necesidad de librarse de la influencia nefasta de Occidente, sobre todo en lo que concierne a las relaciones sociales de sexo.

Como en todo movimiento social, el discurso integrista no es ni homogéneo ni está exento de contradicciones. De manera general, se puede afirmar que en la perspectiva integrista, la mujer es exaltada en su condición de madre pero satanizada en su rol social y político. De ella deriva el mal. Es a menudo comparada al demonio y sus capacidades morales e intelectuales son denostadas, lo que no diferencia este discurso de los emitidos por el integrismo judío o cristiano.

Discurso religioso misógino

Dada la influencia de los tres grandes pensadores integristas mencionados más arriba (al-Banna, Qutb y al-Mawdudi), es pertinente examinar, aunque brevemente, su discurso sobre las mujeres, para comprender mejor el lugar que les acuerda el modelo integrista islámico. Hay que señalar que este discurso medieval se encuentra reactivado por organizaciones como la de los Hermanos musulmanes en Egipto. Algunas feministas egipcias como Sana' al Masri (al-Masri, 1989), en quien me inspiro aquí, hacen un análisis crítico del discurso religioso proveniente de esa organización, hoy considerada como tendencia "moderada" del movimiento integrista.

En cuanto al lugar reservado a las mujeres en la sociedad según al-Mawdudi, "las

mujeres según la tradición islámica deben rozar los muros cuando caminan en la calle, a punto tal que su velo se enganche.” (ibid: 45; traducción libre del árabe). Asimismo afirma que “en el casamiento es el hombre el que elige casarse, de igual manera que él decide del interés de su familia, mientras que la mujer no es libre de decidir sobre su destino, y sólo puede consentir su casamiento, pero no decidir por sí misma” (ibid:76). En cuanto a Sayyid Qutb, subraya que “el hecho que las mujeres salgan de su hogar para trabajar es una catástrofe que sólo se justifica por una necesidad absoluta” (ibid: 62).

Hasan al-Banna, cuyas prédicas son muy célebres, y aún hoy reeditadas y difundidas por sus adeptos, comentaba así uno de los *hadiths* (es decir los dichos atribuidos al Profeta) que recomienda a los hombres tratar bien a las mujeres porque han sido creadas de una de sus costillas. Pero en lugar de responder a lo que parecería ser la intención del mensaje, es decir la recomendación de tratar bien a las mujeres, al-Banna prefiere más bien demorarse en desentrañar el sentido oculto de la comparación de la mujer a una costilla, afirmando que “lo que hay que comprender en este haddith, es que la mujer ha sido creada a partir de una ‘costilla torcida’, y que su parte torcida es la de arriba. Y que si se intenta enderezarla, se arriesga quebrarla, y que en consecuencia más vale disfrutar de la mujer tal como es, a pesar de su forma combada”. Y agrega : “la parte más torcida de una mujer es su cabeza, mientras que la menos torcida es su corazón. Hay que tratar a la mujer según su naturaleza, con diplomacia, pero no sirve hacer uso de argumentaciones racionales o filosóficas con ella” (ibid: 37-38).

Esos propósitos no requieren más comentarios. Los escritos y discursos emanados de grupos integristas están repletos de alusiones misóginas que atentan contra la dignidad y la integridad de las mujeres. Ciertos predicadores muy populares como el Cheik Sha‘rawi de Egipto, recientemente fallecido, insiste mucho en la subordinación de las mujeres y su sumisión total a los hombres (Sha‘ravi, 1981 y 1990). Esta perspectiva misógina es difundida a través de los rezos, no sólo en las mezquitas pero también a veces en los medios masivos, controlados por el Estado.

Los grupos integristas se inspiran igualmente, de manera muy selectiva, en los *hadiths* y otros textos religiosos antiguos que ofrecen las interpretaciones más estrictas del Islam, tales como las obras de Ahmed Ibn Hanbal y de Ibn Taymiyya. Entre los *hadiths* que denigran a las mujeres y que integran el repertorio favorito de los grupos integristas, podemos mencionar aquel que afirma que “las mujeres carecen de inteligencia y de sentimientos religiosos”, o bien que “un felpudo en un rincón de la casa vale más que

una mujer estéril", o aún todavía que "es mejor para un hombre golpearse con una barra de hierro en la cabeza que rozar a una mujer que no le pertenece" (Al-Masri, 1989: 113-115). Y por último este hadith según el cual "el Profeta le habría preguntado un día a su hija Fátima: ¿Cuál es la mejor situación para una mujer? Y ésta respondió: que ningún hombre la vea jamás y que ella tampoco vea ningún hombre. A lo que el Profeta, le respondió con un abrazo, satisfecho con su respuesta." (ibid: 44).

Este último hadith es a veces invocado por tendencias extremistas que reclaman en nombre del Islam, la reclusión total de las mujeres, afirmando que, según el modelo ideal islámico, una mujer no debe salir más que tres veces en su vida: la primera, del vientre de su madre; la segunda de la casa de su padre (para ir a su casamiento), y la tercera para ir al cementerio (a su propio entierro). Por cierto este discurso que muchos consideran arcaico no refleja de ningún modo la realidad de las mujeres, ni en Egipto ni en la mayoría de los países islámicos, donde su participación en el mercado laboral es ya una realidad insoslayable.

Es importante subrayar que otras tendencias islámicas proponen interpretaciones menos restrictivas para las mujeres. Muchas de ellas, hasta llegan a cuestionar la veracidad de ciertos hadiths misóginos, destacando que contradicen el rol activo que las mujeres musulmanas tuvieron en los inicios del Islam, y no reflejan la actitud personal del Profeta, conocido por haber sido muy respetuoso con las mujeres. Como lo resalta Fatima Mernissi, una marroquí feminista (Mernissi, 1983), en los primeros siglos que siguieron a la muerte del Profeta, la fabricación de hadiths invocados por las corrientes conservadoras en apoyo de sus políticas era bastante usual y esos hadiths dudosos continuaron circulando libremente e influenciando las costumbres hasta nuestros días. Agregaré que aún siendo verdaderos, esos hadiths sólo estarían reflejando mentalidades de otra época. Querer servirse de ellos para establecer normas restrictivas para las mujeres musulmanas, en la víspera del tercer milenio, dimana de la demagogia y el oscurantismo religioso.

Restricciones múltiples para las mujeres

La insistencia de los integristas en que las mujeres musulmanas porten el velo (o *hijab*), ocultando el pelo y el cuello, es justificada por razones teológicas, culturales y morales, a la vez, en las que paradójicamente se mezclan valorización, protección y humillación de las mujeres. (Geadah, 1996: 60-65; 91-97). Moralmente, la portación del *hijab* es

justificada en principios de pudor (*hichma*) y por la necesidad de esconder el cuerpo femenino, considerado una fuente de deshonor (*aoura*). Socialmente, la presencia de las mujeres en el dominio público es tradicionalmente considerada como origen de caos social (*fitna*). Según el discurso integrista, sólo las mujeres con velo pueden ser consideradas virtuosas y dignas de respeto.

El velo, que tanto sorprende a la imaginación occidental, es el elemento más visible pero no el más coercitivo para las mujeres. Los grupos integristas insisten en su discurso sobre las jerarquías sexuales, la obediencia incondicional de las mujeres a su marido, el derecho de los hombres a la poligamia y su derecho a golpear a la esposa si ésta es desobediente (tal como lo admite un versículo del Corán). Un gran número de grupos integristas condenan también el trabajo remunerado de las mujeres, insistiendo en la necesidad de que se consagren enteramente a sus roles maternos y conyugales. Predican también la separación de los sexos en los lugares públicos y la exclusión de las mujeres de los espacios considerados masculinos.

Es evidente que la insistencia del discurso integrista sobre los valores y los textos religiosos más misóginos cumple una función política importante. Sirve para legitimar ante los fieles las numerosas restricciones que el movimiento integrista trata de imponer hoy en día a las mujeres, con el propósito de incrementar su dominio sobre el conjunto de la sociedad e imponer la aplicación rigurosa de las leyes religiosas de la Charia.

Impacto del integrismo sobre las relaciones sociales de sexo.

Es difícil negar el impacto del discurso integrista sobre las relaciones sociales entre hombres y mujeres, sobre todo en un contexto en el que la religión ocupa un lugar central y no periférico como en algunos países occidentales en los que la influencia religiosa está disminuyendo. Sin embargo evaluar ese impacto no es cosa fácil. Por una parte es difícil establecer una relación causal y por otra, cualquier evaluación es influenciada por la perspectiva de su autor.

Aún desde un punto de vista feminista, dos perspectivas se enfrentan a veces. Por una parte la perspectiva que consiste en poner el énfasis en las restricciones impuestas a las mujeres por el integrismo, para denunciarlo más eficazmente (Messaudi, 1995; Mernissi, 1991; El Saadawi, 1980). Por el otro el punto de vista que se esfuerza en iluminar los avances de poder de las mujeres que se derivan de la afirmación identitaria

islámica. (Hoodfar, 1993). La primera tendencia critica a la última por su condescendencia frente al integrismo, y ésta reprocha a la primera su actitud que tiene por efecto reforzar el imperialismo cultural de Occidente y su pretensión de superioridad moral sobre otras culturas. Hay suficientes razones como para desorientarse y entrar en confusión.

En mi opinión estas perspectivas diametralmente opuestas reflejan los dos aspectos de una realidad contradictoria. El movimiento integrista intenta de modo activo excluir a las mujeres del dominio público y de los espacios de poder, y más que nunca en la actualidad, tiene necesidad de las mujeres para lograr la difusión e imposición de su modelo al conjunto de la sociedad. Resultan de ello situaciones paradójales y a veces desconcertantes.

Dada la imagen despectiva de las mujeres que se encuentra en el discurso integrista, puede parecer completamente incomprensible que las mujeres puedan adherir a esta ideología misógina. Para comprender mejor el impacto social del integrismo, es necesario tomar en cuenta a la vez los aspectos coercitivos y valorizadores a los ojos de los fieles. No se puede de otro modo comprender la atracción de esta ideología sobre las mujeres que son sus primeras víctimas. Como toda ideología el integrismo se apoya en el principio del garrote y la zanahoria. Pero en mi opinión, su pujanza depende más de la seducción, que de la coacción.

Atractivo para las mujeres de la perspectiva integrista

Los escritos integristas afirman en todos los tonos, aunque de modo paradójal, que la mejor prueba del honor y elevado status concedido a las mujeres musulmanas en el modelo islámico, es su retención en la esfera doméstica y su exclusión de los espacios de poder y del ámbito político. Y de modo curioso, los alegatos justificatorios que sostienen esa perspectiva no carecen de racionalidad, ni de interés para las mujeres a las que concierne.

Para justificar su oposición al trabajo económico de las mujeres, que socava las bases de la subordinación femenina, el discurso le atribuye todos los problemas sociales modernos, tales como los elevados niveles de desempleo, los divorcios, los abandonos escolares, la delincuencia juvenil, etc. Además, de modo constante destaca las numerosas dificultades soportadas por las mujeres que deben trabajar fuera del hogar, sin dejar de asumir labores domésticas agotadoras. Seducen a las mujeres de clase media

desfavorecidas, que soportan ese doble fardo, mostrándoles las ventajas del modelo tradicional, en el que sólo los hombres asumirían la entera responsabilidad financiera de la familia (tal como se lo exige el Corán a los hombres).

En un contexto signado por la ausencia o insuficiencia de servicios sociales, y ante la gravedad de los problemas de transporte, de vivienda, de abastecimiento y otros, las mujeres que trabajan fuera del hogar soportan muchas desventajas. Razones pragmáticas más que religiosas llevan a un gran número de ellas a adherir al discurso integrista que invita a las mujeres a confinarse voluntariamente en su rol tradicional, dejando a los hombres el rol de proveedores del sustento familiar. Y muchas escogen esa solución, en la medida en que su situación financiera se los permite.

Sin embargo el modelo preconizado origina muchas contradicciones de orden práctico. Al condenar toda forma de emancipación de las mujeres, producto de la educación y la autonomía financiera, debe admitir que la educación de las mujeres les permite desempeñar mejor su rol de educadoras de las nuevas generaciones, y que su trabajo rentable es necesario ante las difíciles condiciones actuales. Además ciertas concesiones se imponen si se quiere respetar el principio de la separación de los sexos, de manera de poder ofrecer servicios profesionales a las mujeres, sin que deban recurrir a los hombres.

Consecuentemente, el discurso integrista moderado no condena la educación de las mujeres, ni su trabajo fuera del hogar, tal como lo hacen las tendencias más radicales. Se contentan con insistir con la separación de los sexos, en todos los ámbitos públicos, y en la exclusión de las mujeres de los espacios de poder. Insisten también en contenidos diferenciados en educación, para preparar mejor a las niñas para su rol "natural" de madres y esposas.

Para las mujeres obligadas a trabajar fuera del hogar y para aquellas que ambicionen seguir una profesión, los integristas moderados sugieren que al menos escojan una profesión en la que estarán al servicio de otras mujeres: educadoras, enfermeras, o incluso médicas (preferentemente, pediatras y ginecólogas). Y finalmente para quienes deseen comprometerse socialmente, el modelo islámico les ofrece la posibilidad de consagrar sus energías a promover la causa religiosa entre otras mujeres (Khan, 1995: 26).

De tal manera la corriente integrista moderada puede mostrarse magnánima con las mujeres y afirmar que no se las excluye del modelo islámico propuesto, a condición de que acepten el lugar que se les asigna. Esta corriente logró a veces la adhesión de

las capas más instruidas y más modernas, que terminaron por incorporar esos valores o por adoptar lo que se convirtió en la norma de respetabilidad.

La dificultad en conciliar el modelo tradicional con la realidad moderna es, que sin duda alguna, es una fuente de tensiones crecientes para las mujeres. Diría que el impacto restrictivo del integrismo es sufrido más duramente en un contexto de modernidad, donde las prácticas han evolucionado por el impulso de la urbanización, de la educación y de la entrada masiva de las mujeres en el mercado del trabajo. Esos cambios socioeconómicos encarados a mediados del siglo se aceleraron con la mundialización de los mercados, lo que convierte hoy en inoperante el aferrarse a una división rígida de roles sexuales tradicionales a la que el movimiento integrista es tan afecto. Resulta pues una situación conflictiva insoluble para muchas mujeres musulmanas, sobre todo de las capas medias desfavorecidas, tironeadas entre el retorno a los valores tradicionales, predicado con fuerza en nombre del Islam, y las realidades socioeconómicas que exigen de ellas la superación de su rol tradicional.

Estrategias múltiples del movimiento integrista

Aunque el discurso integrista promueve tradiciones coercitivas patriarcales y puritanas, tiene resonancias de liberación para las fieles. La adhesión a normas emanadas del integrismo se hacen mayoritariamente de modo voluntario. En efecto, el discurso religioso dominante incita a los fieles (hombre y mujeres, jóvenes y viejos) a promover ellos mismos los valores tradicionales, y a defenderlos, ejerciendo presión sobre los miembros de su entorno para devolverlos al camino recto⁶.

La violencia que apunta a las mujeres que se nieguen a adaptarse a la visión integrista forma parte de las estrategias del movimiento y parece aumentar, como testimonian los distintos hechos informados por los medios en Egipto y otros lugares. Las organizaciones de defensa de los derechos humanos en los países islámicos comienzan a interesarse de modo creciente en el tema y a documentar los hechos, pero los estudios al respecto son escasos y las estadísticas a menudo inexistentes. (Abd El Wahab, 1994). El vínculo entre el discurso integrista y la violencia contra las mujeres, a menudo fundamentado en convicciones morales o religiosas, merecería ser profundizado. Pero mas allá de la violencia, condenada por la mayoría de los fieles, los integristas apuestan a otras estrategias, menos draconianas.

En Egipto y otros países donde ha logrado implantarse, el movimiento integrista

comienza por infiltrar las instituciones educativas y culturales para mejorar el impacto de su influencia hegemónica. Los grupos integristas llevan a cabo un trabajo sistemático de edición y difusión de la literatura religiosa ofreciendo las interpretaciones más rígidas del Islam. Promueven este tipo de literatura a través de las mezquitas, las escuelas coránicas, los grupos comunitarios, pero también en los más altos niveles, en los establecimientos de enseñanza, los coloquios, los seminarios nacionales e internacionales, etc. Además, los pensadores islámicos, antiguos y modernos, que sostienen ideas más liberales y más favorables a la emancipación de las mujeres, se convierten en el blanco de los ataques de los integristas. Desde hace una década, hay una intensa campaña de desprestigio y ataques físicos y morales en Egipto, contra los intelectuales que se oponen a las interpretaciones integristas.

Mediante esta doble estrategia, el movimiento integrista mata dos pájaros de un tiro al reactualizar las interpretaciones más restrictivas e intolerantes del Islam y sofoca las tendencias filosóficas más liberales. Es lo que ha hecho que algunos pensadores afirmen que el Islam ha sido confiscado por el integrismo, el cual sin embargo sólo representa una tendencia entre muchas otras en la historia (al-Ashmawi, 1989; Foda, 1988).

Otra estrategia eficaz consiste en movilizar a las mujeres para atacar las ideas feministas. Recordemos que desde el inicio, la organización de Hermanos musulmanes se había dotado de una rama femenina, la de las Hermanas musulmanas, fundada en abril 1933, cuyo objetivo principal era el de allegar a las mujeres de los ámbitos populares a la perspectiva integrista y combatir las ideas feministas emergentes. Desde esta época, impulsado por un movimiento de independencia laico, mujeres egipcias, de origen burgués y beneficiadas por una instrucción superior, comenzaron a reclamar derechos económicos y políticos para las mujeres. Reagrupadas bajo la égida de las Hermanas musulmanas, cuyos miembros tenían lazos familiares con los de la organización madre, militantes islamistas se opusieron tenazmente a las ideas igualitarias, bajo el pretexto de que eran anti-islámicas e influenciadas por Occidente.

Actualmente los grupos integristas han puesto de nuevo en el orden del día esta acción política, sostenidos por militantes de nuevo estilo. A menudo, muy instruidas y visiblemente autónomas, estas militantes islamitas modernas se oponen firmemente a las ideas igualitarias, atribuidas a las feministas occidentales. Para ellas el objetivo de una igualdad entre hombres y mujeres es un absurdo que debe ser desestimado a cualquier precio. A sus ojos, sólo cuenta la igualdad ante Dios.

Las razones que llevan a algunas mujeres a adherir a la ideología integrista son múltiples

y variadas. Imbuidas de una exaltación de sus sentimientos religiosos o por su anhelo de afirmación identitaria frente a Occidente, estas mujeres se prestigian ante los ojos de su comunidad, lo que jamás habrían logrado de otra manera. Paradójicamente, su posición ambigua, aumenta su propio sentimiento de libertad y poder, a pesar de allegar agua al molino de quienes predicán su confinamiento al hogar y su exclusión de los ámbitos de poder.

Estas realidades contradictorias se suman a la confusión sobre el impacto social del integrismo y nos obligan a afinar más aún nuestro análisis. Conviene distinguir aquí entre interés práctico, a corto plazo, de un número de mujeres; y el interés estratégico, a largo plazo, del conjunto de las mujeres en una sociedad dada. El poder que el integrismo puede conceder a algunas mujeres, en el corto plazo y a nivel individual, se lo quita a largo plazo a nivel colectivo.

Retroceso de las conquistas de las mujeres

La influencia del integrismo se manifiesta cada vez más en todos los niveles y se traduce en acciones concretas que apuntan a refutar los derechos y conquistas de las mujeres. En Egipto, al igual que en otras sociedades islámicas, en el curso de las dos últimas décadas, el movimiento integrista ha desencadenado una ofensiva mayor contra las mujeres, centrada en el código de familia, el derecho laboral de las mujeres y sus derechos políticos.

Recordemos de modo sucinto que desde la revolución en Egipto, la Constitución como también una serie de leyes adoptadas acuerdan a las mujeres derechos políticos y derechos iguales a la educación y al trabajo. Es cierto que éstas no han sido refrendadas por medidas adecuadas, pero los grupos integristas cuestionan hoy en todas las tribunas los principios sobre los cuales se fundan las conquistas de las mujeres, aún cuando sean modestas e insuficientes. (NWRC, 1996:13).

Es así que un autor influyente tradicionalista, Mahmoud al-Gawhari, afirma que: La participación política de las mujeres cualquiera sea, está en contradicción fundamental con la Charia. Es una innovación herética importada de Occidente por los líderes de la Revolución que han descuidado la enseñanza del Islam ilustrada por el hadith que subraya que "ninguna sociedad puede tener éxito si es dirigida por una mujer". Ahora bien la actual participación de las mujeres en los ministerios, en el Parlamento y en los consejos municipales y populares significa una participación efectiva

del poder político, lo que no puede complacer ni a Dios ni a su Profeta. (al-Gawhari, sin fecha: traducción libre del árabe)

En otro escrito sostiene que:

Los derechos y libertades de las mujeres no deberían figurar en leyes ni en las constituciones, puesto que están reconocidos por Dios y el Islam. Y agrega que la total libertad es acordada a las mujeres por el Islam, siempre que no se oponga al honor y la respetabilidad (al-Gawhari, 1993: 21,22, 36; traducción libre del árabe).

A través del sesgo de esta última afirmación, a menudo invocada por los grupos integristas, se filtran toda suerte de restricciones que terminan por negar los derechos y libertades, pretendidamente reconocidos a las mujeres por parte del Islam y la Constitución.

Estos propósitos misóginos y otros del mismo tipo son retomados y ampliados por los medios masivos, de modo que son banalizados y sólo parecen escandalosos para un pequeño número de personas. Se destaca aquí el recurso a los hadiths y otros textos religiosos en apoyo de posiciones políticas surgidas de la corriente integrista. Esta estrategia de formidable eficacia, es utilizada de modo sistemático por los integristas, que oponen a toda argumentación racional laica argumentos metafísicos pretendidamente irrefutables. Esta modalidad bloquea eficazmente todo proceso democrático y conduce a un diálogo de sordos, en el cual los protagonistas evolucionan en dos niveles que no pueden unirse ni comprenderse mutuamente.

El riesgo para las mujeres, es que este discurso misógino integrista logre imponerse en el plano político. Ya con la elección de algunas simpatizantes en el Parlamento, los grupos integristas tratan de orientar de modo activo las políticas sociales en beneficio de su perspectiva restrictiva para las mujeres. Es así que hace unos años, el diputado Saad el-Din Sharif con el apoyo de otros, propuso una moción promoviendo el regreso a sus hogares de las funcionarias mujeres, ofreciéndoles medio salario, y una jubilación, ¡a los 40 años! .

Fervorosamente debatidas, esas dos mociones suscitaron oposición suficiente como para determinar su rechazo, pero otras iniciativas integristas fueron adoptadas.

En 1979, dos medidas que apuntaban a aumentar la participación política de las mujeres fueron aprobadas, en el marco de la década de las mujeres, declarada por las Naciones Unidas (1976-1985). Treinta plazas del parlamento fueron reservadas para las mujeres,

más de 25 % de los escaños en las asambleas regionales. Pero en 1987, bajo la ofensiva integrista, esas cuotas fueron abolidas por la Corte Suprema Constitucional. Con la abolición de los cupos la representación de las mujeres en el Parlamento egipcio cayó entonces del 6,7% en 1986 al 2% en 1996. Asimismo, en 1979, ciertas modificaciones menores fueron introducidas en el Código de Familia, para conceder el derecho a pedir divorcio en el caso de que el marido volviera a casarse, y el derecho a retener la vivienda familiar en caso de separación que implicase la guarda de los hijos por la mujer. Estas leyes que en nada contradicen la Charia, fueron cuestionadas por los integristas, que obtuvieron su modificación en 1985. (NWRC, 1996: 14-15).

Estos pocos ejemplos ilustran muy bien las nuevas estrategias integristas que consisten en utilizar crecientemente la herramienta jurídica para cuestionar las leyes y las decisiones políticas que les parezcan incompatibles con el ideal islámico perseguido. Esta estrategia se apoya en una campaña mediática contra el interés de las mujeres. Gracias al apoyo financiero de los petrodólares, las acciones jurídicas y mediáticas surgidas del integrismo tienen todas las chances de tener éxito. El arma jurídica y los medios de comunicación masiva resultan a veces más eficaces para implantar cambios duraderos en la sociedad que el recurso a la violencia física de un pequeño número de extremistas.

Esta es la razón por la cual yo afirmaba al principio que es un error reducir el integrismo a la sola manifestación del terrorismo o la violencia política.

Despertar feminista y laico

Frente al nuevo contexto, marcado por el traslado de la lucha del movimiento integrista hacia las esferas política y jurídica, un gran número de organizaciones e individuos se movilizan para defender los derechos de las mujeres amenazados por el integrismo. Desde 1985, se observa una recuperación de la vitalidad en las feministas egipcias que se organizan colectivamente para resistir los múltiples ataques integristas. Grupos autónomos de mujeres surgen aquí y allá, y comités de mujeres profesionales se constituyen o se reactivan en todos los ámbitos, tales como los partidos de oposición, las organizaciones sindicales, las asociaciones profesionales (abogados, cineastas, escritores, etc) y otros. Este esfuerzo de resistencia feminista ante la embestida del integrismo se inscribe en un movimiento de oposición más amplio, sostenido por intelectuales de tendencias políticas diversas, que expresan su hartazgo de la corriente

integrista, que concluye por negar los derechos fundamentales del conjunto de los ciudadanos.

Entre las mujeres de tendencia integrista "moderada", algunas también comienzan a criticar la exclusión de las mujeres y la negación de sus derechos. Rechazan las desigualdades instituidas y reivindican una lectura del Islam más conforme a las realidades socioeconómicas. Estas mujeres que han interiorizado ciertos valores patriarcales integristas, agregan por cierto al fenómeno un grado mayor de complejidad.

Conclusión

A la luz de lo precedente, puede concluirse que el impacto sobre las mujeres del integrismo es complejo, contradictorio y ampliamente negativo. Sin embargo a pesar que la ideología integrista sea a veces considerada como valorizadora a nivel individual, incluso para las mujeres, el modelo de sociedad que surge del integrismo es restrictivo para éstas, desigual y pobre en democracia. Es difícil minimizar el impacto negativo del integrismo, con el pretexto que la realidad escapa al modelo idílico preconizado. A pesar de las contradicciones ligadas al integrismo, éste tiene por efecto reducir el margen de libertad y negociación de las mujeres en su comunidad.

Otras cuestiones merecerían ser profundizadas mejor y me reprocharía no enunciarlas aquí, al menos.

Según la tesis de Barber (Barber, 1996), la mundialización económica y tecnológica que favorece la expansión del integrismo caracterizado por una moral estricta, favorece igualmente la dominación de la "cultura pop americana", asociada a una moral flexible.

Esta última ejerce una verdadera fascinación sobre los jóvenes del mundo entero y las sociedades islámicas no están exentas.

En mi opinión si el impacto de una parece hacer el contrapeso de la otra, los efectos combinados de esas dos ideologías no chocan entre sí, sino que se conjugan en detrimento de las mujeres y de su integridad física y moral.

La obsesión del movimiento integrista con las mujeres y su necesidad de controlarlas y excluirlas de los ámbitos de poder están vinculados directamente a la aculturación producida por la mundialización. Ante la impotencia por frenar tal evolución el control de las mujeres es convertido en una panacea dada la pérdida del control real sobre todos los demás aspectos de la vida.

Pero a pesar de todo, ¿sería acaso el integrismo una barrera eficaz contra el nefasto efecto de la dominación cultural originada en la mundialización? Barber demuestra que la alienación resultante del integrismo no es menos importante que la que surge del modelo occidental, igualmente dispuesto a todo para alcanzar sus objetivos.

El impacto de la mundialización de mercados que somete a millones de mujeres, hombres y niños al capitalismo salvaje, no sería menos devastador que la tiranía del integrismo. En efecto se podría argumentar sin dificultad que la pérdida de status de las mujeres musulmanas, que se observa en Egipto y otros países islámicos, no es causada sólo por el integrismo, basado en valores jerárquicos y desiguales, sino también por la integración abrupta de su sociedad a la economía mundial. (Geadah, 1993).

Agregaré que el integrismo basado en valores jerárquicos y desiguales no ofrece a las mujeres más que el espejismo de un refugio bajo el abrumador peso de tradiciones sofocantes. Que el movimiento integrista se sustente en reproches justificados contra el dominio occidental no lo convierte en un movimiento de liberación, de manera automática, como algunos parecen creerlo. No se advierte en qué medida el retorno a tradiciones patriarcales rígidas podría resolver hoy día los agudos problemas de paro, inflación, pauperización, desigualdades crecientes, y el resto.

¿Puede esperarse al menos que el movimiento integrista, de ningún modo homogéneo, logre evolucionar algún día y defina una nueva forma de partición equitativa para las mujeres? No pretendo aquí saldar una cuestión tan ardua, que divide tan profundamente a los medios intelectuales. Es cada vez más evidente la emergencia de contradicciones internas que arriesgan provocar la implosión del movimiento integrista, lo que hace incierto su porvenir, pero no comparto el optimismo de aquellos y aquellas que creen que las tendencias moderadas terminarán por corregir su trayectoria. El hecho que las mujeres adhieran al integrismo, a veces en gran número, o el hecho de que el movimiento se vea constreñido a acordarles ciertas concesiones para resolver sus propias contradicciones no me parecen garantía suficiente.

El rol de las mujeres y las tendencias moderadas que son garantes del integrismo al apoyar parcialmente sus reivindicaciones, es ciertamente importante, pero secundario en el seno del movimiento integrista, que ha comenzado a preocuparse por su imagen en el exterior, por razones que son sobre todo comerciales. Su rol consiste particularmente en revivir los blasones del integrismo, más que en debilitar las tendencias radicales que prosperan, se arraigan, y continúan fijando los objetivos y las prioridades del movimiento. En el seno del movimiento integrista la actual evolución

en curso de acción no parece orientarse hacia principios democráticos e igualitarios. Una expectativa favorable me parece que depende más de las fuerzas laicas y democráticas en el seno de las sociedades islámicas. Todavía minoritarias, esas fuerzas se están organizando para resistir mejor la perspectiva integrista y para enfrentar los numerosos desafíos emergentes de los actuales trastornos. En muchos países islámicos, el movimiento integrista está llegando a sus límites y la oposición laica se expresa más abiertamente. Queda por saber si esa oposición logrará abrir una vía alternativa a la hegemonía del poder religioso, sin por ello negar la necesidad espiritual de los individuos, ni aceptar la hegemonía de la mundialización. Eso dependerá en gran medida de la solidaridad que sabremos o no construir, más allá de nuestras diferencias, para sostener iniciativas que apunten a crear y sustentar espacios de libertad alternativos a los del mercado.

Traducción: Mara Guthmann y Yanina Guthman

NOTAS

- 1 Este artículo fue publicado en *Lectures féministes de la mondialisation: contributions multidisciplinaires*, Les Cahiers de L'Iref, editado por Marie-Andrée Roy y Anick Druelle, Universidad de Quebec a Montreal, Canadá, 2000. Se agradece al Instituto de Investigaciones y Estudios Feministas y a Yolande Geadali la autorización para su traducción y publicación.
- 2 Para más datos sobre la historia de esta organización ver Carré y Michaud, 1983.
- 3 Para un análisis más completo del activismo creciente del movimiento integrista en Egipto, ver Ibrahim, 1988.
- 4 Existe en Israel abundante literatura sobre el derecho religioso y la ideología integrista en el seno de la sociedad israelí. Esta literatura es poco conocida en los medios universitarios de América del Norte. Ver por ejemplo: Lustick, 1988; Kapeliouk, 1996: *The Shahak Papers*, así como las publicaciones y estudios de los grupos pacifistas y de la izquierda israelí. *The Shahak Papers*, es una serie de boletines no periódicos producidos y distribuidos por Israël Shahak, fundador de La Liga Israelí de los Derechos de las Personas, en las cuales traduce y comenta extractos del discurso fundamentalista israelí.
- 5 Para más detalles ver Geadali (1996: 165-200).
- 6 Para más detalles sobre este proceso, ver Geadali, 1996.

BIBLIOGRAFÍA

- Abd el Wabab, Leila Dr. 1994. *Al 'onf al oussari (La violence familiale)* Beyrouth: Dar al mada lel thakafa wal nashr, editor.
- Ahmed; Leila, 1992. *Women and Gender in Islam: Historical Roots of a Modern Debate*. El Cairo: American University en Cairo Press
- Al-Aslamawi, Saïd, 1989. *L'islamisme contre l'Islam*. Paris: La Découverte.
- Al-Banna. Hassan. 1966. *Mudhakkarat al da'wa wal da'iyā [Mémoires de prédications et de prédicateurs. 2º éd.* El Cairo: Dar al cha'b.
- Al-Gawhari, Mahmoud Mohamed. "s.d.". *Al akhwat al moslemat wa bina'a al usra al qur'ania [Les Soeurs musulmanes et l'édification de la famille coranique]*. El Cairo: édition al Da'wa. Tal como citado en *Kalif El Hijab*, de Sana' al-Masri. 1989, p.28
- Al-Gawhari, Mahmoud Mohamed. 1993. *Al okht al moslema asas al mogtama' al fadil [La soeur musulmane, fondement de la société vertueuse]*. El Cairo: Dar al tarzi' wal nashr al islamiya, editor.
- Al-Masri, Sana'. 1989. *Kalif El Hijab [Derrière le voile]*. El Cairo: Sina al nashr, editor.
- Al-Mawdudi, Abou El A'laa. "s.d.". *Al qanoun alislami wa turuq tandfidhihi (La loi islamique et son application)* El Cairo: sin mención de editor.
- Al-Mawdudi, Abou El A'laa. "s.d.". *Tafsir sourat el nour [Exégèse de la sourate La Lumière]*. Citado en *Khalif El Hijab*, de Sana' al-Masri. 1989, p.45.
- Asghar, Ali Engineer. 1992. *The Rights of Women in Islam*. Londres: C.Hurst & Co.
- Badran, Margot. 1991. "Competing Agenda: Feminists, Islam and the State in Nineteenth and Twentieth Century Egypt". En *Women, Islam and the State*, dirigida por Deniz Kandiyoti. Philadelphia: Temple University Press.
- Badran, Margot. 1995. *Feminist, Islam and Nation; Gender and the Making of Modern Egypt*. Princeton: Princeton University Press.
- Barber, Benjamin R. 1996. *Djihad versus McWorld. Mondialisation et intégrisme contre la démocratie*. Traducido del inglés por Michel Valois. Paris: Desclée de Brouwer.
- Carré, Olivier y Gérard Michaud. 1983. *Les Frères Musulmans (1928-1982)* Paris: Gallimard/Juillard.
- El-Guindi, Fadwa. 1981. "Veiling Infiath with Muslim Ethic: Egypt: Egypt's Contemporary Islamic Movement". *Social Problems*, vol 28, nº 4 (abril), p. 465-485.
- El-Saadawi, Nawal. 1980. *The Hidden Face of Eve: Women in the Arab World*. Londres: Zed Press.
- Esposito, John L. 1982. *Women in Muslim Family Law*. Syracuse: University Press.
- Foda, Farag. 1988. *Al hakika al ghaeba [La vérité absente]*. El Cairo: dar el fikr lil derasat walnashr waltarzi'.
- Foucault, Michel. 1977. "Le jeu de Michel Foucault". *Ornicar?*, Nº 10 (Julio). Citado por Colette St-Hilaire en *Quand le développement s'intéresse aux femmes; le cas de Philippine*. Paris: L'Harmattan.
- Geadah, Yolande. 1993. *Les femmes face à la crise économique en Égypte*. Montréal: Centre d'études arabes pour le développement.
- Geadah, Yolande. 1996. *Femmes voilées, intégrismes démasqués*. Montréal: VLB

ediciones.

Ghassoub, Mona. 1991. "Al Mara' al arabiya wa zoukouriyat al asala" [La femme arabe et la masculinité de l'authenticité]. Social Research Paper. Londres: Dar el saqi, no 8.

Hijab, Nadia. 1988. *Womanpower, The Arab Debate on Women at Work*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hoodfar, Homa. 1993. "The Veil in Their Minds and On Our Heads: The Persistence of Colonial Images of Muslim Women". *Resources for Feminist Research (RFR/DRF)*.

Vol. 22, n° 3 / 4 (automne/hiver), p. 5-18.

Hussain, Freda (dir.). 1984. *Muslim Women*. Great Britain: Billing & Sons Ltd.

Ibrahim, Saad Eddin. 1988. "Egypt's Islamic Activism in the 1980's". *Third World Quarterly* (abril), p. 632-657.

Kapeliouk, Amnon. 1996. *Rabin, un assassinat politique. Religion, nationalisme, violence en Israël*. Paris: Le Monde.

Keddie, Nikki R., et Beth Baron (dir.). 1991. *Women in Middle Eastern History*. New Haven et Londres: Yale University Press.

Khan, Maulana Waliduddin. 1995. *Woman in Islamic Shahri'ah*. New Dehli: The Islamic Centre.

Lustick, Ian S. 1988. *For the Land and the Lord: Jewish Fundamentalism in Israel*. New York: Council on Foreign Relations Press.

Macleod, Arlene Elowe. 1991. *Accommodating Protest: Working Women, the New Veiling, and Change in Cairo*. New York: Columbia University Press.

Marty, Martin E., et R. Scott Appleby. 1991. "Fundamentalisms Observed". T. 1 de *Fundamentalism Project*. Chicago: University of Chicago Press. Citado en *Djihad versus Mac World*, de Benjamin Barber. 1996.

Mernissi, Fatima. 1983. *Le harem politique. Le Prophète et les femmes*. Paris: Albin Michel.

Mernissi, Fatima. 1983. *Sexe, idéologie, Islam*. Paris: Tierce.

Mernissi, Fatima. 1991. *Le monde n'est pas un harem. Paroles de femmes du Maroc*. Paris: Albin Michel.

Messaoudi, Khalida. 1995. *Une Algérienne debout (entretiens avec Elisabeth Schemla)*. Paris: Flammarion.

Moghadam, Valentine M. 1993. *Modernizing Women, Gender and Social Change in the Middle East*. El Cairo: American University en Cairo Press.

Mourad Sobhi, Cheikh Moustafa. "s.d.". *Koul ma youhen al mar'a al moslema* [Tout ce qui importe à la femme musulmane]. El Cairo: Dar al roda.

NWRC (The New Woman Research & Study Center). 1996. *The feminist Movement in the Arab World: Interventions and Studies from Four Countries*. El Cairo: Dar el mostaqbal al arabi.

Qutb, Sayyid. 1949. *Al'adala al itima'iya fil Islam* [La justice sociale dans l'Islam]. El Cairo: Dar al kitab al arabi.

Qutb, Sayyid. 1982. *Ma'alim fil tariq* [Points de repères sur la route], reedición. El Cairo y Beyrouth: sin datos de editorial.

Rahman, Fazlur. 1982. *Islam & Modernity; Transformation of an Intellectual Tradition*.

- Chicago y Londres: University of Chicago Press.
- Shahak. "s.d.". Série de bulletins non périodiques publiés à Jérusalem (Israel Shahak, fondateur de la Ligue israélienne des droits de l'Homme).
- Sha'Rawi, Cheikh Mohanned Metwalli. 1981. *Al fatawi, kol ma youhim al moslem fi hayatohou wa yawmouhou wa ghadouh* [Les fatwas; tout ce qui concerne le musulman dans sa vie, son quotidien, son avenir]. El Cairo: Maktabat al koran.
- Sha'Rawi, Cheikh Mohanned Metwalli. 1990. *Al mara'fil koran el karim* [La femme dans le Coran]. El Cairo: Maktabat el Sha'Rawi el islamiya.
- Shoukri, Gali 1979. *Egypte, la revolution*. Paris : Le sycomore.
- Tucker Judith (dir.). 1993. *Arab Women: Old Boundaries, New Frontiers*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
- Venkatraman, Bharathi Anandhi. 1995. "Islamic States and the United Nations Convention on the Elimination of All Forms of Discrimination Against Women: Are the Sahri'a and the Convention Compatible?" *American University Law Review*, vol 44, no 5 (junio), p. 1949-2027.
- Zulur, Sherifa. 1992. *Reveiling, Reveiling: Islamist Gender Ideology in Contemporary Egypt*. Albany State: University of New York Press.

CAPÍTULO V

LA CONSTITUCIÓN DISCURSIVA DE LAS MUJERES PAKISTANÍES: ARTICULACIÓN ENTRE GÉNERO, NACIÓN E ISLAM *Nancy Cook*¹

Aquí, las mujeres siempre están padeciendo. Paren demasiados niños. Y permiten que los hombres las manejen como si fueran débiles. Este es su destino. No son vistas ni escuchadas. La condición de las mujeres pakistaníes, desde mi punto de vista, es un problema mayor.

Nilofer Orange, 1992 ²

El material que analicé en esta investigación sobre cómo las mujeres occidentales que residen en Gilgit, Pakistán, negocian su subjetividad en un espacio transcultural y postcolonial está permeado por el discurso que postula a la mujer islámica como pasiva y sometida al varón.³ Más allá de las transcripciones de las entrevistas, este discurso constituye, en parte, las subjetividades de las mujeres occidentales y de las nativas que viven e interactúan en la pequeña población montañosa de Gilgit (Foucault, 1978; Stoler, 1995). Las mujeres que participaron de la investigación no son las únicas. Numerosos y análisis feministas recientes “diagnostican” y despliegan las mismas explicaciones etnocéntricas, homogeneizantes y monocausales del status de la mujer en los países islámicos (Brooks, 1995; Ghoussoub, 1987; Haddad y Smith, 1996; Hassan, 1995; Mohammad, 1999). Esto ocurre a pesar del vasto corpus de literatura feminista postcolonial y postestructuralista que aconseja comprender cómo la categoría

“mujer” está discursivamente constituida en contextos específicos y contingentes, como también la identificación de la manera en que los diversos discursos se entrecruzan para constituir subjetividades de género y prácticas concretas. (Frankenberg, 1993; Mohanty, 1984; Spivak, 1985, 1988).

Mi intención es la de subvertir el concepto unidimensional de la “mujer islámica pasiva”, delineando la constitución discursiva de las prácticas y subjetividades de género en Pakistán entre 1947 y fines de la década de 1990. Específicamente, trazaré el punto de intersección de los discursos de género, independencia e Islam, durante aquel período, demostrando cómo dichos discursos se constituyen, se reproducen y se legitiman respectivamente. Aunque las mujeres pakistaníes practican individualmente estos discursos de maneras diferentes –de acuerdo a su ubicación en los discursos de clase, modernidad, etnicidad–, una de las regularidades irregulares (Foucault, 1980) de la formación discursiva tiene por resultado la construcción de una “mujer pakistani” idealizada, que sirve a los propósitos ideológicos de los líderes políticos y de los fundamentalistas islámicos. Por ejemplo, cuando los líderes políticos y religiosos confinan con su retórica, al igual que con las leyes, a las mujeres a la esfera privada, están modelando una “mujer pakistani” casi exclusivamente como esposa y madre. Este concepto de esposa y madre es funcional al sustento de los proyectos de construcción de nación y de identidad colectiva musulmana.

La resistencia organizada de las mujeres pakistaníes a este régimen disciplinario es un tema que atraviesa de manera desigual este texto. De acuerdo con Hammani y Rieker (1998) y con Sharoni (1994), las mujeres pakistaníes son partícipes sociales activas comprometidas con las negociaciones por el poder para socavar las concepciones materializadas por el orientalismo sobre la visión homogénea de las mujeres “islámicas”, consideradas como víctimas indefensas. No obstante, las limitaciones de espacio me impiden detenerme para enfatizar la resistencia de las mujeres pakistaníes, y las formas con las que individualmente desbaratan los discursos disciplinarios y sus prácticas, en el ejercicio de sus actividades cotidianas.

Un breve esbozo acerca del surgimiento del estado pakistani nos ayudará a contextualizar el tema de esta investigación. En 1940, Mohammed Ali Jinnah, futuro fundador del estado de Pakistán, presentó la Resolución Lahore a la Liga Musulmana (partido político fundado en 1905 para promover el programa de los terratenientes musulmanes de la India). Esta resolución dejaba inaugurado el Movimiento Pakistaní: una cruzada nacionalista en aras de un estado musulmán no teocrático e independiente, en el que

el Islam pudiera practicarse libremente, sin estar constreñido por el gobierno británico y por el Congreso Nacional de la India de orientación hindú. El programa de la Liga Musulmana, similar al de otros grupos colonizados que intentaban reafirmar la identidad musulmana a través de la independencia, se basó principalmente en el anticolonialismo (Shaheed, 1986). El Raj británico había impuesto leyes y prácticas que dejaban poco espacio a los súbditos musulmanes para el ejercicio del Islam en su vida diaria (Hasan, 1981). Jinnah incorporó a su lucha por la independencia y por una identidad nacional opositora, un sentimiento de identidad musulmana reprimida, el que unido a un creciente rechazo hacia el gobierno británico, se fue generalizando hacia Occidente. En sus esfuerzos por forjar un frente común musulmán, Jinnah representó a las mujeres musulmanas como un recurso vital del nacionalismo.

Jinnah compartía esta práctica de construcción y apropiación de las mujeres, para cimentar su objetivo de edificar la nación, con otros líderes nacionalistas de Sudasia y otras regiones. Yuval-Davis y Anthias (1989), en su estudio sobre la relación de las mujeres con los procesos nacionales y las prácticas estatales, proveen una tipología que es útil para entender el histórico entrecruzamiento de los discursos de género e independencia. Ellos identifican cinco maneras en las que las mujeres han sido constituidas discursivamente y utilizadas por los líderes políticos nacionales, es decir, como:

- a) reproductoras biológicas de los integrantes del estado
- b) propagadoras y defensoras de la ciudadanía pakistaní
- c) transmisoras de la cultura nacional
- d) emblemas de la identidad nacional
- e) participantes de las luchas de liberación nacional.

Un repaso del desarrollo histórico del estado pakistaní revela que diversos líderes políticos han producido estos discursos en diversos momentos para sustentar sus programas de construcción de una identidad nacional.

En la parte principal de este artículo he ampliado esta tipología al delinear cómo los discursos acerca del Islam —incluyendo el fundamentalismo islámico—, han intervenido con frecuencia en el acoplamiento de los discursos de género e independencia en Pakistán. Este triple entrecruzamiento ha fortalecido el régimen disciplinario y sus efectos sobre las mujeres pakistaníes. No obstante, dado que las formaciones discursivas son contingentes y están caracterizadas por una serie de rupturas y recuperaciones, esta

trilogía género-nación-Islam ha sufrido distintos desplazamientos con los cambios de gobierno. Como consecuencia de ello, nuevos espacios discursivos emergen y desaparecen continuamente allí donde los discursos tangenciales pueden influenciar las formaciones discursivas.

Mujer-Nación-Islam

Las mujeres como reproductoras biológicas de los integrantes del estado

Diversos regímenes políticos pakistaníes han erigido a las mujeres pakistaníes como reproductoras biológicas de la colectividad nacional. En el Movimiento por la Independencia de Pakistán de la década de 1940, Jinnah representaba a las mujeres pakistaníes como a las “madres de la nación”, las que encarnaban un poder político especial, aunque limitado. Willmer (1966), sostiene que esta utilización discursiva de las mujeres para la causa nacionalista musulmana fue sostenida dentro de un conjunto de discursos de género y modernización ya existentes, los que, a su vez, se basan en el status de las mujeres de la élite para evaluar el potencial de modernización de una política dada. Como consecuencia de ello, los discursos de género, independencia, Islam y modernización se interpolaron en el programa de la Liga Musulmana. Al incorporar estos discursos a su programa, el intento de la Liga Musulmana por emanciparse del Raj y del Congreso Nacional de la India tuvo una gran acogida entre las clases dominadas. Esta alianza significó también que los intereses de las mujeres de la élite musulmana fueran cooptados por los partidos nacionales, con lo cual se impidió el desarrollo de un movimiento feminista moderno.

Jinnah incitaba a todas las mujeres a renunciar a sus necesidades e intereses, y a los de sus hijos, como una vía para sustentar el desarrollo patriótico del Islam. En un discurso pronunciado en Radio Pakistán en 1948, afirmaba que las mujeres privilegiadas debían asumir el liderazgo, “no sólo en sus hogares sino también ayudando a sus hermanas menos favorecidas en esa gran tarea” (citado por Hasan, 1981, 71). Este discurso plantea una identidad para las mujeres en tanto madres y esposas que nutren, apoyan, socializan y se sacrifican por el bien de la nación. Las mujeres son persuadidas para que acepten su confinamiento en el hogar y la familia, para reforzar al nacionalismo, algo que la mayoría de las mujeres musulmanas estaban dispuestas a hacer por Jinnah. Como

Hatem (1993, 45), señala en otro contexto, “la incorporación de las mujeres al cuerpo de la política como ciudadanas, está basada en la premisa de su aceptación del nacionalismo como único discurso aceptable”.

Aunque las mujeres pakistaníes se constituyeron como esposas y madres sacrificándose por la nación musulmana, en el seno de la Liga Musulmana las mujeres de la élite, incluyendo a la hermana de Jinnah –Mohtarma Fatima Jinnah–, gozaron de libertad discursiva y de movimiento durante el período parlamentario de la historia de Pakistán (1947-1957), y pudieron promover los derechos de la mujer y su participación pública (Haq, 1996). Esta libertad fue aumentando durante los sucesivos gobiernos, a medida que los discursos de género, independencia y modernidad se vinculaban más estrechamente entre sí, provocando el desplazamiento del discurso del Islam hacia la periferia. Por ejemplo Ayub Khan, quien llegó al poder a través de un golpe militar en 1958 y, posteriormente, Zufikar Ali Bhutto (1969-1977), se concentraron en la modernización de Pakistán, identificando el status obtenido por la mujer como un importante indicador de su éxito. Ambos aprobaron leyes –incluyendo la constitución de 1973– que otorgaron mayores derechos a las mujeres en el matrimonio, divorcio, mayores oportunidades educativas, planificación familiar y empleo.⁴ En 1977, con el golpe militar (1977-1988) del general Zia-ul-Haq, la construcción de género-independencia-modernización se modificó abruptamente. Los discursos del Islam fueron recuperados a expensas de la modernización aunque su naturaleza se alteró radicalmente.

En un esfuerzo por justificar la ley marcial, que carecía de una base de sustento social (Gardezi, 1985), Zia inició un proceso de islamización con el apoyo de los partidos de derecha fundamentalistas y religiosos, tales como el Jama'at-I-Islami. Estos fundamentalistas clamaban que cualquier cosa “moderna” era una herramienta de penetración del imperialismo occidental. En oposición a lo “moderno”, ellos argumentaban que las bases de la sociedad islámica se fundan en la segregación sexual de la mujer y en la obligación recíproca de los sexos. Este orden socio-moral alternativo podía, simultáneamente, combatir el neocolonialismo y reafirmar una “verdadera” identidad musulmana (Haeri, 1995). Al promover los valores de una religión única y de la identidad nacional, así como del honor moral del Islam, los fundamentalistas islámicos se convirtieron en los mayores defensores de la legitimación discursiva del régimen militar de Zia.

Zia supo explotar el aspecto reaccionario del Islam para justificar la destrucción de la

sociedad civil y la implementación de leyes represivas. Los cambios legislativos, incluyendo las restricciones a la planificación familiar y a la legislación anti-aborto, renovaron y fortalecieron la constitución discursiva de las mujeres como reproductoras biológicas de la nación. Las políticas de islamización reforzaron el confinamiento de las mujeres en sus hogares. Por ejemplo, las mujeres trabajadoras eran percibidas como una amenaza debido a su moral “laxa”, la que ostensiblemente debilitaba los valores nacionales, musulmanes y familiares.

Mediante el decreto Hudood (1979), se estableció un criterio más limitado para juzgar las violaciones y se incluyeron la fornicación y el adulterio en el código criminal, determinando un contexto legal en el cual las mujeres eran disciplinadas –por ellas mismas, por sus familias y por el estado– para confinarlas en sus hogares donde estarían menos expuestas a ser violadas (Mehdi, 1990).⁵ La ley disciplina la conducta de las mujeres y su libertad de movimientos al construir una identidad femenina vulnerable que necesita ser protegida de los extraños por los varones de la familia. Las mujeres son inducidas a permanecer a salvo en sus hogares, criando niños en un ambiente de reclusión familiar.⁶

La dictadura de Zia despertó en las mujeres la necesidad de organizarse para la resistencia. A pesar del ambiente hostil a las protestas, las mujeres de clase media urbana comenzaron a estudiar el Corán por sí mismas, decididas a reinterpretarlo considerándolo más bien una ideología enriquecedora que represora (Ayubi, 1995). También enfrentaron a la junta de Zia creando un movimiento oficial de mujeres en 1981, el Women's Action Forum (WAF). Al congregarse numerosos grupos de mujeres bajo la bandera de la WAF, las feministas estuvieron en condiciones de organizar la lucha colectiva, definiendo el sesgo de los debates acerca del status de la mujer bajo la ley marcial y la islámica (Gardezi, 1990). Pero, finalmente, no lograron frenar el programa de islamización de Zia. Más adelante discutiré el persistente legado de Zia en los años '90.

Las mujeres como difusoras y defensoras de la ciudadanía pakistaní

Las mujeres pakistaníes también fueron erigidas a través de la legislación estatal en defensoras de la ciudadanía pakistaní. Las manifestaciones de nacionalismo tanto

simbólicas como materiales, se expresan más fuertemente con la asignación de la ciudadanía. Este es un proceso atravesado por el género (Joseph, 1996). El estado necesita especificar quienes están en condiciones de reclamar una ciudadanía legítima, ya que los potenciales ciudadanos se identifican con múltiples agrupaciones sociales, muchas de las cuales pueden significar una amenaza para la demarcación de las fronteras y la identidad nacional. El estado produce con frecuencia discursos de género, como también de clase, etnicidad y religión, para establecer diferencias entre los políticos e instituir una identidad nacional.

En los primeros años que siguieron a la independencia de Pakistán, la construcción de una identidad musulmana, antioccidental, se convirtió en un imperativo del nuevo estado. Los líderes de éste reconocían que su objetivo se vería reforzado con el establecimiento de una identidad nacional sólida. El Acta de Ciudadanía de Pakistán fue aprobada en 1951. Se trata de una ley que consolida los discursos articulados de género, independencia e Islam para constituir a las mujeres pakistaníes en sostenes de la nacionalidad. El Acta de Ciudadanía prohibía a las mujeres musulmanas casadas con hombres extranjeros o no musulmanes, la transmisión de su ciudadanía pakistaní a sus hijos. En cambio, permitía que los hijos de hombres musulmanes casados con mujeres no musulmanas, pudieran convertirse en ciudadanos. La legislación controlaba la manera en que las mujeres pakistaníes engendraban a sus hijos al estipular que los legítimos ciudadanos pakistaníes debían ser hijos de un padre de "auténtica" identidad musulmana. Debido a que los hijos obtenían la ciudadanía musulmana – y los derechos concomitantes – a través de sus padres y no de sus madres, quedó establecida una conexión explícita entre los padres y la ciudadanía nacional (Joseph, 1996). A las mujeres pakistaníes se les negaba el derecho a transmitir su ciudadanía a los hijos de padres no musulmanes con el objeto de reforzar una ciudadanía musulmana patriarcal. Se convertían en ciudadanas sólo como apéndices de sus maridos y padres. Al conferirles los derechos de ciudadanía, el estado constituyó y utilizó a las mujeres como reproductoras de las fronteras de la nación islámica, a la vez que les negaba la ciudadanía como un derecho propio.

En abril de 2000, el gobierno del general Pervez Musharraf reformó la sección 5ta. del Acta de Ciudadanía de 1951 conforme al Decreto 2000 de Ciudadanía de Pakistán. Este decreto dispone que los hijos de mujeres pakistaníes casadas con hombres no musulmanes también acrediten para obtener la ciudadanía pakistaní. Esta enmienda

releva a las mujeres de su rol de guardianas de la identidad nacional, debilitando la trilogía discursiva género-nación-Islam.

Las mujeres como transmisoras de la cultura nacional

Al estructurar a las mujeres como “madres de la nación”, Jinnah las representó implícitamente como “transmisoras de la cultura de la nación”. Produjo entonces discursos de género, independencia e Islam para constituir a las mujeres como esposas y madres confinadas a la esfera privada. Como tales, las mujeres fueron construidas como las principales socializadoras de la juventud, responsables de perpetuar los símbolos culturales musulmanes y su estilo de vida. Los discursos de modernización, que a partir de Jinnah comenzaron a obtener apoyo político, desbarataron la formación discursiva de género-independencia-Islam y produjeron un espacio discursivo en el cual algunas mujeres podían ejercer identidades suplementarias fuera del hogar, perdiendo, aunque en forma leve, su vínculo exclusivo con los niños. El proyecto de islamización de Zia, al promover el fundamentalismo islámico, devolvió a las mujeres al hogar coercitivamente, en el que debían ocuparse sólo de sus obligaciones de reproductoras de la ideología.

Por ejemplo, la Ley Probatoria de Zia de 1984, estipula que la corte requiere el testimonio de dos hombres o de un hombre y dos mujeres para condenar un crimen, materializando en la legislación la noción de que el juicio de las mujeres tiene la mitad de capacidad que el de los hombres (Doumato, 1995). La ley actúa bajo la premisa de que la función reproductiva y socializadora de las mujeres las incapacita para responsabilidades públicas tales como la participación política y laboral, y consecuentemente, que su importancia principal es la de ser esposas y madres socializadoras de la juventud en la cultura islámica.

110 Los jefes de familia varones utilizan y legitiman a menudo estos discursos sobre género e Islam, para denegar a muchas mujeres que no pertenecen a la élite, oportunidades de estudios académicos. O al menos intentan disuadirlas de proseguir esos estudios. Argumentan contra la educación de las mujeres de acuerdo con la lógica según la cual, las actividades académicas interfieren con el rol principal de las mujeres que es el de ser esposas y madres, que la participación pública y económica de las mujeres es culturalmente inapropiada y que las mujeres deben ser obedientes en casi todas las

circunstancias (Moghadam, 1993). El discurso de la obediencia de las mujeres se basa en la premisa de que ellas ceden sus derechos a pensar, actuar y expresarse de modo independiente, incluyendo oportunidades de empleo y educación. El bajo nivel de alfabetización entre las mujeres pakistaníes (Malik, 1995) –uno de los efectos del entrecruzamiento entre los discursos de género e Islam–, hace que estén retenidas en sus hogares donde son económica y psicológicamente dependientes.

Esta reclusión coercitiva de las mujeres en sus hogares resulta de alguna manera paradójica dado el perfil de los fundamentalistas que la han propuesto. Contrariamente a la creencia popular, los fundamentalistas en Pakistán, no pretenden ser expertos en teología, sino son jóvenes campesinos, con dificultades de expresión idiomática, que emigraron a la ciudad en busca de trabajo y a los cuales, su carencia de educación y sus recursos limitados les privan de derechos en las esferas económica, social y política (Ayubi, 1995, Stowasser, 1993). Son “activistas de las escrituras” populistas, cuyo programa es convertir el pensamiento islámico en una práctica sagrada con miras a establecer relaciones sociales más igualitarias, un acto fundamentalmente político, no religioso (Stowasser, 1993). No obstante, las nociones fundamentalistas de igualdad no incluyen a las mujeres, ya que éstas han sido erigidas en el fundamento invulnerable de la sociedad islámica.

La Ley de Evidencia Probatoria, al resultar extremadamente discriminatoria, incitó a las mujeres pakistaníes a protestar masivamente de modo inédito en el país. La WAF demostró su disconformidad con el anteproyecto de ley a través de conferencias públicas, grupos de discusión, resoluciones y eventos artísticos. La protesta alcanzó su clímax en febrero de 1983, cuando las organizaciones de mujeres marcharon unidas por la Mall Road, en Lahore. Planeaban concluir la marcha con una sentada en los alrededores del Palacio de Justicia, donde el Presidente de la Corte Suprema, al oír sus canciones y sus poemas, se viera compelido a recibir un memorándum en contra del proyecto de ley. A pesar del tono pacífico de la manifestación y la protesta de las mujeres, la policía replicó con violencia. Cercó a las manifestantes con disparos de gas lacrimógeno, las golpeó hasta que muchas de ellas resultaron gravemente heridas, y arrestó a 50 mujeres. En lugar de sentirse derrotadas, las manifestantes decidieron continuar su lucha programando acciones futuras y reforzando la solidaridad.⁷ La continua resistencia de las mujeres a la Ley Probatoria obligó al gobierno a demorar la aplicación del decreto durante dos años. Sin embargo fue ratificado en octubre de 1984.

Las mujeres como emblemas de la identidad nacional

Zia convirtió a las mujeres pakistaníes en verdaderos emblemas de la identidad nacional dando una nueva vuelta de tuerca respecto a la intersección de los discursos de género, independencia e Islam. Estas “mujeres no solamente enseñan y transmiten las tradiciones culturales e ideológicas del grupo nacional, constituyen su verdadera representación simbólica” (Yuval-Davis y Anthias, 1989, 8). Al constituirse como esposas y madres, las mujeres pakistaníes se convierten a la vez en una excusa y en un emblema de autenticidad cultural. Apropiándose de los discursos islamistas antiimperialistas y defendiendo una “auténtica” identidad musulmana, Zia delineó una distinción cultural en los cuerpos concretos de las mujeres pakistaníes, a través de su desplazamiento en el espacio y de su conducta sexual. La conducta “sexual apropiada” de las mujeres comenzó a controlarse legal y moralmente ya que las mujeres eran vistas como el emblema del “ser” musulmán. Esta preocupación por la conducta sexual y moral de las mujeres deriva tanto del hecho de que “la cuestión femenina” forma parte de los escasos aspectos legislativos del Corán, como de la convicción fundamentalista de que los “buenos” musulmanes deben poder ser identificados fácilmente a través de una vestimenta adecuada, prácticas poligámicas y reglamentaciones del adulterio (Keddie, 1990). De acuerdo con los fundamentalistas, las mujeres que reclaman para sí el rol adecuado de esposas y madres, restablecen el orden socio-moral islámico. La vestimenta de las mujeres, sus asuntos domésticos y su conducta constituyen pues, lo que Keddie denomina un “emblema de ideología” islámica (101). De acuerdo con las palabras de Stowasser (1993, 22), la “cultura, la religión y la moral se elevan y decaen con las mujeres musulmanas”.

La purdah es una forma institucionalizada de restringir los códigos de conducta de las mujeres. Este sistema social y espacial de segregación sexual, en el que las mujeres están aisladas de los hombres que no pertenecen a la familia, fue sancionado por Zia para que las mujeres dependan económicamente de los varones de la familia y también para afirmar su “función” de esposas y madres. Más aún, la purdah protegía a las mujeres de los peligros de la esfera pública a la vez que salvaguardaba el honor familiar al mantener el recato femenino.

Rauf (1987) identifica cuatro principios en los que se basa la purdah:

- a) las mujeres no deben reunirse con hombres que no integran su parentesco inmediato;
- b) las mujeres deben ser separadas y vigiladas físicamente a partir de la pubertad;

- c) los hombres tienen la responsabilidad de ser el sostén de la familia mientras que las mujeres el de ser las reproductoras de la familia;
- d) las mujeres deben vestirse, moverse, comportarse, pensar y representarse a sí mismas de acuerdo a modelos culturales apropiados.

Por lo tanto, la responsabilidad moral se sustenta básicamente en la mujer. Estos principios están instituidos a través de la división del espacio (entre el adentro y el afuera del hogar y los lugares femeninos y masculinos dentro de éste) y de la obligación de usar el velo.

En Pakistán el uso del velo adquiere diversas formas, desde la dupatta que se asemeja a un chal o bufanda hasta la burqa que cubre enteramente de la cabeza a los pies. Y que, como símbolo, tiene todo un rango de significados, según el contexto social y político en el que es utilizado. Mientras que los fundamentalistas quieren que las mujeres se cubran completamente en público como muestra de su recato, identidad musulmana y segregación sexo-espacial, las mujeres pakistaníes, como sus contrapartidas musulmanas en otros lugares, varían los grados de utilización del velo y también sus significados:

- a) no querer incitar sexualmente;
- b) promover una cultura erótica;
- c) protegerse en público del acoso sexual;
- d) expresar costumbres urbanas y el haber escapado de los pueblos (donde el velo es menos común);
- e) ocultar su vestimenta de clase baja;
- f) apoyar al movimiento fundamentalista, rechazar los valores occidentales y afirmar el nacionalismo;
- g) despertar una reacción pública favorable y cumplir con las normas del grupo;
- h) aspirar a una carrera o posición que de otro modo no podrían lograr
- i) simbolizar su status (Abu-Odeh, 1992; Afshar, 1994; Bulbeck, 1998; Hammami y Rieker, 1988; Mohammad, 1999).

Aunque muchas mujeres pakistaníes llevan una vida segregada de acuerdo con los preceptos de la purdah, la mayoría no lo hace y tampoco puede cumplir estrictamente con las directivas de vestimenta y límites debido a contingencias económicas y laborales. En consecuencia, la dupatta y el chaddor son más comunes en Pakistán que la burqa. No obstante la flexibilidad de su significado, Hammami y Rieker (1988, 93) afirman que "el velo continúa simbolizando –como en forma constante lo ha hecho

históricamente— la pertenencia a una clase social”. Las mujeres privilegiadas en Pakistán, que tienen acceso a holgados recursos económicos, están más rigurosamente reguladas por la purdah que la mayoría de las mujeres trabajadoras y de clase media (Shaheed, 1986). Las restricciones de la purdah se aplican con frecuencia más estrictamente entre las mujeres pertenecientes a las familias terratenientes rurales —dentro de un contexto feudal— para negarles acceso a sus recursos y a la esfera pública. De este modo se impide que se movilicen en contra de los hombres de su clase social y de la clase dominante monopólica de los terratenientes. A pesar de ello, algunas mujeres de clase media baja también eligen seguir las estrictas regulaciones de la purdah para diferenciarse de las mujeres de la clase trabajadora (Shaheed, 1986).

Como parte de su identidad musulmana y de su estrategia de construcción de la nación, Zia trazó una distinción cultural entre Pakistán y Occidente, invistiendo con ella los cuerpos de las mujeres. Reforzó y extrapoló los principios de la purdah, un sistema generalizado de clases sociales, como parte de su programa para restablecer un orden socio-moral islámico. Al controlar los movimientos de las mujeres y su conducta sexual, Zia las constituyó como el emblema de lo que significa ser una “buena musulmana”. Queda por resolver si la mayoría de las mujeres musulmanas que se cubren con el velo lo hacen porque de hecho se estructuran a sí mismas como “símbolos ideológicos”; o si simplemente se cubren para moverse en público sin impedimentos, tener acceso a una educación u ocultar sus ropas gastadas. La cuestión permanece abierta.

Las mujeres como participantes en las luchas de liberación nacional

En la época del Movimiento Pakistaní y durante los primeros años del nuevo estado, Jinnah buscó firmemente la adhesión de las mujeres de la élite a la lucha por un estado musulmán no teocrático. Con ello, reforzó la intersección de los discursos de género, independencia e Islam. Como parte de su estrategia para movilizar a las mujeres musulmanas para la causa nacionalista, en las giras realizadas con su hermana Fátima, abogaba por la organización de filiales femeninas de la Liga Musulmana en los principales centros urbanos, poniendo en primer plano su apoyo a los derechos de las mujeres a la vez que expresaba su desprecio ante la subordinación social de éstas. No obstante, Jinnah y otros líderes musulmanes, deliberadamente, construyeron una historia del movimiento pakistaní que movilizó políticamente a las mujeres, aún cuando

ellas nunca obtuvieron la promesa de poder ocupar cargos políticos en la nación que se estaba proyectando (Willmer, 1996). Una vez constituido el estado pakistaní, las mujeres se encontraron con que la Liga Musulmana se comprometía más con el discurso de independencia que con el de modernización. El Movimiento de Pakistán cooptó los intereses de las mujeres de la élite sin elaborar, a cambio, ningún programa específico para ellas. Este abandono dejó al margen los intereses de las mujeres en el marco del nuevo estado, y permitió que Jinnah elaborara una "modernización" para mujeres dentro de una estructura nacional islámica. Por ejemplo, cuando se convocaba a las mujeres a contribuir al esfuerzo nacional, se les pedía hacerlo sólo de manera "apropiada", es decir, como educadoras y soportes de la causa y de su implícita ciudadanía masculina. Las mujeres fueron destinadas a la Guardia Nacional de Mujeres de Pakistán y a la Reserva Naval de Mujeres de Pakistán, aunque con el objetivo principal de apoyar a los hombres, siendo asignadas a los puestos de telegrafistas, mecanógrafas y enfermeras (Mumtaz y Shaheed, 1987). Al producir de manera selectiva discursos de género, modernización, independencia e Islam, Jinnah erigió a las mujeres pakistaníes en partícipes vitales de la lucha por la liberación nacional, valiéndose también de ellas para la construcción de la identidad musulmana, pero sin permitir que esto excediera las necesidades de la nación o del Islam.

EL legado de Zia

En la medida en que los discursos del Islam han intervenido con frecuencia en el ensamble de los discursos de género e independencia en Pakistán, sus efectos disciplinarios sobre las mujeres pakistaníes se han intensificado. No obstante, las rupturas de estas formaciones discursivas, provocadas por medio de los discursos de modernización durante el período medio de la historia pakistaní, dejaron un espacio de maniobra para algunas mujeres. El programa de islamización de Zia, al rechazar los discursos de modernización tildándolos de imperialismo occidental, atrincheró nuevamente la trilogía género-independencia-Islam. Y no ha sido fácil, en los años posteriores al gobierno de Zia, provocar la ruptura de esta formación discursiva. La ley marcial fue reemplazada por una democracia pluralista luego del asesinato de Zia en 1988. Los ciudadanos, irritados por la tiranía de Zia, eligieron a Benazir Bhutto (1988-1990), quien prometió continuar el programa modernizador de su padre. El hecho de que una mujer fuera elegida primera ministra mostraba tanto el extendido

descontento general amplio con el programa de islamización de Zia como con el discurso elitista de las mujeres que lo apoyaron. De manera no sorprendente, Bhutto fue incapaz de derogar muchas de las iniciativas de Zia, a pesar de las promesas efectuadas en la campaña de derogar el Decreto Hudood. La fundamentalista Jama'at-I-Islami continuó ejerciendo poder debido a sus vinculaciones con el estado. Bhutto mantuvo una posición defensiva frente a los fundamentalistas que cuestionaban su credibilidad como líder musulmana femenina. Además, resultaba difícil modificar la consolidación de los discursos de género, independencia e Islam en la legislación y en las prácticas socio-culturales, como también el poder de los militares—sostenidos por la ayuda militar y económica de los Estados Unidos— (Gardezi, 1985). Estos factores frustraron los esfuerzos de Bhutto para imprimir un sesgo moderado a su gobierno. Sin embargo, pudo nombrar juezas mujeres, abrir bancos y puestos de policía para mujeres, restaurar la libertad de prensa, y sacar a las mujeres de sus hogares para que participaran de la vida pública y política (Haq, 1996).

En contraste con Bhutto, Main Nawaz Sharif (1990-1993, 1997-1999) —quien primero lideró la Alianza Democrática Islámica y posteriormente la Liga Musulmana— convirtió al partido Jama'at-I-Islam en parte integrante de su coalición de gobierno para combatir la inestabilidad política y legitimar su mandato. Reanudó el proceso de islamización comenzado por Zia y recuperó una vez más la trilogía. Específicamente se concentró en perfilar las instituciones y los acuerdos sociales conforme a la Shari'a, es decir la tradicional legislación socio-religiosa del Islam. La conducta sexual y moral de las mujeres fue nuevamente monitoreada por el estado, ya que Sahrif reforzó los Decretos y censuró las representaciones culturales femeninas. (Pakistan News Service, Nov. 2, 19997). Como respuesta, las mujeres pakistaníes constituyeron Mujeres contra la Violación (1990) y desafiaron el Decreto Shariat como así también la segregación de las mujeres en la universidad.

El gobierno de Nawaz Sharif fue derrocado por un golpe militar en octubre de 1999 y actualmente, el país está gobernado por el presidente general Pevez Musharraf. Contrariamente a los líderes militares que lo antecedieron, Musharraf está dejando de lado los discursos represivos del Islam en favor de aquellos que circulaban durante el mandato de Bhutto. Se ha comprometido a desterrar los duelos de honor y la violencia contra las mujeres, a promover la alfabetización femenina, estimular la participación pública de las mujeres y, lo más importante, a modificar el Decreto Hudood (Pakistan News Service, Sept. 6, 2000; Pakistan News Service, Oct. 22, 2000). No obstante ello,

los fundamentalistas aún ejercen considerable poder e influencia a lo largo del país, especialmente mediante su apoyo a los Talibán en Afghanistan (Pakistan News Service, Nov. 3, 2000). Recientemente Musharraf incorporó a dos eruditos religiosos (ulema) a la Comisión Nacional de la Mujer. Las líderes de la WAF criticaron los nombramientos como parte de una política destinada a apaciguar a “los partidos extremistas de línea dura” (Pakistan News Service, Sept. 7, 2000). Pese a que el gobierno de Musharraf no puede considerarse formalmente una democracia, los discursos del Islam que él ha puesto en circulación pueden ampliar el espacio de maniobra de las mujeres pakistaníes.

Conclusión

He intentado seguir los lineamientos teóricos de las feministas postcoloniales y postestructuralistas para demostrar cómo se ha desarrollado a lo largo del tiempo la constitución discursiva contingente y multifacética de las subjetividades y prácticas de género en Pakistán. Para comprender más adecuadamente la intersección de los discursos de género e independencia en el proceso de subjetivación, he incrementado la tipología propuesta por Yuval-Davis y Anthias para demostrar cómo los discursos sobre el Islam han intervenido en esta conjunción cuando los líderes fundamentalistas y no religiosos se apropiaron de ellos, legitimándolos. El trazado de la inflexión de los discursos de género, independencia e Islam, me impide caer en explicaciones monocausales y homogeneizantes acerca de la situación de la mujer pakistaní y de su resistencia a los discursos del poder. También está demostrado como la formación discursiva género-nación-Islam crea una herramienta ideológica –la mujer pakistaní “ideal”– que luego es utilizada por los líderes religiosos y políticos para la construcción de prácticas de nacionalidad e identidad musulmana.

Esta triple intersección, caracterizada por diversas rupturas y recuperaciones a lo largo del tiempo, ha tenido efectos disciplinarios desiguales sobre las mujeres pakistaníes. Mientras algunos líderes políticos como Zia-ul-Haq y Nawaz Sharif han ajustado la trilogía género-nación-Islam mediante su apropiación del fundamentalismo islámico, otros como Ayub Khan, Benazir Bhutto y su padre Zufikar Ali Bhutto, flexibilizaron dicha trilogía a través de medidas estatales de modernización. Lo que resulta más problemático respecto de la desigual confluencia de los discursos de género, independencia y fundamentalismo islámico es su tenacidad en un contexto de

permanente neocolonialismo y los efectos opresivos persistentes que tiene, con distintos niveles, sobre las mujeres pakistaníes.

Pero las mujeres pakistaníes continúan resistiendo este régimen disciplinario. Los recientes debates que tuvieron lugar (Ver Gardezi, 1990; Mumtaz y Shaheed, 1987; Rouse, 1988; Shaheed, 1995) ilustran la controversia entre dos importantes posturas feministas. Haciendo a un lado las cuestiones explícitas sobre el nacionalismo, un grupo feminista afirma que la lucha contra la opresión de género debe comprometer los discursos acerca del Islam, ya que éstos son constitutivos básicos de la cultura pakistaní, legitiman el feminismo pakistaní y se dirigen a las mujeres trabajadoras y de clase media baja, que hasta ahora no han participado activamente en las luchas feministas. Otro grupo sostiene que la opresión de género es un tema secular de los derechos humanos. La investigación de Shaheed (1995) identifica dos factores que apoyan el programa feminista no islámico. Primero, muchas mujeres pakistaníes pese a considerar al Islam como una experiencia de participación espiritual comunitaria, pueden ser convocadas por una crítica feminista de la opresión de género, independiente del Islam. Y segundo, el Islam practicado por muchas mujeres pakistaníes no se parece a aquél que predicán los fundamentalistas. Esto puede ser ilustrado por los pobres resultados electorales obtenidos por los partidos fundamentalistas en los últimos años. Al justificar las demandas feministas con principios islámicos, las feministas se arriesgan a un control fundamentalista de su movimiento, ya que de modo implícito sugieren que todos los debates acerca de las mujeres deben ser conducidos en términos religiosos. Esta actitud socava los debates seculares —que consideran la emancipación femenina como una causa valiosa e importante en sí misma—, a la vez que presenta al activismo femenino como una construcción “ajena” a la cultura pakistaní.

No obstante estos elementos conflictivos del feminismo islámico, algunas académicas feministas (Kar, 1996; Shaheed, 1995) afirmaron recientemente que sus demandas no necesitan —y no deberían— plantearse como oposición binaria a los discursos religiosos. Más que la movilización unificada de un movimiento de mujeres, una aproximación a la lucha de características multifacéticas, constituida por una red de grupos independientes y prácticas individuales, puede generar el impulso y modificar la subjetividades que se requieren para fracturar la trilogía género-nación-Islam. Esta estrategia, que involucra la deconstrucción de la constitución principal de las mujeres como esposas y madres llevada a cabo por los líderes religiosos y políticos, construyéndolas a su vez legalmente como ciudadanas con plenos derechos y seres

sociales, puede convertirse en la vía más eficaz para el progreso feminista en Pakistán.

Traducción: Fanny Seldes

NOTAS

- 1 Este artículo fue publicado en *Atlantis, A women's Studies Journal*, Volumen 25.2, de 2001.
- 2 El seudónimo con el que participó en la investigación es Nilofer Orange.
- 3 Yo dirigí durante ocho meses un trabajo de campo etnográfico en Gilgit, al norte de Pakistán, en 1999 y 2000. Mi investigación explora cómo los complejos disciplinarios que operan como atravesamiento cultural constituyen los cuerpos y subjetividades de extranjeras y nativas en el espacio transcultural contemporáneo. Específicamente, lo que intento es descifrar cómo las mujeres occidentales reproducen y legitiman el modelo imperialista al negociar sus propia subjetividad y la de la "Otras" en Gilgit. Esto lo realizan, en parte, al generar el discurso orientalista acerca de la pasiva "mujer" islámica unidimensional. Este artículo lo escribí con el objeto de criticar dicho discurso (tanto en su práctica como en su forma escrita) socavando, por lo tanto, sus efectos imperialistas.
- 4 Durante la elección de 1965, al cuestionar la conveniencia de la candidatura de Fatima Jinnah como líder de la coalición de partidos opositores, Khan perdió parte de su credibilidad como defensor de los derechos de la mujer. Su argumento era que un estado musulmán liderado por una mujer era antiislámico.
- 5 Mehdi afirma, a diferencia de Occidente, que la mayoría de los casos de violación reportados en Pakistán, fueron perpetrados por hombres desconocidos por las víctimas.
- 6 Este intento menos conspicuo del decreto tiene su eco en otra legislación fundamentalista basada en la Shari'a, la cual identifica los derechos de la mujer bajo el Islam (y consecuentemente su contribución social) como reclamos a los guardianes varones, el cuidado total del hogar y los hijos, la enseñanza de las tareas domésticas y el honor de preservar la cultura musulmana. Ver Doumato, E. 1995.
- 7 Para una completa nómina de las acciones de las mujeres contra la Ley Probatoria y fechas en que fueron llevadas a cabo, ver Mumtaz. K. y F. Shaheed (1987).

BIBLIOGRAFÍA

- Abu-Odeh, L. "Post-Colonial Feminism and the Veil: Considering the Differences", *New England Law Review*, 26.4 (1992):1527-1537.
- Afshar, H. "Muslim Women in West Yorkshire: Growing up with Real and Imaginary Values Amidst Conflicting Views of Self and Society", *The Dynamics of "Race" and Gender-Some feminist interventions*. H. Afshar and M. Maynard, eds. London: Taylor and Francis, 1994.
- Ayubi, N. "Rethinking the Public/Private Dichotomy: Radical Islamism and Civil Society in the Middle East", *Contention*, 28 (1995): 79-105.
- Brooks, G. *Nine Parts of Desire: The Hidden World of Islamic Women*. New York: Anchor Books, 1995.
- Bulbeck, C. *Re-Orienting Western Feminisms: Women's Diversity in a Postcolonial World*. Cambridge University Press, 1998.
- Butz, D. "Revisiting Edward Said's Orientalism," *Brock Review*, 4-1/2 (1995): 52-80.
- Dounato, E. "The Ambiguity of Shari'a and the Politics of "Rights" in Saudi Arabia" *Faith and Freedom: Women's Human Rights in The Muslim World*. M Afkhami, ed. New York: Syracuse, 1995.
- Foucault, M. *History of Sexuality*. New York: Vintage Books, 1978.
- _____. *Power/knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, New York: Pantheon, 1980.
- Frankenberg, R. *White Women, Race Matters: The Social Construction of Whiteness*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.
- Gardezi, F. "Islam, Feminism, and the Women's Movement in Pakistan: 1981-1991," *South Asia Bulletin*, 10.2 (1990): 18-24.
- Gardezi, H. "The Postcolonial State in South Asia: The Case of Pakistan," *South Asia Bulletin*, 5.2 (1985): 1-7.
- Ghoussoub, M. "Feminism-or The Eternal Masculine-in the Arab World," *New Left Review*, 161 (1987).
- Haddad, Y. y J. Smith. "Women in Islam: The Mother of all Battles," *Arab Women: Between Defiance and Restraint*. S. Subbagh, ed. New York: Olive Branch Press, 1996.
- Haeri, S. "Of Feminism and Fundamentalism in Iran and Pakistan" *Contention*, 4.3 (1995): 129-49.
- Hammami R. And M. Rieker. "Feminism Orientalism and Orientalist Marxism," *New Left Review*, 170 (1988):93-106.
- Haq, F. "Women, Islam and the State of Pakistan," *The Muslim World*, 86.1 (1996): 158-75.
- Hasan, R. "The Role of Women as Agents of Change and Development in Pakistan," *Human Rights Quarterly*, 3.3 (1981): 68-75.
- _____. "Rights of Women in Islamic Countries," *Canadian Women's Studies*, 15.2/3 (1995): 40-44.

- Hatemi, M. "Toward the Development of Post-Islamist and Post-Nationalist Feminist Discourses in the Middle East," *Arab Women: Old Boundaries, New Frontiers*. J. Tucker, ed. Indianapolis: Indiana University Press, 1993.
- Joseph, S. «Gender and Citizenship in Middle Eastern States», *Middle East Report*, 198 (1996): 4-10.
- Kar, M. «Women and Personal Status Law in Middle Eastern States», *Middle East Report*, Jan-Mar (1996): 36-9.
- Keddie, N. «The Present and the Past of Women in the Muslim World», *Journal of World History*, 1.1 (1990): 77-108.
- Malik, L. «Social and Cultural Determinants of the Gender Gap in Higher Education in the Islamic World», *Journal of Asian and African Studies*, 30.3/4 (1995): 81-193.
- Medhi, R. «The Offense of Rape in the Islamic Law of Pakistan», *International Journal of Sociology of Law*, 18.1 (1990): 19-29.
- Moghadam, V. «Patriarchy and the Politics of Gender in Modernising Societies. Iran, Pakistan, and Afghanistan», *South Asian Bulletin*, 13.1/2 (1993): 122-33.
- Mohammad, R. «Marginalisation, Islamism and the Production of the 'Other's' 'Other'» *Gender, Place and Culture*, 6.3 (1999). 221-240.
- Mohanty, C. «Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses» *Boundary 2*, 12.3/13.1 (1984): 333-353.
- Mumtaz, K. and F. Shaheed. *Women of Pakistan: Two Steps Forward. One Back?* London: Zed Books, 1987.
- Pakistan News Service. [Http://www.paknews.com](http://www.paknews.com), 13(M31), November 2, 1997.
- [Http://www.paknews.com](http://www.paknews.com), 10(N246), Septiembre 6, 2000
- [Http://www.paknews.com](http://www.paknews.com), 10(N247), Septiembre 7, 2000.
- [Http://www.paknews.com](http://www.paknews.com), 10(N292), Octubre 22, 2000.
- Rauf, A. «Rural Women and the Family: A Study of a Punjabi Village in Pakistan» *Journal of Comparative Family Studies*, 18.3 (1987): 403-415.
- Rouse, S. «Women, Religion, and the State», *South Asian Bulletin*, 8(1988): 54-8.
- Shaheed, F. «The Cultural Articulation of Patriarchy: Legal Systems, Islam, and Women», *South Asia Bulletin*, 6.1 (1986): 38-44
- _____»Networking for Change: The Role of Women's Groups in Initiating Dialogue on Women's Issues.» *Faith and Freedom: Women's Human Rights in the Muslim World*. M. Afkhami, ed. New York: Syracuse University Press, 1995.
- Sharoni, S. «Homefronts Battlefield: Gender, Military Occupation, and Violence Against Women», *Women and the Israeli Occupation: The Politics of Change*. T. Mayer, ed. London: Routledge, 1994.
- Spivak, G. «Three Women's Texts and a Critique of Imperialism» *Critical Inquiry*, 12.1 (1985): 243-61.
- Atlantis, Volume 25.2 41
- _____ «Can the Subaltern Speak?» *Marxism and the Interpretation of Culture*. C. Nelson and L. Grossberg. London: Macmillan, 1988.
- Stoler, A. *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the*

Colonial Order of Things. Durham: Duke University Press, 1995.

Stowasser, B. «Women's Issues in Modern Islamic Thought,» *Arab Women: Old Boundaries, New Frontiers*. J. Tucker, ed. Indianapolis: Indiana University Press, 1993.

Willmer, D. «Women as Participants in the Pakistan Movement: Modernisation and the Promise of a Moral State» *Modern Asian Studies*, 30.3 (1996): 573-590.

Yuval-Davis, N. y F. Anthias. *Woman-Nation-State*. New York: St. Martin's Press, 1989.

CAPÍTULO VI

LAS TORRES FANTASMAS, *Rosalind P. Petchesky*¹

Estos son tiempos conflictivos, tiempos en los cuales es difícil saber día a día dónde estamos parados. El atentado al World Trade Center ha dejado una secuela de cuantiosos daños, el menor de los cuales es una profunda confusión mental, ética y política, en muchos norteamericanos que de alguna manera se identifican a sí mismo como “progresistas”, es decir, como antirracistas, feministas, demócratas (con d minúscula), pacifistas..

A la vez que debemos estar de luto por aquellos que fallecieron en la tragedia, por sus seres queridos, y por nosotros mismos, también nos urge empezar a reflexionar sobre el mundo en que vivimos hoy y lo que esa situación nos está planteando. Y tenemos que hacerlo, aun sabiendo que nuestra comprensión de este momento sólo puede ser tentativa y que posiblemente dentro de un año o quizá antes, será invalidada por eventos que no podemos prever, o por informaciones que hoy son aún secretas. Así que, arriesgándome a estar totalmente equivocada, me propongo intentar el trazado de un cuadro o de una especie de mapa global de la dinámica del poder como los veo en este momento, incluyendo sus dimensiones de género y raza.

Quisiera preguntarme si no existe alguna otra alternativa, más humana y con una solución pacífica, opuesta a las dos polaridades inaceptables que nos han sido presentadas: es decir, primero; una maquinaria de guerra permanente (o de seguridad del Estado permanente), segundo; un régimen de terror sagrado.

Sin maniqueísmos

Deseo dejar bien en claro que cuando formulo la pregunta sobre si sólo existe actualmente una opción entre el capitalismo global y el tipo de fascismo del fundamentalismo islámico, no pretendo dar a entender que sean equivalentes. De hecho, si los atentados del 11 de septiembre fueron obra de la red Al-Qaeda de Bin Laden o de algo relacionado con esta, o aún algo más importante, y por el momento pienso que podemos suponer que ésta es una posibilidad real, entonces la mayoría de los americanos estamos estructuralmente posicionados de manera tal, que no tenemos mucha alternativa para definir nuestra alineación. (Para aquellos que son norteamericanos-islámicos o norteamericanos-árabes entre nosotros, que se oponen al terrorismo y al mismo tiempo sienten terror de transitar las calles, me imagino que el dilema moral debe ser aun mucho más angustioso). Como norteamericana, mujer, feminista y judía, tengo que reconocer que los Bin Laden del mundo me odian y me quieren muerta; y, si tuvieran poder sobre mí, harían de mi vida un verdadero infierno. Tendría que desear que estos "perpetradores", "terroristas", lo que sea que fueran, sean arrestados y neutralizados, para poder vivir con alguna garantía de tranquilidad. Pero este planteo es menos evidente, al vivir en el corazón del capitalismo global, que es como convivir con una familia muy disfuncional que nos avergüenza e indigna por su arrogancia, codicia e insensibilidad, y que no obstante al ser nuestro hogar, nos otorga inmensos privilegios y obliga a enormes responsabilidades.

Tampoco me rindo a la tentación de ver nuestro dilema actual en los términos simplistas y maniqueos del Bien frente al Mal cósmico. Actualmente tenemos esto en dos versiones opuestas pero de imágenes espejadas: el discurso desplegado no sólo por los terroristas y sus simpatizantes, pero también por muchos de la izquierda en Estados Unidos y el mundo, que culpan al imperialismo cultural norteamericano y su hegemonía económica, de "cosechar lo que uno siembra"; frente a la versión patriótica de la ultraderecha, que propone que la democracia y la libertad de los estadounidenses son el blanco inocente de la locura islámica. Ambas teorías borran todas las complejidades que debemos tener en cuenta como factores al elaborar una visión política diferente, más inclusiva y ética. Es la retórica maniquea y apocalíptica que resuena de un lado a otro desde Bush a Bin Laden luego de los ataques: la pseudo-islámica y la pseudo-cristiana, la guerra santa y las cruzadas. Ambas mienten

Así como no veo a las redes terroristas y el capitalismo global como equivalentes o iguales, en cambio veo algunos paralelos impresionantes e inquietantes entre los dos. Los veo como las Torres Gemelas imaginarias, irguiéndose desde las nubes de humo de las viejas torres, hermanas gemelas, encerradas en una batalla por la riqueza, el engrandecimiento imperial y los valores de la masculinidad. Es una batalla que podría muy bien terminar en un punto muerto, un ciclo de violencia interminable que ninguno de los dos ganaría debido a su incapacidad para comprender con claridad al otro. Las analistas y activistas feministas de muchos países, cuyas voces hasta ahora han sido inaudibles en esta crisis, tienen mucha experiencia a la cual pueden recurrir para hacer esta doble crítica. Tanto en Naciones Unidas como en el escenario nacional, hemos estado desafiando por años las dimensiones prejuiciosas de género y raza de ambos, del capitalismo neoliberal y de los varios fundamentalismos, tratando de abrir camino en medio de esta doble amenaza. Lo diferente ahora es que ellos se lanzan al escenario mundial en sus formas más extremas y violentas.

Veo seis áreas donde sus posturas se sobreponen:

1 Riqueza No es necesario reiterar nada acerca del hecho de que Estados Unidos es el país más rico del mundo, ni sobre el modo en el cual la acumulación de riqueza es su cáliz sagrado, no solamente de nuestro sistema político (piensen en la dificultad que tenemos hasta en reformar nuestras leyes de financiamiento de campañas electorales), sino también de nuestro carácter nacional. Somos la casa matriz de los mega imperios de las corporaciones, que dominan el capitalismo global e influyen las políticas de instituciones financieras internacionales, Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), y la Organización Mundial de Comercio (OMC), que son sus entidades gubernamentales más importantes. Esta realidad resuena en todo el mundo como un panteón simbólico de lo que Estados Unidos representa, desde los anuncios de MacDonald's y Kentucky Fried Chicken criticados por los movimientos antiglobalización en Génova y Rawalpindi, hasta las torres mismas del WTC. La ávidez, ya sea individual o corporativa, también está latente y muy próxima a los valores que Bush y Rumsfeld proponen cuando dicen nuestra "libertad" y "nuestro estilo de vida" están siendo atacados y deben ser ferozmente defendidos. (¿Por qué mientras escribo esto, avisos no solicitados de Wall Street sobre oportunidades para inversiones o pasajes de bajo costo para Las Bahamas, son dirigidos a mi fax?).

La riqueza, también es la fuerza motriz que mueve la red de Al-Qaeda, cuyos jefes provienen de la clase media alta instruida perteneciente a una élite financiera. Gran

parte del poder e influencia de Bin Laden se debe a la fortuna de su familia, y a su vez, los guerreros árabe-afganos en la guerra de los años 80 contra los soviéticos, fueron no solamente financiados por la CIA y la policía secreta de Pakistán, sino también por el dinero del petróleo saudita. Pero más importante aún son los valores que están tras las organizaciones terroristas, que incluyen, como Bin Laden ha puesto en claro en una famosa entrevista de 1998, la defensa del “honor” y la “propiedad” de los musulmanes en todo el mundo y “luchar contra los gobiernos que están resueltos a atacar su religión y apoderarse de su riqueza...”. Paul Amar, muy apropiadamente, nos insta a no confundir estas redes opulentas (cuyo nepotismo y relación con los intereses petroleros se asemejan de una manera que inspira temor, a los de la familia Bush) con los movimientos de resistencia social empobrecidos del Medio Oriente y Asia. No existe evidencia alguna de que justicia económica e igualdad figuren de algún modo en el programa terrorista.

Sin límites

2 El nacionalismo imperialista Las reacciones iniciales a los ataques del gobierno de Bush, revelaron el comportamiento de una superpotencia que no reconoce ningún límite, que dicta ultimátums con el pretexto de estar “buscando la cooperación”. “Cada nación en todas las regiones tiene que tomar una decisión”, declaró Bush en su discurso a la nación que en realidad fue un discurso al mundo: “O ustedes están con nosotros o están con los terroristas”. “Esta es la guerra del mundo, la guerra de la civilización”. De esta manera Estados Unidos se proclama el líder y portavoz de “la civilización”, relegando a la categoría de “bárbaros” no solamente a los terroristas sino también a aquellos que se rehusan a unirse a la guerra. Para el Talibán y para cualquier otro régimen que “brinda refugio a los terroristas”, se convierte en un sheriff persiguiendo a cuatreros: “Entreguen a los terroristas o ustedes compartirán su destino”. Pocos días después leímos la notificación norteamericana de que “iba a utilizar Arabia Saudita como cuartel de sus operaciones contra Afganistán”. A medida que la campaña bélica progresa, sus objetivos parecen ser más abiertamente imperialistas: “Después del conflicto, Washington quiere ofrecer un rol en el gobierno de Afganistán al pequeño grupo heterogéneo de mujahadeen, pobres, que trafican drogas, en su mayor parte derrotados por el Talibán, (NY Times, 24/9), como si éste fuera el cometido oficial de Washington. Además, Bush y sus aliados están cortejando al rey afgano, octogenario

y largo tiempo relegado al olvido, que hoy se encuentra exiliado en Italia, para que se una a una operación militar con el objetivo de expulsar al Talibán y establecer ¿qué? ¿un tipo de gobierno títere? Aquí no se menciona nada sobre elecciones con observadores internacionales, nada sobre Naciones Unidas, o sobre los millones de afganos, tanto dentro del país como en el exilio, que son visualizados como una masa muda y oprimida de víctimas y refugiados.

Esta ofensiva involucra claramente mucho más que la erradicación y el castigo a los terroristas. A pesar de que no quiero reducir la situación a un crudo escenario marxista, no puedo dejar de preguntarme si esto no se relaciona con la antigua determinación de Estados Unidos de poner un pie en la región del Golfo y mantener el control sobre las reservas de petróleo. Por lo menos, una facción del “equipo” de Bush clama por perseguir a Saddam Hussein, sin duda con este objetivo. Y no nos olvidemos de Pakistán y sus concesiones a las demandas norteamericanas para cooperar a cambio de levantar las sanciones económicas que les fueron impuestas, más la garantía de un préstamo considerable del FMI. En la tradición del poder neoimperial, Estados Unidos no necesita dominar los países política o militarmente para conseguir las concesiones que desea. Es suficiente su influencia económica respaldada por su capacidad militar de aniquilación, a lo que se suma el impulso logrado gracias a la ira popular luego de los ataques al WTC, y una efusión de patriotismo nacionalista que embarga al pueblo americano.

A pesar de la ausencia de poder imperial real de los Estados Unidos, las fuerzas de Bin Laden emulan estas mismas aspiraciones. Si hacemos la pregunta ¿qué buscan los terroristas?, tenemos que reconocer que su visión del mundo es una forma extrema y perversa de nacionalismo, una especie de fascismo, diría, que se respalda en el terror para lograr sus propósitos. Respecto a esto, sus objetivos, así como los de Estados Unidos, van más allá del mero castigo. Paul Amar afirma que toda la historia del nacionalismo árabe e islámico, ha sido transcender las fronteras coloniales impuestas del estado-nación, que siempre fue transnacional y panarábica, o panislámica. Si bien los terroristas no tienen ninguna base social o legítima para apoyarse en esta tradición, están decididos a usurparla. Esto parece evidente en el lenguaje de Bin Laden invocando “la nación árabe”, “la península árabe”, y la “fraternidad” que va desde Europa del Este hacia Turquía y Albania, todo el Oriente Medio, hasta el Sudoeste Asiático y Cachemira. Su misión es expulsar a los “infieles” y sus partidarios islámicos de un área que ocupa casi un tercio del globo. Al amenazar los Estados Unidos con bombardear Afganistán

y/o intentar expulsar al Talibán, ciertamente se desestabilizaría Pakistán y posiblemente sería catapultado a manos de extremistas similares al Talibán, quienes entonces controlarían las armas nucleares, un gran paso hacia la versión perversa y usurpadora del sueño panislámico.

3 Pseudo-Religión Tal como otros han comentado, la interpretación del “choque de religiones” o del “choque de culturas” es completamente engañosa en el escenario actual. Lo que tenemos más bien, es la apropiación del simbolismo y el discurso religioso para propósitos predominantemente políticos, y para justificar la guerra y la violencia permanentes. Mientras Bin Laden declara una djihad o guerra santa contra Norteamérica y sus ciudadanos, tanto civiles como militares, Bush lanza una cruzada contra los terroristas y todos aquellos que les dan asilo o apoyo. A su vez, Bin Laden se declara el “servidor de Alá luchando por la causa de la religión de Alá” y para proteger las mezquitas sagradas del Islam, mientras que Bush declara que Washington es el promotor de “justicia infinita” y profetiza una victoria segura porque “Dios no es neutral”. (El Pentágono cambió el cliché “Operación Justicia Infinita” por “Operación Libertad Perdurable”, después de que los norteamericanos islamitas expresaron su objeción y tres clérigos cristianos advirtieron sobre la presunción de divinidad, el “pecado del orgullo”). Pero tenemos que cuestionar la autenticidad de estos discursos religiosos no importa lo sinceros que puedan ser sus proponentes. Una declaración hecha por un grupo de eminentes intelectuales islamitas denuncia firmemente al terrorismo, la masacre arbitraria de civiles inocentes, contraria a la ley de la Charia. Y la adopción de este discurso apocalíptico, por parte de Bush, solo puede ser visto como sustituyendo una forma de legitimación del discurso internacionalista neoliberal conservador, de la ultraderecha. En ambos casos, vale la pena acudir a la sabiduría de Eduardo Galeano: “En la lucha entre el Bien y el Mal, es siempre el pueblo el que muere”.

4 Militarismo Tanto el gobierno de Bush como las fuerzas de Bin Laden adoptan los métodos de guerra y violencia para lograr sus fines, pero en formas diferentes. El militarismo estadounidense es de la variedad ultra técnica, que busca aterrorizar por la mera fuerza, volumen y virtuosidad tecnológica de sus armamentos. Por supuesto que, como la historia de Viet Nam y la persistencia de Saddam Hussein lo atestiguan, esta es una ilusión superlativa. (¿Recuerdan las “bombas inteligentes” de la Guerra del

Golfo que se dirigieron hacia las máquinas de Coca-Cola?). Pero nuestra tecnología militar es también una vasta e insaciable industria, para la cual el lucro y no la estrategia, es la fuerza motriz de su razón de ser. Como señala un crítico de las prioridades de la inteligencia norteamericana, "el juego de la defensa nacional es una operación de sistemas y dinero" que tiene poca o ninguna relevancia frente al terrorismo. Los cohetes fueron diseñados para combatir Estados hostiles con territorios fijos y sus propios arsenales de guerra, y no a los terroristas que se mueven furtivamente por el mundo y cuyas "armas de destrucción en masa" son cuerpos humanos y aviones secuestrados; ni tampoco el famoso terreno impenetrable y las pilas de escombros que es Afganistán. Hasta el propio Bush, en uno de sus comentarios más sensatos hasta la fecha, afirmó que no somos tan tontos para apuntar "un cohete teledirigido de US\$ 2 billones hacia una carpa vacía de US\$10". Sin embargo, cuatro días después del ataque, los demócratas en el Congreso agregaron una locura sobre otra y revocaron su oposición al "escudo misilístico" de Bush, costoso y destructivo, votando para restablecer su autoridad para poder gastar US\$ 1.3 billones en este proyecto mal concebido y peligroso. Y las compañías de armamentos se pusieron rápidamente en fila para recibir los enormes pedidos frente a la próxima y eminente guerra, la guerra -nos dicen- que durará mucho tiempo, quizás el resto de nuestras vidas. El militarismo norteamericano no se basa en la racionalidad, ni tampoco en la lucha contra el terrorismo, sino en el lucro.

La manía de guerra y el reagrupamiento tras la bandera exhibida por el pueblo norteamericano expresa no el deseo de lucros militares sino algo más difícil de comprender para las disidencias feministas y anti-bélicas. Tal vez sea la necesidad de expresar la ira y sentirse reivindicado, u otro deseo más profundamente arraigado de experimentar algún sentimiento de comunidad y de un propósito más noble, en una sociedad tan atomizada y aislada: los unos de los otros y del mundo. Bárbara Kingsolver escribe que ella y su esposo enviaron con renuencia a su hija de cinco años de edad a la escuela, vestida de rojo, blanco y azul como los otros niños, porque no querían permitir que los nacionalistas y censores "nos robasen la bandera". La niña expresaba probablemente los anhelos de muchos adultos menos reflexivos, cuando dijo que usar los colores de la bandera "significa que somos un país; simplemente personas, todos unidos".

El militarismo de los terroristas es de una naturaleza diferente, se basa en la figura mítica del guerrero beduino o en la de los combatientes Ikhwan de inicios del siglo XX que hicieron posible que Ibn Saud consolidara su estado dinástico. Sus características

más sobresalientes son la valentía y la ferocidad en la batalla; como lo afirma un testigo árabe, presagiando los informes de los veteranos soviéticos de la guerra afgana de los años 80: “totalmente jugado ante a la muerte, sin importarle cuántos mueren a su alrededor, avanzando palmo a palmo con un solo deseo, el de derrotar y aniquilar al enemigo”. (M. Ruthven, *Islam in the World*, p. 27). Claro que esta imagen también, como toda ideología hiper nacionalista, está enraizada en un mítico y dorado pasado que tiene poco que ver con el terrorismo real del siglo XXI, donde sus integrantes son reclutados, entrenados y remunerados. Además, así como el militarismo de alta tecnología, el militarismo de baja tecnología está igualmente basado en una ilusión, la de que millones de creyentes emergerán, obedecerán al fatwa y derrotarán al infiel. Es una ilusión porque subestima torpemente el arma más poderosa en el arsenal del capitalismo global, no la “justicia infinita” o las armas nucleares, sino los innumerables Nikes y cds. Y también subestima el poder local del feminismo, que los fundamentalistas erróneamente confunden con el de occidente. Hoy día, Irán, con todas sus contradicciones internas, demuestra la resiliencia y la variedad y heterogenidad expresada en una cultura juvenil cada vez más globalizada y en los movimientos de sus mujeres. (Sciolino, *NY Times*, 9/23/01).

La exacerbación de lo masculino

5 Machismo El militarismo, nacionalismo y colonialismo como espacios de poder han sido siempre, en su mayor parte, disputas sobre el significado de ser varón. La cientista política y feminista Cynthia Enloe, afirma que “el sentido de su propia masculinidad en los hombres, frecuentemente tenue, es un factor en la política internacional tanto como el fluir del petróleo, los cables y las armas militares”. En el caso de los patrocinadores del Talibán de Bin Laden, la forma y exceso de misoginia que van de la mano con el terrorismo de Estado y el fundamentalismo extremo, han sido documentados gráficamente. Basta ir a la página web de la Asociación Revolucionaria de las Mujeres de Afganistán (RAWA), <http://www.rawa.org>, para ver fotos de atrocidades cometidas contra las mujeres (y hombres) por ofensas sexuales, ofensas al código de vestimenta, y otras formas de desviaciones que nos revuelven el estómago. Según John Burns, escribiendo para la *NY Times Magazine* en 1990, el líder rebelde de la guerra afgana que recibió “la mayor parte del dinero y de los armamentos americanos”, y que no era un Talibán, tenía la reputación de haber “enviado

a sus seguidores durante su campaña como estudiante, a lanzar frascos de ácido en el rostro de las mujeres estudiantes que se hubieran rehusado a usar velo”.

En el caso de terroristas internacionales y del propio Bin Laden, no nos olvidemos que su modelo es el de una “fraternidad” islámica, una banda de hermanos con un vínculo de unión, basado en un compromiso agonístico de luchar contra el enemigo hasta la muerte. Los campos CIA-pakistaní-saudi y las escuelas de entrenamiento instaladas para apoyar a los “rebeldes” (hoy ya no rebeldes sino “terroristas”) durante la guerra antisoviética, fueron los terrenos de reproducción, no sólo de una red terrorista mundial sino también de una cultura machista y misógina. Bin Laden se ve a sí mismo abiertamente como el jefe tribal patriarcal cuyo deber es el de proveer y proteger, tanto a su propia comitiva de esposas y muchos hijos, como a toda la red de tenientes y reclutas y sus familias. El es la contraparte árabe del legendario Padrino, el padrone. En contraste con esto, ¿podemos decir que Estados Unidos, como el portaestandarte del capitalismo global, es “género-neutro”? ¿No tenemos a una mujer, de hecho una mujer afronorteamericana, en el timón de nuestro Consejo Nacional de Seguridad, la mano derecha del Presidente, diseñando la máquina de guerra permanente?

A pesar de las “brechas de género” reportadas en las encuestas sobre la guerra, sabemos que las mujeres no son inherentemente más pacifistas que los hombres. ¿Recuerdan a todas aquellas amas de casa de los suburbios, con sus listones amarillos en los aeropuertos del interior, los patios de las escuelas y los centros comerciales, durante la Guerra del Golfo? A la vez, el machismo capitalista global sigue bien vivo, aunque disimulado bajo su eurocentrismo racista, so pretexto de “rescatar” a las mujeres afganas oprimidas y sin voz, del régimen misógino al que ayudaron a llegar al poder. Las feministas de todo el mundo que durante años trataron de llamar la atención sobre la condición de las mujeres y niñas en Afganistán, no pueden sentirse reivindicadas ante la perspectiva de los aviones de guerra estadounidenses y de los jefes afganos respaldados por éste, que vienen a “salvar” a nuestras hermanas afganas. A su vez, nuestros medios de comunicación permanecen silenciosos sobre el activismo y la autodeterminación de grupos como RAWA y Mujeres Refugiadas en Desarrollo, mientras que el establishment militar persiste en negar acceso a observadores y aceptar su responsabilidad (accountability) ante a una Corte Penal Internacional, por los actos de violación y agresión sexual cometidos por sus soldados, estacionados en diferentes países del mundo. El machismo y la misoginia adoptan muchas formas, que no siempre son las más visibles.

6 Racismo Por supuesto que lo que yo he denominado fundamentalismo fascista, o terrorismo transnacional, está también saturado de racismo, pero de un tipo muy específico y enfocado: el antisemitismo. Las torres del WTC simbolizaban no solamente el capitalismo norteamericano, el capitalismo financiero, para los terroristas eran también el capitalismo financiero judío. Esto se puede ver en los informes falsos de los ataques del 11 de septiembre publicados en los periódicos de idioma árabe en el Medio Oriente, que atribuyen a los israelíes la responsabilidad de los ataques, afirmando erróneamente que ni una sola persona entre los muertos y desaparecidos era judía, seguramente, dijeron, porque los judíos debieron haber sido advertidos de antemano, etc. En su entrevista de 1998, Bin Laden repetidamente se refiere a los “judíos”, no como israelíes, en sus acusaciones sobre los planes para conquistar la península árabe entera. Y afirma que “los americanos y los judíos... representan la punta de lanza con la cual los miembros de nuestra religión han sido masacrados. Cualquier esfuerzo dirigido contra América y los judíos producirá resultados positivos y directos”. Y, finalmente, re-escribe la historia y destruye la diversidad de los musulmanes, con una advertencia a los “gobiernos occidentales” para que rompan sus lazos con los judíos: “la enemistad entre nosotros y los judíos viene de muy lejos en el tiempo y está profundamente arraigada. No existe ninguna duda de que la guerra entre nosotros es inevitable. Por esta razón, no es conveniente para los gobiernos occidentales exponer a los intereses de sus pueblos a todo tipo de represalias por prácticamente nada”. (Siento un escalofrío cuando me doy cuenta de que soy parte de esa ‘nada’).

El racismo de Estados Unidos es mucho más difuso pero igualmente insidioso; el racismo penetrante y el etnocentrismo que emponzoña el fondo del norteamericano siempre resurgen en tiempos de crisis nacional. Como lo dijo Sumitha Reddy, en una charla reciente, desde el desastre, los siks y otros grupos indios, árabes y hasta latinos morenos y afronorteamericanos, víctimas de una ola de actos violentos y abusivos por todo el país, representan una ampliación de la “zona de desconfianza” del racismo norteamericano, más allá del enfoque usual de blanco-negro. Las mujeres que usan pañuelos en la cabeza o saris son particularmente vulnerables al acoso, pero los hombres árabes e indios de todas las edades, son los que están siendo asesinados.

Analizando el contexto

El Estado alega que repudia estos incidentes y amenaza con llevar a proceso a los responsables. Pero este es el mismo Estado que estableció la llamada Acta Antiterrorista,

aprobada en 1995 después del bombardeo de la ciudad de Oklahoma (un acto cometido por terroristas cristianos blancos nativos), un pretexto para poder acorralar y deportar inmigrantes de todo tipo; y que ahora está nuevamente negando los derechos civiles de los inmigrantes en su fervorosa caza antiterrorista. Todos los días *The New York Times* publica su archivo policial de retratos de los sospechosos, que nos traen reminiscencias de aquellas fotografías eugenésicas de los “tipos criminales” de una era anterior, que imprimen en las mentes de los lectores un cierto conjunto de características faciales que ellos deben ahora temer y culpabilizar. Crear y aplicar perfiles raciales se transforma en un pasatiempo nacional.

Si miramos solamente las tácticas de los terroristas y la repulsa del mundo hacia ellas, podemos llegar a la conclusión, un tanto optimista, de que al final el bandidaje jamás triunfará. Pero ignoramos, a nuestro riesgo, el contexto en el cual el terrorismo opera, y este contexto incluye no solamente racismo y eurocentrismo sino muchas formas de injusticia social. Reflexionando sobre una posición moral en esta crisis, tenemos que distinguir entre las causas inmediatas y las condiciones necesarias. Ni Estados Unidos (como un Estado), ni la estructura de poder corporativo y financiero que las torres del World Trade Center simbolizaban, causaron los horrores del 11 de septiembre. Sin duda ninguna, el ultrajante y horrible homicidio, mutilando y dejando huérfanos a tantas personas inocentes de diferentes razas, color, clase, edad, género y pertenecientes a más de 60 nacionalidades, merece alguna forma de rectificación. Por otro lado, las condiciones en las cuales el terrorismo internacional florece, ganando adeptos y haciendo valer su derecho a legitimarse moralmente, incluyen muchas formas de las cuales Norteamérica y sus intereses financieros, son directamente responsables, aunque ellas ni por un segundo son una excusa para los ataques. Ultimamente una pregunta frecuente es ¿por qué el Tercer Mundo nos odia tanto? En otras palabras, ¿por qué tantas personas, incluyendo mis propios amigos en Asia, Africa, América Latina y el Medio Oriente, expresan tanta ambivalencia sobre lo ocurrido, lamentando un acto imperdonable y al mismo tiempo sintiendo alguna satisfacción de que finalmente los norteamericanos también estén sufriendo? Cometemos un error fatal si atribuimos estos sentimientos mixtos solamente a la envidia o al resentimiento ante nuestra riqueza y libertad, ignorando el contexto histórico de la agresión, injusticia y desigualdad. Consideremos los siguientes hechos:

1. Como nos recuerda Walden Bello en las Filipinas, Estados Unidos es el único país en el mundo que en realidad ha usado las armas infames de destrucción de

masas, para bombardear civiles inocentes en Hiroshima y Nagasaki.

2. Estados Unidos persiste hasta el día de hoy en su intención de bombardear a Iraq, destruyendo las vidas y suministros de alimentos de centenas de miles de adultos y niños civiles en aquel país. Bombardeamos a Belgrado, una populosa ciudad capital por 80 días consecutivos durante la guerra en Kosovo y apoyamos el bombardeo que mató a un número incalculable de civiles en El Salvador en los años 80. Nuestra CIA y aparato de entrenamiento militar ha apoyado masacres paramilitares, asesinatos, torturas y desapariciones en muchos países de América Latina y América Central, con la Operación Cóndor y otras similares en la década de los años 70, y ha apoyado regímenes corruptos, autoritarios en el Medio Oriente, Sudeste asiático, y otras partes (el Shah de Irán, Suharto en Indonesia, la dinastía Saudita, ad nauseam). El 11 de septiembre es la fecha del golpe de estado contra el gobierno democráticamente electo de Allende, en Chile, y el comienzo de la dictadura militar de 25 años de Pinochet, gracias también al apoyo de Estados Unidos. Sí, una larga historia de terrorismo de Estado.

3. En el Medio Oriente, que es el ojo del tornado o el microcosmos de la conflagración actual, la ayuda militar estadounidense y el engranaje del gobierno Bush, son el sine qua non de las continuas políticas del gobierno israelí de ataques a aldeas, demolición de casas, destrucción de huertos de olivo, restricciones para movilizarse, asesinatos de líderes políticos, construcción de caminos y ampliación de poblados que invaden territorios palestinos y que profundizan la ocupación, cometiendo abusos continuos a los derechos humanos de los palestinos y de ciudadanos árabes. Todo esto exacerba la hostilidad y los bombardeos suicidas. De esta manera nuestro país contribuye a este interminable ciclo de violencia.

4. Estados Unidos es uno, entre sólo dos países, ¡y conjuntamente con Afganistán! que no ha ratificado la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW), y el único país, además de Somalía, que no ha ratificado la Convención de los Niños. Es el oponente más tenaz del Estatuto que establece una Corte Penal Internacional, como de los tratados que prohíben las minas y la guerra biológica. Es el principal enemigo de un nuevo tratado multilateral para combatir el tráfico ilegal de armas pequeñas, y el único país en el mundo que amenaza con un sistema de defensa sin precedentes con base en el espacio, y la inminente violación del tratado de MAB. Entonces, ¿quién es el “bandido”, el “Estado fuera de la ley”?

5.Estados Unidos es el único país industrializado importante que se rehusa a ratificar el Protocolo de Kioto sobre el Cambio de Clima Mundial, a pesar de las concesiones hechas en ese documento diseñadas para cumplir con sus objeciones. Mientras tanto, un nuevo estudio científico mundial muestra que los países cuya productividad será beneficiada con los cambios en el clima son Canadá, Rusia y Estados Unidos, y que los perdedores son los países que menos han contribuido al cambio en el clima mundial, Africa mayoritariamente.

Según ha documentado el Banco Mundial y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), dos décadas de globalización han acentuado las brechas entre ricos y pobres. Los beneficios de la liberalización e integración del mercado global se han concentrado desproporcionadamente en manos de norteamericanos y europeos ricos, así como entre pequeñas élites del Tercer Mundo. No obstante los supuestos efectos democratizantes de internet, un norteamericano de clase media "necesita ahorrar el sueldo de un mes para comprar una computadora; un bengalí precisa economizar su sueldo total de ocho años para hacerlo". Y a pesar de hacer alarde reiteradamente de su retórica de "comercio libre", Estados Unidos persiste en defender las políticas proteccionistas para sus agricultores. Entre tanto, los pequeños productores de Asia, Africa y el Caribe, muchos de los cuales son mujeres, sufren los efectos de las políticas exportadoras, quedando relegados al sector informal de la economía, o a la explotación fabril de las multinacionales.

6.Los países del G-8, del cual Estados Unidos es socio principal, manejan la toma de decisiones del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, cuyos ajustes estructurales y el carácter condicional para los préstamos y la disminución de la deuda, mantienen a los países pobres y a sus ciudadanos atrapados en la pobreza.

7.Las corporaciones con bases en Estados Unidos, entregan billones de la noche a la mañana para "auxiliar" a sus contrapartes, cuyas oficinas y personal fueron destruidos en los ataques al WTC, y el Congreso sin mayor trámite puede votar para otorgar US\$15 billones para la aviación comercial que fue perjudicada. Sin embargo, nuestras contribuciones para ayuda al exterior (excepto para ayuda militar), han disminuido; nosotros, el país más rico del mundo, no podemos ni siquiera satisfacer el estándar de Naciones Unidas del 7 por ciento del PNB. Un informe reciente de la Organización Mundial de la Salud (OMS) muestra que el costo total para proveer agua potable y saneamiento para cada persona en el mundo que lo necesite, sería de tan sólo US\$10 billones. El problema es que nadie puede imaginar de dónde saldría

este dinero, y Naciones Unidas aún está muy lejos de recaudar un monto similar para su proclamado Fondo Mundial para el SIDA. ¿Qué tipo de vileza es ésta? ¿Y qué decir sobre las formas de racismo, o de segregación, que valora más a algunas vidas, en Estados Unidos y Europa, en desmedro de las que están en otras partes del mundo? Y la lista sigue, con MacDonald's, Coca-Cola, CNN y MTV y todos los detritos comerciales no invitados, que proliferan por toda la faz de la tierra y que ofenden la sensibilidad cultural y espiritual de mucha gente, incluyendo a las viajeras feministas transnacionales como yo, que encontramos réplicas de nuestros centros comerciales en Kampala, en Kuala Lumpur, El Cairo o Bangalore. Pero peor aún es la trivialidad y el mal gusto de estas andanadas culturales y comerciales y la arrogante presunción de que nuestro "estilo de vida" es el mejor del mundo, que debe ser aceptado en todas partes, o que nuestro poder y supuesto progreso nos da el derecho a dictar políticas y estrategias para el resto del planeta. Esta es la cara del imperialismo del siglo XXI.

Sólo justicia

Ninguna de estas consideraciones puede consolar a quienes perdieron seres queridos el 11 de septiembre, o a las miles de víctimas de los ataques que quedaron sin empleo, sin hogar y medios de subsistencia, tampoco se puede disculpar crímenes tan horribles. Como escribe el poeta palestino Mahmoud Darwish, "nada, nada justifica el terrorismo". Sin embargo, al intentar comprender lo que ha pasado y reflexionar sobre cómo evitar que ello vuelva suceder (lo cual sea probablemente un deseo fútil), nosotros los norteamericanos tenemos que tomar en cuenta todos estos hechos dolorosos. Estados Unidos, aunque es el centro del capitalismo global, seguirá precariamente equipado para "eliminar el terrorismo" hasta que empiece a reconocer su responsabilidad pasada y presente por muchas de las condiciones que he enumerado y tratarlas de una manera responsable. Pero significaría que nuestro país se convirtiera en algo diferente de lo que es. Es decir, transformándose a sí mismo, incluyendo el abandono de la presunción de que unilateralmente debe vigilar el mundo. Esta es la médula del problema: ¿cómo buscar soluciones distinta a una guerra total? ¿Cómo podríamos pensar de manera diferente sobre el poder? Tentativamente por ahora propongo que:

1.El cliché "la guerra no es la solución" es una verdad práctica y al mismo tiempo ontológica. El bombardeo u otros ataques militares en Afganistán no erradicarán las redes terroristas, que podrían estar ocultas en las profundidades de las montañas,

o en Pakistán, Alemania, Florida o New Jersey. Esto solamente tendría éxito en destruir un país ya diezmado, matando a un número incontable de civiles y creando centenas de miles más de refugiados. Y posiblemente despertará tal ira entre los simpatizantes islámicos, suficiente para desestabilizar la región entera y perpetuar el ciclo de represalia y ataques terroristas. Ciertamente, todo el horror del siglo XX debería habernos enseñado que la guerra tiene combustión espontánea y que la violencia armada refleja, no la extensión de la política por otros medios, sino su fracaso, no la defensa de la civilización, sino su destrucción.

2. Perseguir y atrapar a los perpetradores del terrorismo y llevarlos a la justicia, con un tipo de acción policial internacional, es un objetivo sensato pero repleto de peligros. Debido a que Estados Unidos es la única "superpotencia" en el mundo, su declaración de guerra contra el terrorismo y contra todos aquellos que lo respaldan significa que una vez más tomamos el control erigidos en gendarmes mundiales, o como dice Fidel Castro, en una "dictadura militar mundial con el uso exclusivo de la fuerza, sin tomar en cuenta ninguna ley o institución internacionales." Aquí en casa, una "emergencia nacional" o "estado de guerra" significa la restricción de los derechos civiles, el acoso a inmigrantes, resguardo de información (censura) o el fomento de desinformación a los medios de comunicación, todo esto sin ningún límite de tiempo y bajo el abominable nuevo Ministerio de Seguridad del Suelo Patrio. Debemos oponernos a ambos, tanto al unilateralismo de Estados Unidos, como al estado de seguridad permanente. Debemos instar a nuestros representantes en el Congreso a defender diligentemente los derechos civiles de todos.

3. Estoy de acuerdo con la Organización Solidaria de los Pueblos Afroasiáticos (Afro Asian Peoples Solidarity Organization, AAPSO) de El Cairo que dice que "este castigo debe ser infligido de acuerdo con la ley y solamente a aquellos que son responsables de estos eventos", y que debería ser ejercido dentro del sistema de Naciones Unidas y la ley internacional, y no unilateralmente por Estados Unidos. Esto no es equivalente a que nuestro país obtenga un sello de aprobación del Consejo de Seguridad para comandar la seguridad global. Ya existen numerosos tratados contra el terrorismo y el lavado de dinero en la ley internacional. La Corte Penal Internacional, cuya ratificación está pendiente y a la cual el gobierno estadounidense se ha opuesto obstinadamente, sería la institución lógica para juzgar los casos terroristas, con la cooperación de la policía nacional y los sistemas de vigilancia. Debemos exigir que Estados Unidos ratifique el estatuto de la CPI. Mientras tanto, un tribunal especial

bajo los auspicios internacionales, como los que fueron formados para la ex Yugoslavia y Ruanda, podría ser establecido, como una agencia internacional para coordinar los esfuerzos de la policía e inteligencia nacionales, siendo Estados Unidos uno de sus miembros participantes. Esto es el poder del compromiso y de la cooperación internacional.

4. Ninguna acción policial, por más cooperativa que sea, puede acabar con el terrorismo sin tomar en cuenta las condiciones de miseria e injusticia que fomentan y agravan el terrorismo. Estados Unidos tiene que hacer un reexamen de sus valores y sus políticas en relación, no solamente al Medio Oriente, sino al resto del mundo. Tiene que asumir responsabilidades a este respecto, incluyendo las maneras de compartir su riqueza, recursos y tecnologías, democratizar las decisiones sobre el comercio, finanzas y seguridad globales, y asegurar que el acceso a los “bienes públicos globales” tales como salud, alimentación, educación, saneamiento, agua, e igualdad racial y de género, tengan prioridad en las relaciones internacionales. El significado mismo de lo que llamamos “seguridad” tiene que abarcar todos estos aspectos del bienestar, de “seguridad humana”, y con carácter universal.

Permítame citar nuevamente la declaración del poeta Mahmoud Darwish, publicada en el periódico palestino *Al Ayyam* el 17 de septiembre pasado y firmada por muchos escritores e intelectuales palestinos:

“Sabemos que la herida del americano es profunda y que este momento trágico es un momento para la solidaridad y para compartir el dolor. Pero también sabemos que los horizontes del intelecto pueden atravesar los paisajes de la devastación. El terrorismo no tiene lugar determinado o fronteras, él no reside en una geografía propia; su patria es la desilusión y la desesperación. La mejor arma para erradicar del alma al terrorismo es la solidaridad de la comunidad internacional, dentro del respeto por los derechos de todos los pueblos del mundo de vivir en armonía y en la reducción de la brecha cada vez más ancha entre el norte y el sur. Y la manera más efectiva de defender la libertad es plasmando plenamente el significado de justicia”.

Lo que me da esperanza es que el espíritu de esta declaración ha sido adoptado por un número cada vez más grande de grupos en mi país, incluyendo el National Council of Churches, el Green Party, la coalición de 100 artistas y activistas (Civil Rights Leaders), los grandes grupos de coaliciones para la paz, organizaciones de estudiantes, New Yorkers Say No to War, mujeres famosas negras y blancas que son entrevistadas en el show de Oprah Winfrey, así como por parientes y familiares de las víctimas de

los ataques. Tal vez de las cenizas podremos recobrar un nuevo tipo de solidaridad, tal vez los terroristas nos forzarán a no reflejar su imagen sino a ver el mundo y la humanidad como un todo.

Traducción de Astrid Bant. Programa de América Latina de IWHC.
(International Women's Health Coalition)

NOTA

- 1 *Presentación realizada en una sesión abierta en el Departamento de Ciencias Políticas del Hunter College de Nueva York, el día 25 de septiembre de 2001. Es una versión corregida de la versión traducida publicada en Perspectivas N° 23, Isis Internacional, diciembre 2001.*

CAPÍTULO VIII

FEMINISTAS Y FEMINISMOS EN EL II FORO SOCIAL MUNDIAL DE PORTO ALEGRE

Silvia Chejter y Claudia Laudano

Nota: Con este artículo pretendemos reseñar, a título informativo, la presencia feminista en el espacio, a partir de la participación y registro en algunas de las numerosas actividades desarrolladas.

El Foro Social Mundial, realizado en Porto Alegre (Brasil) del 31 de enero al 5 de febrero del 2002, que reunió en esta oportunidad a 50.000 personas, aparece como el punto de encuentro de múltiples movimientos, organizaciones, grupos sociales y personas a título individual, que acuerdan en la necesidad de descalificar y oponerse a los discursos y prácticas totalitarias y pretendidamente inexorables del movimiento hegemónico neoliberal global, conformando un frente multifacético de resistencia con distintos enfoques, políticas y estrategias a nivel local, regional e internacional. Comunión de objetivos en la resistencia que se funda en la conciencia compartida de que los resultados de esos discursos y prácticas hegemónicas están generando grietas cada vez más profundas en el tejido social en todo el planeta, con discriminaciones, exclusiones y marginaciones que aparecen como irreversibles a menos que se cambie el rumbo.

Los movimientos de mujeres y feministas constituyen una de las voces, entre muchas otras, que se oponen y enfrentan a estos procesos de marginación social, a través de una participación más visible y multifacética que en el Primer Foro realizado el año

anterior en la misma ciudad brasileña. En esta oportunidad, las feministas estuvieron en actividades centrales del foro -como las conferencias matinales-, en varios ejes temáticos y en muchos de los cientos de talleres que cubrían las tardes en las múltiples sedes en que el Foro se desarrollaba, abarcando los más variados temas. Además, las marchas y acciones, espontáneas algunas y organizadas otras, testimonios, representaciones teatrales, festivales musicales, banderas, afiches, publicaciones y volantes permiten hablar de múltiples y diversas presencias feministas.

Provenientes de diversos países del mundo, éstas se propusieron lograr que el sexismo, que ha sido siempre eje de su crítica a la sociedad capitalista y patriarcal, fuera visto como una de las prácticas globales modernas, aunque de origen ancestral, que está generando injusticia, desigualdad y sufrimiento. Y no como una cuestión secundaria; ya que la dimensión política de la sexualidad sigue siendo ignorada en los discursos de muchos movimientos sociales y en los partidos políticos y sindicatos, como si todavía persistieran jerarquías inamovibles para priorizar problemas de acuerdo a criterios supuestamente indiscutibles, que por otra parte no se explicitan, ya que se dan por sentados. En ese sentido, la negación del sexismo en los discursos se asienta en una suerte de discurso fundamentalista patriarcal que puede ser laico o religioso.

Desde sus orígenes, el feminismo fue un movimiento internacionalista, pacifista y que ha criticado la profunda relación entre el capitalismo y el sexismo, pero bajo el concepto de patriarcado recuperado en varios talleres, ha intentado mostrar cómo el sexismo no está ligado sólo al capitalismo ni es sólo precapitalista, sino que puede ser distintivo de movimientos anticapitalistas y antineoliberales progresistas o conservadores. En definitiva, el sexismo atraviesa todo el espectro de movimientos posibles en la medida en que el patriarcado ha dominado la escena, y como una de las ideologías más globalizadas, continúa dominándola. “Sin feminismo otro mundo no es posible”, como sostuvo Diane Matte, de Canadá, es una consigna sintetizadora de estas proposiciones. Por otra parte, Samir Amin en el taller “Reflexión sobre los movimientos sociales” planteó que “democracia y neoliberalismo son incompatibles”, pero las feministas expresan que no sólo el neoliberalismo es incompatible con la democracia, también lo son ideologías opuestas al neoliberalismo inclusive las progresistas cuando son autoritarias, sexistas, racistas o discriminatorias con relación a otros sectores.

Desde esta perspectiva puede afirmarse que también sexismo y democracia son incompatibles y no pueden coexistir. Que ningún proceso de transformación de los procesos de globalización cuestionados puede ser exitoso si se mantiene el sexismo y la violencia

contra las mujeres, de la cual el sexismo es directamente responsable.

Por otro lado, señalan que la globalización de los 90, con la reestructuración del Estado, ha afectado a las mujeres no sólo con la precarización laboral, el empobrecimiento, el incremento de las desigualdades (muchas compartidas con los varones), sino con la reprivatización de muchas de las funciones que tenía a su cargo, volviendo a colocar a la familia y, en primer lugar a las mujeres dentro de la familia, como principales responsables de las nuevas cargas.¹

Para responder a las preocupaciones de los efectos que la globalización ejerce sobre las mujeres, la feminista italiana Nadia De Mond, sostuvo en el seminario “Una alternativa feminista para otro mundo”, que estos procesos presentan consecuencias “contradictorias”, en tanto emplean un alto porcentaje de mano de obra femenina de manera temporaria en condiciones precarias y de mucha vulnerabilidad, que al finalizar dejan saldos negativos incluso en la salud de las trabajadoras. Con la imagen del “turbocapitalismo” graficó la llegada e instalación rápida de fuentes de trabajo que en un tiempo muy breve cierran, dejando a las mujeres desempleadas, quienes entonces suelen optar por trabajos en empresas más pequeñas con condiciones laborales desventajosas. Si para un proyecto de autonomía de las mujeres el acceso a un salario propio “es necesario”, subrayó que no es suficiente y remarcó la necesidad de preguntarse por las modificaciones que el trabajo promueve en las relaciones patriarcales.

Esto se vincula con aspectos de la reproducción de la vida y el cuidado de las personas convivientes, procesos que se ven afectados por la privatización de los servicios y el aumento de trabajo para las mujeres, quienes funcionan como “red de salvataje” contenedora de todas las personas expulsadas del sistema. A la vez, Cristina Carrasco (chilena residente en Barcelona), propuso recurrir a la expresión unificada de “proceso de producción-reproducción” en los que se encuentran involucradas las mujeres en su cotidianeidad para desterrar la idea promovida por el capitalismo patriarcal que insiste en presentarlos como momentos separados e, incluso, independientes. Para visualizar la complicidad de las organizaciones tradicionales masculinas con el ocultamiento de las profundas relaciones entre ambas instancias indicó que “se habla de la globalización de la producción, pero no se habla de la globalización del afecto y el cuidado”; siendo que las mujeres crean “cadenas de cuidado” al migrar a otros países y continentes en busca de alimentos e ingresos, dejando a quienes integran el núcleo familiar a cargo de otras mujeres y a la espera de las remesas para la subsistencia. Junto a estos cambios en lo reproductivo, desde su mirada, la misma constitución familiar se encontraría en

curso de modificación. Tras destacar que mientras los sistemas económicos han cambiado y la cultura patriarcal se ha mantenido transversal a ellos, abogó por una modificación en los valores que lleve a los varones a compartir el trabajo reproductivo.

El espacio de la Marcha Mundial de Mujeres

Dentro del eje temático “Afirmación de la sociedad civil en los espacios públicos”, la Marcha Mundial de Mujeres (originada en Canadá, pero que desde el año 2000 reúne 600 grupos de 160 países) realizó el panel “Cultura de la violencia. Violencia doméstica”, donde sometió a discusión el documento “A violência contra as mulheres: Aí onde o outro mundo deve agir”, que expresa la importancia de “crear un espacio de reflexión y debate sobre las alternativas a una ‘cultura de la violencia’”. Asimismo, remarca: “Deliberadamente elegimos hablar de la violencia hacia las mujeres para ilustrar que esos tipos de violencias son esenciales en la ‘cultura de la violencia’, entendiendo que ‘la violencia hacia las mujeres es una realidad transnacional y transcultural’, instituida por el patriarcado como orden masculino de dominación social, económica y política. “Los regímenes llamados ‘socialistas’ -recuerda el documento- coexisten con el patriarcado. La experiencia histórica de las mujeres con relación a este tipo de sociedades es que la erradicación de las desigualdades entre mujeres y varones y la de la violencia sexista no se realiza de manera automática”, para proponer finalmente que “para construir otro mundo, para que sea viable, los movimientos sociales deben comprometerse a rever las relaciones desiguales entre varones y mujeres; comprometerse también a integrar en sus análisis las relaciones entre capitalismo, sexismo y racismo; comprometerse a exigir el respeto de los derechos de las mujeres; comprometerse a rediscutir la cuestión de la ‘cultura de la violencia’, tanto en sus prácticas personales como colectivas. Sólo así será posible demoler los fundamentos del patriarcado y de la globalización liberal”.

A modo de balance del significado de la experiencia política de la Marcha Mundial de Mujeres, sin desarrollo aún en Argentina, integrantes de la coalición destacaron que posibilita juntar a mujeres de diferentes regiones con el objetivo común de luchar contra la pobreza y la violencia hacia las mujeres, a la vez que facilita el intercambio de proyectos que sustentan intereses de carácter internacional y retoma el postulado fundacional de solidaridad entre las mujeres de todo el mundo. En ese sentido, para un sector de feministas brasileñas de Porto Alegre, luego del proceso “desgastante” de

preparación para la conferencia de Beijing, que produjo en la región latinoamericana la escisión entre feministas "institucionales", "autónomas" y "ni las unas ni las otras", la Marcha Mundial de Mujeres resultó, según Nalu Faria (SOF, Brasil), "estimuladora del movimiento de mujeres" al pronunciarse contra los efectos de las políticas neoliberales, a favor del aborto y por la organización autónoma de las mujeres. Las diferentes intervenciones de la Marcha Mundial de Mujeres dan cuenta de una estrategia planificada de intervención política, en el sentido de participar e incidir en la construcción misma del espacio "oficial" que se está instituyendo en torno al Foro Social Mundial como lugar de alternativas a la homogeneidad globalizante. Sin duda, a través del despliegue de distintas presencias y recursos materiales y simbólicos (entre ellos, paneles con invitadas de diferentes partes del mundo, stand propio, producción y circulación de documentos y revista, participación activa en la marcha contra el ALCA, recuperación del color lila en las banderas), se visibilizaron como una instancia feminista organizada de mujeres.

Tráfico de mujeres y explotación sexual

El tema del tráfico de mujeres para explotación en trabajo doméstico y para el mercado prostibulario fue abordado en una conferencia central, que reunió a organizaciones de inmigrantes de Francia, República Dominicana, organismos de Derechos Humanos y al Instituto de la Mujer Negra de Brasil y en algunos talleres específicos sobre explotación sexual, organizados por la Subcomisión de los derechos de los niños, adolescentes y la familia en situación de vulnerabilidad social de Río Grande Do Sul, diferentes ONGs y OGs. e instancias universitarias brasileñas.

La explotación sexual comercial si bien no es una práctica nueva, en el contexto de las políticas globales adquiere un nuevo impulso expansivo con el desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación global y el auge de un turismo de placer publicitado abiertamente para consumo de los habitantes del Primer Mundo.

El mercado globalizado ha globalizado a escalas grandiosas la explotación sexual comercial en sus diversas formas (prostitución, tráfico, turismo sexual y pornografía). En uno de los talleres, María Lucía Pinto Leal reclamó que estos temas deben ser puestos a debate cuando se habla de derechos humanos; María Do Rosario (relatora del sub comisionado de derechos de los niños y adolescentes en situación de vulnerabilidad social) aportó datos sobre la impunidad de las organizaciones criminales

que trafican mujeres y niñas y María Lourdes Sarmiento, profesora de la Universidad de Paraíba, incluyó datos de una reciente investigación sobre la magnitud y modalidades de la explotación sexual en Brasil.

Por otra parte, la filipina Sylvia Estrada Cláudio aludió al tráfico de mujeres como “un punto de conexión entre el sistema actual y la apropiación depredatoria masculina de los cuerpos de las mujeres”, donde el cuerpo de las mujeres se transforma en un recurso más. Asimismo, hubo instancias conmovedoras cuando por ejemplo en uno de los talleres se escuchó el testimonio del padre de una joven vasca violada por la Guardia Civil, dando cuenta una vez más del uso de la sexualidad como instrumento de tortura.

Feminismo(s)- Global(es), diverso(s) y plural(es)

En las últimas décadas, el discurso sobre la diversidad en particular ha ganado espacio en el campo teórico y activista del feminismo, sin obliterar que al menos a nivel retórico es constitutivo desde su emergencia. Ante la disyuntiva de si la diversidad resulta una cuestión amenazante o enriquecedora, la tendencia hegemónica hasta el momento ha propendido a congraciarse con la línea del enriquecimiento; aún con distancias tan considerables en las prácticas que ha implicado la aparición pública de sectores identificados desde rasgos singulares, en especial, étnicos y de orientación sexual (“feministas negras” y “feministas lesbianas”; así como “feministas postcoloniales”, “del tercer mundo”, entre otras), quienes reclaman la deconstrucción de la mirada dominante (blanca, de clase media, heterosexual, colonial).

Por su parte, el carácter global del feminismo condensa una práctica política histórica de interrelación entre movimientos de distantes puntos del planeta en pos de objetivos comunes (la lucha por el sufragio, para mencionar un clásico) así como reflexiones teóricas pioneras en torno a los vínculos entre las dimensiones locales y globales de la acción por superar las desigualdades sexuales. Así, la necesidad de desarrollar puntos de vistas que interrelacionen problemáticas (más que trabajar temas aislados) respetando la diversidad cultural, y la búsqueda de estrategias globales, sin pretender tener respuestas unívocas ni para todas las mujeres y problemas, conforman dos núcleos básicos de aquel desarrollo².

En ese sentido, con una consigna interpeladora para el análisis y la discusión, la Agencia Latinoamericana de Información (ALAI) de Ecuador y la agencia holandesa de financiamiento de proyectos NOVIB organizaron un panel con feministas de distintas

partes del planeta, intentando respetar ciertos aspectos como la participación norteamericana, la orientación sexual, la etnia y las ocupaciones. Sin embargo, esta decisión resultó insuficiente para abordar la cuestión de los feminismos presentes en el Foro, en la región o en el contexto global actual; dado que aún cuando la convocatoria señalara como propósito colocar en el debate algunos de los grandes temas pendientes del feminismo “como lo son el de la diversidad y las múltiples formas de discriminación combinadas que se expresan en la globalización”, el panel reunió sobre todo a sectores institucionalizados y vinculados a la cooperación de la agencia holandesa.

Para una de las moderadoras, Irene León, de ALAI, el objetivo giraba en torno a “encaminar las propuestas feministas para el Foro Social Mundial, que pretende cambiar el mundo y esta vez no queremos quedar afuera”, reconociendo no obstante que dentro del feminismo “no hay una sola propuesta; ni una sola válida”. Por su parte, Silvia Borren, de NOVIB, remarcó que si bien las feministas luego de tantas décadas de lucha “a veces sentimos que perdimos el foco” a pesar de haber logrado grandes realizaciones, como que los gobiernos firmaran -“en papel, al menos”- la agenda de Beijing, “hoy salimos del papel”. Dentro de sus expectativas figura el potencial de los liderazgos de mujeres que en diferentes ámbitos “piden que se respeten sus derechos” y dentro de los problemas a resolver una gama diversa de conflictos que atraviesan cuestiones de identidad, la relación con las jóvenes, los fundamentalismos religiosos y los medios de comunicación.

Para Ana Rivera, de CLADEM Puerto Rico, “nada es estático: ni las sexualidades, ni las visiones de cambio, ni aún las feministas”. En su definición, el feminismo constituye “una postura ideológica, profundamente transformadora, donde las intersecciones necesitan ser profundizadas”, de modo tal que promuevan “inclusividad de las diversidades, globalizadas, pero no sólo en forma sino también en contenido”. Si bien dentro de las mutaciones que alcanzarían a las utopías mismas abogó porque éstas “incluyan a todas y no excluyan a ninguna”, más allá de la enunciación de los criterios de diversidad y pluralidad tan caros a los feminismos de fin de siglo, no se desarrollaron tensiones, contradicciones o antagonismos existentes.

Por otra parte, Phumi Mtetwa, de LGBT South/South Dialogue, Sudáfrica, para quien “la globalización tiene sus ventajas pero se presenta con exclusión e intolerancia”, al estar encargada en el panel de proponer ideas feministas para practicar las propuestas de diversidad en el contexto global, aclaró que por ser de África su posicionamiento era “desde la clase social”, dando el ejemplo del impacto diferencial del SIDA según

los sectores sociales. A la vez indicó que “la diversidad a veces se muestra en que el norte no nos quiere ayudar sino imponer cosas”, respecto de lo que destacó la necesidad de tender puentes entre las necesidades y propuestas norte-sur.

Con relación a la cuestión de la presencia del vocablo “género” en los documentos internacionales remarcó que “no significa nada si yo en mi lugar no puedo hacer nada con eso o si no puedo sentir que tengo libertad para actuar o que las personas se beneficien de lo que está en el papel”, tras lo que propuso el intercambio fehaciente de información. Desde su perspectiva, el recurrente señalamiento de las relaciones norte-sur en eventos internacionales o globales no debe olvidar las grandes brechas existentes en el sur mismo, donde no obstante consideró imprescindible seguir buscando “relaciones sur-sur”. A partir de un mayor intercambio en tal sentido, impulsó a futuro un diálogo más enriquecedor con el norte o un diálogo internacional; donde “mucho se ha hecho pero faltan las brechas, nuestras diferencias de clase, de etnia, de colonialismo, de género, de región”.

De lo expuesto, se puede sintetizar que la caracterización de “global” para el feminismo quedó firme y exclusivamente vinculada con la acción –visible, por cierto- en las conferencias internacionales de Naciones Unidas, oficiales o paralelas, especialmente de la última década. Proceso que tuvo como fenómeno correlativo en los feminismos latinoamericanos la fuerte institucionalización –aunque dispar, según los países- mediante la figura de las ONGs y, en algunos casos, con una desvinculación notable de la situación y acción de las mujeres en la propia región, a tal punto de que hay quienes hablan de “una burocracia internacional de género”.

Por otra parte, el panel prefirió el tono de los consensos más que los disensos, a tal punto de presentarse como autorealización de la tolerancia, la amplitud y la diversidad, sin desplegar –más allá de cierta formalidad- los nudos existentes respecto de las disputas discursivas y estratégicas en el campo feminista.

Planeta Femea, segunda edición

Con la instalación de una carpa blanca en el predio universitario donde se concentró gran parte de las actividades del foro, un grupo de organizaciones feministas y de mujeres, junto con espacios institucionales sindicales, académicos, estatales y de ONGs

mixtas, casi exclusivamente de Brasil, organizó un espacio de encuentro, debate, creatividad, expresiones artísticas, trabajo corporal y circulación de información de temas vinculados, entre otros, con la salud, el desarrollo, la sexualidad, el medioambiente, la teología y la violencia, desde la perspectiva de las mujeres.

La idea de la carpa tiene por antecedente la instalada por una coalición de grupos feministas y de mujeres durante la Eco '92 en Río de Janeiro diez años atrás, donde se discutió la Agenda 21 de las Mujeres en tanto plataforma política para ser presentada ante los gobiernos y se delinearon estrategias de acción al respecto. En una tribuna abierta organizada para rememorar y actualizar dicha agenda, Thais Corral (REDEH, Brasil), indicó en esta oportunidad que transcurrida una década en un mundo más desigual, donde la impotencia para actuar es la característica sobresaliente de los tiempos, "varias organizaciones decidimos recuperar aquel documento", que tras consultas y rediseño fue presentado como las "Estrategias de las mujeres para Río+10. Agenda 21 de Acción de las Mujeres por la Paz y un Planeta Saludable".

Sin embargo, cabe distinguir que en oportunidad de la cumbre ambientalista una década atrás, los grupos y movimientos desplegaron sus propuestas a través de la modalidad exclusiva de las carpas como instancias alternativas a una conferencia "oficial"; mientras que en Porto Alegre, el espacio en su conjunto desde hace dos años se erige como "alternativo" al foro oficial de Davos o Nueva York, con espacios y estructuras organizativas pluricéntricas para funcionar.

A diferencia de otras presencias feministas, como podría ser la inserción política de la Marcha Mundial de Mujeres, la decisión de mantenerse en mayor medida fuera del programa oficial del foro y organizar las acciones de manera separada, abre un interrogante acerca de las estrategias políticas de intervención de sectores del feminismo institucionalizado de Latinoamérica y su voluntad o posibilidad de articular con otros movimientos sociales opositores al capitalismo. Podría conceptualizarse, incluso, como un intento de ser una alternativa dentro de lo alternativo, con los pro y contras que ello implica.

Por otro lado, es imposible desconocer que tampoco otros movimientos sociales experimentan como necesidad vital —a veces, sólo queda en retórica progresista— la relación con sectores del feminismo para construir y desplegar sus acciones en pos de una transformación global que, entre otras cuestiones, erosione también las constitutivas bases sexistas.

Campaña contra los fundamentalismos

Desde el primer día, con jóvenes en zancos que distribuían folletos y con un inmenso globo que flameaba en el acto inaugural, hizo irrupción la Campaña “contra los fundamentalismos”, impulsada por la Articulación Feminista Marcosur de reciente creación. Con las consignas “Contra los fundamentalismos lo fundamental es la gente” y “Tu boca es fundamental contra los fundamentalismos”, la campaña desplegó variados recursos, un documento explicativo y el testimonio de diez mujeres de distintos lugares del planeta, y significó concentrar la propuesta de denuncia del fundamentalismo, de notoria actualidad en este momento en que ha sido asociado al principal enemigo designado por Occidente (Estados Unidos), el terrorismo.

Diferente al discurso de la Marcha Mundial, que establece como eje la dominación patriarcal, esta presencia establece el eje en la diversidad: “Religioso, económico, científico o cultural, el fundamentalismo siempre es político y prospera en sociedades que niegan a la humanidad en su diversidad y que legitiman mecanismos violentos de sujeción de un grupo sobre otro, de una persona sobre otra. Esencialmente excluyentes y belicosos, los fundamentalismos minan la edificación de un proyecto de Humanidad donde las personas tengan derecho a tener derechos sacrificando, en el colmo de la perversidad, la vida de las mujeres” (...). “Esta campaña propugna formas democráticas y pacíficas de enfrentar los conflictos. Formas que permitan reconocer las diferencias y afirmar la solidaridad, reivindicar la igualdad y valorar la diversidad, en búsqueda de soluciones negociadas sea en la esfera pública, privada o íntima de la convivencia humana”, dice el documento que, encarpetaado con tapas que dibujan muchas bocas, fue distribuido en el Foro.

El sentido de dicha campaña no se ciñó sólo al fundamentalismo en su concepto más clásico, ni al integrismo religioso sino que el concepto es redefinido en un sentido más amplio y libre así por ejemplo uno de los testimonios es de una ex alcadesa de Colombia, donde los problemas reconocen otro contexto, (aunque se trata de una región que concentra también el interés antiterrorista de las fuerzas globalizadas (léase Estados Unidos) en defensa de la civilización occidental de la libre empresa). Otros testimonios fueron de mujeres de Brasil, USA, Argelia, Afganistán, Palestina, Israel, Nigeria, sobre los respectivos fundamentalismos propios de sus países de origen. También el documento menciona al fundamentalismo del mercado, “divinidad contemporánea

que ocupa el lugar del Dios único y de una verdad única inherente a todos los fundamentalismos” y explica: “Religioso o de mercado, los fundamentalismos se asemejan”. Y más adelante: “Apenas asumió Bush la presidencia, firmó la Ley Mordaza, prohibiendo que los recursos gubernamentales destinados a la cooperación internacional fuesen destinados a programas de salud reproductiva que trataran la cuestión del aborto”.

Mujeres y trabajo. Realidades y propuestas de cambio

La Red Latinoamericana de Mujeres Transformando la Economía (REMTE), el Grupo de Género de CLACSO y la Marcha Mundial de las Mujeres organizaron el seminario de dos días “Mujeres y Trabajo: realidades y propuestas de cambio”. Según María Alicia Gutiérrez, socióloga, feminista, Coordinadora del Grupo de Género de CLACSO, se convocó no sólo a especialistas y activistas a debatir sobre los temas del Seminario sino a un importante público que, con sus aportes e interrogaciones, lograron poner el eje en la necesidad no sólo de comprender la problemática de género y trabajo sino de instrumentar los mecanismos y las estrategias necesarias para modificarla.

Las exposiciones abarcaron un espectro muy amplio y diverso de la temática planteada: desde Cristina Carrasco, economista, de la Universidad de Barcelona, que planteó un modelo alternativo al neoliberal desde la perspectiva de género y las necesidades de las mujeres, hasta Francisca Rodríguez, del movimiento Vía Campesina, quien relató la lucha y las discriminaciones de las mujeres campesinas, pasando por Rosario Aguirre, socióloga del GT de Género de CLACSO, quien desarrolló las especificidades del mundo laboral y las alternativas posibles desde la perspectiva de género, hasta Martha Rosenberg, psicoanalista, de la Red Mundial de Mujeres por los Derechos Reproductivos, planteando los criterios de producción/reproducción en la división sexual del trabajo y las desigualdades de género en los marcos de la globalización neoliberal, entre otras.

En palabras de Gutiérrez, el seminario permitió “avanzar en la idea que la división sexual del trabajo es el factor estructural, determinante de la pobreza relativa de las mujeres por razones de género. En dicha división se encuentra la base de la desigualdad de oportunidades que tienen las mujeres para acceder a los recursos materiales y sociales (propiedad del capital productivo, trabajo remunerado, educación y capacitación) así como a participar en la toma de las principales decisiones políticas, económicas y

sociales que norman el funcionamiento de las sociedades, todo esto en el marco del proyecto de globalización neoliberal. Es por ello que el impacto de la globalización permeó no sólo las ponencias sino que, en muchos momentos, sesgó el eje del debate". También entiende que, "por otro lado, en el marco del FSM quedó más que evidente la necesidad de pensar las problemáticas de género y del trabajo dentro del marco global de las decisiones políticas y macroeconómicas así como en estrecha relación con otros grupos sociales que expresan y lideran las luchas y las demandas sociales".

Otras presencias

Entre estas expresiones, se desarrolló la conferencia "Combate contra la discriminación y la intolerancia", si bien coordinada por una feminista (Lilián Celiberti de la Articulación Marco Sur) y organizada por varios grupos (ILGA, Asociación internacional de gays y lesbianas; la Alianza estratégica de afrodescendientes de Brasil y una Campaña Nacional por los derechos Dalit), estuvo centrada en la problemática de la diversidad y no en la problemática de las mujeres.

Según Alejandra Sardá, "el tema central de debate fue en torno al concepto de «diversidad» y sus usos políticos. Hubo consenso en cuanto a que es un concepto tramposo, que enmascara las desigualdades objetivas (y también las subjetivas). Los discursos acerca de la «diversidad» que eluden la propuesta de acciones concretas para erradicar la discriminación y actuar sobre sus consecuencias, que son principalmente de exclusión y violencia económicas y simbólicas, son no sólo ineficaces sino perjudiciales para los movimientos sociales".

También se coincidió en que algunas medidas paliativas sobre las que había consenso, como las acciones afirmativas, sólo sirven si van acompañadas de medidas macro que permitan a todo el colectivo afectado ir superando su situación de exclusión; aisladas, pueden redundar en ventajas sólo para una parte del grupo excluido, aquella parte que ha internalizado mejor las normas del grupo dominante.

El Colectivo feminista de Porto Alegre organizó un taller "Políticas de género hacia la democracia", en el que se presentaron experiencias de políticas públicas de género vinculadas a la problemática de violencia hacia las mujeres en su estado y en Mato Grosso del Sur, con comentarios de la socióloga Heleith Saffiotti. Tras las presentaciones se discutieron los cambios en los enfoques de las políticas, que ampliaron la intervención desde la exclusividad de las instituciones policiales y jurídicas hacia una visión integral

que incluye la salud.

En tal sentido, desde 1992 funciona en Porto Alegre la Casa de Apoyo Viva María, con un proyecto centrado en la salud integral. En la actualidad se encuentran trabajando sobre un protocolo de atención para la asistencia que sería adoptado en la red básica de salud.

Por su parte, el país vasco tuvo diversas actividades en el Foro Social Mundial. Lab emakuneak resume en su No a la Violencia, todas las violencias que sufren las mujeres: No a la identidad, no a la explotación como trabajadoras, no a la opresión como vascas, no a la violencia contra las mujeres. En un documento titulado la Globalización desde la perspectiva de género, critica "la falta de cuestionamiento por parte de la izquierda de la ideología patriarcal, de los intereses patriarcales del capital de perdurar la división sexual del trabajo y establecer un modelo económico, político y social discriminatorio y jerárquico contra las mujeres (...). El movimiento de izquierdas tiene una asignatura pendiente con la lucha feminista: reconocer y asumir realmente el contenido revolucionario, de transformación social radical que conlleva la lucha por la liberación de las mujeres (...) .El neoliberalismo globalizado viene a resaltar aspectos significativos del patriarcado: refuerza la división entre lo público y lo privado, el individualismo y la competitividad frente a la solidaridad así como el supuesto carácter natural de las desigualdades de sexo-género. Asimismo la restricción del gasto público produce una disminución de los servicios sociales, que se individualizan y tratan de compensar con el trabajo doméstico gratuito, realizado por las mujeres en los núcleos familiares" (Extraído de Munduko II-gizarte foroa, LAB, 2002).

Otro aporte estuvo a cargo de la Red Feminista Universitaria por una Economía del Dar (gift economy), que presentó una propuesta o alternativa a la lógica dominante. Opone a la lógica del mercado, la lógica del dar, en la que a diferencia de la relación que se establece entre el que compra y vende, hay una relación personal entre quien da y quien recibe. Proveniente de sociedades precapitalistas, este tipo de relación fue borrada del mapa por el patriarcado capitalista y se basa en la capacidad maternal de las mujeres. El trabajo de las mujeres en la casa puede ser considerado una donación, que las mujeres dan y que representa al menos, el 40 % del producto bruto interno de la mayoría de los países. "Las mujeres vienen practicando "este forma de dar, donación, regalo (the gift) duante siglos y necesitan tomar conciencia para valorizarse y valorizar estos actos. Y deberían liderar un movimiento en ese sentido. Los hombres también pueden dar, pueden cooperar" (Del documento "Por una economía del Gift",

elaborado por el Grupos Económico Alternativo, Oficina de Mujeres con Experiencia y la Universidad de las Mujeres de Noruega, julio de 2001, mimeo).

Asimismo, el grupo francés Las Penélopes desarrolló varios talleres y actividades, con especial énfasis en las temáticas del acceso y el carácter de la información y las comunicaciones. Publicitaron su portal de economía social y solidaria en la web www.mediasol.org, que difunde información coproducida con medios franceses, de Quebec y Brasil, sobre temas de mujeres y de alternativas a la economía y a la cultura de la violencia masculina.

Respecto de la necesidad de incorporar una perspectiva feminista en la industria comunicacional, subrayan dentro de las alternativas propuestas que es preciso partir de un concepto diferente de información, basado en algunos principios. Rechazan la noción de quien lee, escucha o mira televisión sea consumidor/a así como destacan el acceso a la información como un derecho básico, el carácter de gratuidad que debería tener la información por no ser una mercancía y resaltan que los contenidos deben emanar de actores/as de la sociedad civil.

En definitiva, a partir de este amplio arco –no obstante, incompleto, como dijimos– se puede hablar de una participación feminista diversa, fragmentada, con estrategias no siempre concurrentes que, más que confluir en una presencia con objetivos comunes y dialogantes, deja entrever las diferencias de objetivos, enfoques y estrategias. Además de estas dificultades en las articulaciones intramovimiento, quedarían por abordar las articulaciones con otros movimientos sociales del arco opositor que confluye en el foro.

Silvia Chejter y Claudia Laudano

NOTAS

- 1 Ver el artículo de Janine Brodie en esta misma edición.
- 2 El artículo de Charlotte Bunch "Dando a luz un feminismo global" brinda orientaciones al respecto, traducido y publicado en tres ediciones de Brujas, n° 11, 12 y 14 de 1987 y 1988.

Autoras:

BRODIE JANINE, Profesora de ciencia política en la Universidad de Alberta. Fue directora del Centro de Investigación Feminista de la Universidad de York. Sus más recientes publicaciones fueron: *Las políticas de aborto*, 1992; *Políticas públicas de mujeres en Canadá*, 1996 y *Políticas en los márgenes: reestructuración en el Movimiento Canadiense de Mujeres*, 1995.

SILVIA CHEJTER, editora responsable de Travesías. Temas de debate feminista contemporáneo, coordinadora del Centro de Encuentros Cultura y Mujer, CECYM, docente e investigadora de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

COOK, NANCY, graduada de la Universidad de York. Su tesis de doctorado estudia como las mujeres occidentales que viven en el norte de Pakistán negocian sus subjetividades en un espacio transcultural, como una manera de entender su posición en un ámbito de poder poscolonial.

GEADAH, YOLANDE, investigadora feminista. Publicó *Mujeres con velo, integrismos sin velo*, 1996. Es consultora de desarrollo internacional en asuntos relacionados con el análisis de las relaciones sociales de sexo en Québec, desde hace aproximadamente 20

años. Actualmente es responsable del Programa de la Asociación de Québec de los organismos de Cooperación Internacional.

LABRECQUE, MARIE FRANCE, es profesora del Departamento de Antropología de la Universidad de Laval, Québec, Canadá. Es especialista en economía del trabajo y políticas sociales. Se ocupa desde hace varios años de cuestiones relacionadas con la discriminación de las mujeres en el trabajo, y ha realizado varios trabajos sobre la exclusión y la pobreza.

CLAUDIA LAUDANO, colaboradora del Centro de Encuentros Cultura y Mujer, CECYM, profesora titular regular e investigadora de la Universidad de La Plata.

PETCHESKY, ROSALIND, escritora, e investigadora norteamericana y activista feminista.

*SASSEN, SASKIA, profesora de sociología de la Universidad de Chicago y de la London School of Economics. Sus libros más recientes son *Guests and Aliens* (New York Press 1999) *Globalization and its Discontents* (New York, 1998) y *Losing Control? Sovereignty in Age of Globalization* (Columbia University Press, 1996).*

Publicaciones de Cecym



TRAVESÍAS

Travesías: temas del debate
feminista contemporáneo
Publicación anual.
Editado por CECYM

Nº 1: Enfoques feministas
de las políticas antiviolencia
1994

Nº2: Violencia sexual:
Cuerpos y palabras en lucha
1994

Nº 3: Violencia sexista:
control social y estrategias
de resistencia de las mujeres
1995

Nº 4: Cuando una mujer
dice No, es No
1996

Nº 5: Feminismo por
feministas. Fragmentos para
una historia de 25 años de
feminismo en la Argentina
1996

Nº 6: Feminismos
en los noventa
Cambios y rupturas.
1997

Nº 7: Palabra y violencia
1998

Nº 8: ¿Equidad, igualdad,
paridad?
1999

Nº 9: Mujer, cuerpo y
encierro
2000

LIBROS

Informes y
testimonios de mujeres,
compilación, Edición del Diario
Página 12, marzo de 1996.

La Voz Tutelada:
violación y voyeurismo
Ediciones Nordan, Uruguay, 1990.
Edición Cecym, 1996.

INFORMES DE INVESTIGACIÓN

Discurso jurídico
y discurso periodístico
Mabel Adriana Montoya,
Informe de investigación 1,
Ediciones de CECYM, 1995.

Una violación colectiva,
el Caso Pinar,
Informe de investigación 2,
Ediciones de CECYM, 1995.

María Soledad Morales,
Informe de investigación 3,
Ediciones de CECYM, 1995.

El movimiento antiviolencia
en la Argentina
Aspectos históricos, Informe
de investigación 4,
Ediciones de CECYM, 1995.

MATERIALES DE DIFUSIÓN

La consulta médica
en casos de violación.

Agresiones sexuales.
Notas para un debate acerca
de las modificaciones propuestas
al Código Penal en lo referente
a las violaciones.

Las víctimas de violaciones
frente al dispositivo jurídico.
Los instrumentos legales
internacionales.

Ley 25087
Delitos contra la integridad
sexual de las personas.

Prevención de la posible
transmisión de VIH-SIDA
y otras E.T.S. Prevención
del riesgo de embarazo
en casos de violación.

Violaciones y Abusos
sexuales ¿Qué puede
esperar una mujer
de la ley y la justicia?

Violación Marital

AFICHES
Y FOLLETOS

TRAVESÍAS 10

*Contradeografías de la globalización
Reestructuración y las políticas de marginación
Políticas de desarrollo para las mujeres y mundialización
El impacto del integrismo islámico sobre
las mujeres en el contexto de la mundialización
La constitución discursiva de las mujeres pakistaníes
Las torres fantasmas
Feministas y feminismos en el II Foro
Social Mundial de Porto Alegre*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



DOCUMENTOS DEL CECYM